

# Bernstein en el siglo XXI

El retorno del revisionismo y el reformismo  
ante la espina de la Rosa roja

**Victor Valdivieso**



Prólogo

Nicolás González Varela

# **Bernstein en el siglo XXI:**

El retorno del revisionismo y el  
reformismo ante la espina de la  
Rosa roja

**Victor Valdivieso**

Noviembre de 2021

**Fundación Walter Benjamin.  
Bogotá D.C.**

Victor Valdivieso

Bernstein en el siglo XXI: El retorno del revisionismo y el reformismo ante la espina de la Rosa roja-1a edición. - Bogotá, Colombia.-Fundación Walter Benjamin.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-958-53878-0-5

## **Fundación Walter Benjamin**

### **Presidente**

Sergio De Zubiría Samper

### **Comité de Revisión**

Mary Cruz Ortega

Sergio De Zubiría Samper

Giovanni Libreros

### **Corrección de Estilo**

William Monsalve

### **Ilustración de Portada**

Juan Carlos Tapias

### **Caricaturas**

Daymer Rios Cifuentes

### **Diseño y diagramación**

Daymer Rios Cifuentes

### **Prólogo**

Nicolás González Varela

[www.fundacionwalterbenjamin.org.co](http://www.fundacionwalterbenjamin.org.co)

Tel:319 7206324

Bogotá-Colombia



# Índice

<b>A manera de introducción: el reformismo-revisionismo y la revolución en tiempos de pandemia.....</b>	<b>9</b>
<b>El pendiente gran regreso a Marx.....</b>	<b>19</b>
<b>I. Bernstein, el padre de la izquierda contemporánea.....</b>	<b>29</b>
1.1. Bernstein y los problemas del socialismo.....	37
Observaciones generales sobre el utopismo y el eclecticismo.....	37
Una teoría sobre los dominios y límites del colectivismo.....	40
La situación actual del desarrollo industrial en Alemania.....	42
El nuevo desarrollo de las relaciones agrarias en Inglaterra.....	45
La significación social y política del espacio y del número.....	50
La lucha de la socialdemocracia y de la revolución de la sociedad.....	56

El factor realista y el factor ideológico en el socialismo.....	65
1.2. Sobre las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia.....	77
Los principios fundamentales del socialismo marxista.....	79
El marxismo y la dialéctica hegeliana.....	93
El desarrollo económico de la sociedad moderna.....	100
Tareas y posibilidades de la socialdemocracia.....	118

## **II. Rosa Luxemburgo y la defensa del**

<b>marxismo.....</b>	<b>145</b>
----------------------	------------

2.1 Las primeras batallas políticas de Rosa.....	151
El debate acerca de la cuestión nacional.....	154
De Zúrich a tierras alemanas.....	159
Genealogía del reformismo alemán.....	164
2.2 Rosa y el camino de la reforma o la revolución.....	171
El desarrollo del debate en los congresos del SPD.....	172
La obra de reforma o revolución: estudio introductorio.....	175
Reforma o revolución, primera parte.....	183
Reforma o revolución: segunda parte.....	203

<b>III. Breves conclusiones.....</b>	<b>221</b>
--------------------------------------	------------

<b>Bibliografía.....</b>	<b>233</b>
--------------------------	------------





## **A manera de introducción: el reformismo-revisionismo y la revolución en tiempos de pandemia.**

*“La coyuntura obliga al Estado a no poder manejar la situación de otra forma que integrando los intereses de clase, de la cual él es el representante de poder, en los intereses más generales, y eso debido a la existencia interna de un “enemigo” de suyo general, que puede ser, en tiempos de guerra, el invasor extranjero y que es, en la situación presente, el virus SARS-2”.*

**Alain Badiou.**

*“Bruscamente un horrible espectro arranca a nuestra sociedad su máscara de compostura y enseña a todos que su honorabilidad no es más que el atavío de una prostituta. Bruscamamente aparece que la superficie brillante de la civilización cubre un abismo de miseria, de sufrimiento y de barbarie. Verdaderos cuadros del infierno surgen, en los que se ven criaturas humanas hurgando en los montones de basura. Buscan los desechos, retorciéndose en los espantos de la agonía (...) La emoción provocada esta vez por este fenómeno banal se explica únicamente por su carácter de masa. Pues no es más que cuando su miseria adquiere un carácter de masa que el proletario puede obligar a la sociedad a interesarse por él (...) Ahora se trata de levantar los cadáveres de los <<sans-logis>> de Berlín envenenados, que son la carne de nuestra carne, y la sangre de nuestra sangre, sobre nuestros brazos, nuestros millones de brazos proletarios, y de conducirlos en la nueva jornada de lucha que se abre ante nosotros, a los gritos mil veces repetidos: ¡Abajo el orden social infame que engendra tales horrores!”*

**Rosa Luxemburgo.**

Un virus recorre el planeta: el virus del Covid-19. Todas las potencias del mundo se han unido en santa cruzada contra el SARS- 2<sup>1</sup>. El Papa y los monarcas, la ONU y la OMS, los presidentes y dictadores, ministros y cancilleres, Biden y Putin, Maduro y Bolsonaro, López Obrador y Duque.

En medio de la santa alianza, todos parecen coincidir en lo mismo: asistimos a un acontecimiento que ensombrece nuestra realidad. Una pandemia que desestabiliza pequeñas zonas de confort y nos obliga a vivir en permanente riesgo. Caminando al borde del abismo, debatiéndonos entre la inmunidad y el contagio. Entre la vida y la muerte<sup>2</sup>.

Los efectos del Covid-19 no son solo sanitarios. “El brote viral pulveriza el sentido común y evapora la seguridad de un día para el otro” (De Sousa, 2020, p.23). Tanto así que, desde la *sopa de Wuhan* hasta el día de hoy, la vida parece detenida. Se oprimió el botón de pausa sobre múltiples actividades habituales. Aunque brevemente, la economía se paralizó. Bajaron telones y clausuraron espectáculos. Sellaron cines, centros comerciales, teatros y hasta estadios de fútbol. Los aeropuertos suspendieron operaciones. Cerraron las fronteras.

Dejamos de lado, como lo presagió Agamben (2020), nuestra interacción humana. Por recomendación de los expertos, se postergaron los afectos, los abrazos, los besos. Se prohibieron los encuentros comunes. Se

---

1 Nombre científico que recibe el coronavirus de tipo 2. Este virus y su acelerada expansión ha sido el causante de la pandemia del COVID-19.

2 Las cifras luctuosas de más de tres millones de muertos en el mundo, hasta abril de 2021, confirman la tragedia de aquellos que van perdiendo la batalla. Ver <https://es.statista.com/estadisticas/1107719/covid19-numero-de-muertes-a-nivel-mundial-por-region/>

aplazaron las visitas familiares y las jornadas entre amigos. Se impusieron toques de queda y se vetaron las aglomeraciones. En distintos lugares se decretaron toques de queda y cuarentenas escrupulosas.

Se instauró el distanciamiento social. Nuestro entorno vital se fue delimitando para evitar el contacto con el otro y al igual que en las crueles épocas del *atmoterrorismo* - modalidad de violencia que describiera brillantemente Sloterdijk (2003)- el tapabocas o el barbijo parece ser nuestra única arma de sobrevivencia. Con las máscaras asépticas, según los epidemiólogos, contenemos el paso de la infección hacia nuestros pulmones.

Aunado a estos problemas sanitarios y sociales, la vida material de los oprimidos se ve cada vez más asfixiada, cayendo en un alarmante estado de crisis. Aunque es cierto que estos aprietos no se originaron con el contagio. Pues, a decir verdad, debido a las propias contradicciones del sistema, “hace tiempo que el capitalismo se encontraba en un estado de estancamiento irremediable” (Berardi, 2020, p.41). Sin embargo, es claro que la expansión de la pandemia agravó nuestra situación. Pasamos de castaño a oscuro. Quiere decir que el modo de producción explotador, el virus y las medidas para contenerlo tornan más opresivo nuestro paso por la tierra.

Desde luego, como es apenas lógico, estas situaciones han alterado la llamada *normalidad* política. Al tiempo que crece la desesperanza, aumenta la indignación. Muchos se hacen conscientes de las injusticias sociales y del diseño oprobioso del sistema. Realidades desiguales cada vez más claras cuando se percibe que algunos pueden quedar a salvo en sus casas, mientras las inmensas mayorías se aguardan en las intemperies. En tanto unos pueden sobrellevar la cuarentena, muchos se exponen al contagio con tal de sobrevivir. Pocos conservan sus empleos, otros

padecen los despidos. Muchos mutan al teletrabajo y varios quiebran en sus pequeños emprendimientos. En el contexto actual, contados capitales sacan partida de la pandemia y acrecientan sus riquezas, en cambio cientos de miles limitan sus rebusques. Al final, millones agonizan de hambre.

Como consecuencia, distintas posiciones y perspectivas debaten sobre posibles soluciones a la crisis. Escuchamos desde los postulados más rudos y crueles del capitalismo salvaje, hasta las medidas gubernamentales más bellas y caritativas. Los primeros bajo la lógica del *sálvese quien pueda*. Los segundos enarbolando las banderas humanitarias de la defensa de la salud y la vida. Unos salvando el capital y recargando la crisis sobre los hombros de los menos favorecidos. Otros reeditando el Estado de bienestar, formulando medidas altruistas y asistencialistas.

Pese a las diferencias de enfoques, todos estos programas coinciden en una cosa: garantizar la vida del *statu quo*. Purgarlo contra las epidemias, afecciones y gripes sociales. Cuidarlo de enfermedades que generan turbulencias. De sufrir acciones espontáneas promovidas por los afanes diarios y los reajustes del sistema. Tratan de elaborar medicinas para inmunizarnos contra los dispersos y pequeños brotes de confrontación política. De producir, desde distintos laboratorios, vacunas contra la indignación social.

En defensa de la salud del sistema trabajan todos, incluyendo lo que se conoce como izquierda institucional. Siguiendo a De Zubiría (2020), izquierda institucional o institucionalizada es un término para describir a "(...) ciertas organizaciones políticas que terminan convertidas en "partidos del orden", porque en sus programas electorales proclaman "la dominación de la clase burguesa" (p.54). Es decir, se habla de una tendencia política capturada por el régimen imperante que se caracteriza por oponerse,

abiertamente o a veces de manera solapada, a las salidas insurrectas frente a los colapsos sociales. En lugar de eso, exigen salidas democráticas a la crisis. Todo en aras de garantizar la llamada normalidad.

Huelga decir que esta orientación no es gratuita ni arbitraria, obedece al retorno bastante marcado de las ideas conciliadoras. Un triunfo provisional de la ideología *socialdemócrata*<sup>3</sup> por encima y en contra de las posturas revolucionarias. De hecho, hoy más que nunca, el *reformismo*<sup>4</sup> y el *revisionismo*<sup>5</sup> gozan de muy

---

3 Por **Socialdemocracia** comprendo aquella tendencia política conciliadora, reformista y revisionista. En *El 18 Brumario* de Luis Bonaparte Marx decía que: “el carácter peculiar de la socialdemocracia consiste en exigir instituciones democrático-republicanas, no para abolir a la par los dos extremos, capital y trabajo asalariado, sino para atenuar su antítesis y convertirla en armonía”. (Marx, 1983, p. 136).

4 Entiendo por **Reformismo** aquella corriente política que busca aplicar reformas o enmiendas en el sistema político y económico, con la pretendida ilusión de ir mejorando gradualmente la situación de los menos favorecidos.

5 Tomando la definición de **Revisionismo** que aporta Bernstein en un texto llamado *El revisionismo en la socialdemocracia*, un informe presentado en Ámsterdam en el año de 1909 a intelectuales y trabajadores, concibo al revisionismo como la tendencia que “revisa conceptos”. En este caso, la revisión se dirige hacia los conceptos y postulados marxistas que predominaban en el movimiento obrero. Es decir: “(...) el nombre revisionista quedó, y fue aplicado entonces sin ton ni son a todos aquellos socialistas que -incluido quien habla- se opusieron críticamente a la teoría tradicional de la socialdemocracia” (Bernstein, 1982, p. 290). Bajo este registro, la teoría “tradicional” era la marxista y la revolucionaria. Pero sería Lenin, en uno de sus folletos de 1890, llamado *Marxismo y Revisionismo*, quien describiera lapidariamente a los revisionistas como aquellos que sustituyeron: “(...) la “sutil” (y revolucionaria) dialéctica por la “simple” (y pacífica) “evolución” (...) el revisionismo intentó revisar realmente los fundamentos del marxismo, o sea, la teoría de la lucha de clases. La libertad política, la democracia, el sufragio universal - nos decían los

buena salud. Tienden a convertirse en la estrella polar del movimiento obrero y de los sectores explotados. Devienen el rumbo máspreciado para los partidos políticos que dicen representar a *los de abajo*.

Cualquiera podría preguntarse sobre la justeza o no de estas afirmaciones, especialmente si se le califica desde el contexto de América Latina y de Colombia. Y aunque suene antojadizo y hasta grosero, este territorio es la confirmación del florecimiento de las ideas políticas conciliadoras y moderadas. Es más:

“La lucha por reformas sociales ocupa el centro de la acción política de los movimientos populares en la mayor parte del mundo. La demanda de mejoras, la búsqueda de conquistas y la defensa de logros obtenidos en el pasado conforman la agenda inmediata de las organizaciones que actúan en el campo de los oprimidos” (Katz, 2008, p. 141).

El punto de inflexión, si Roberto Regalado (2009) tiene razón, lo podemos situar varias décadas atrás. Particularmente en el contexto del fin de la bipolaridad. Desde este ángulo, conjugando una serie de factores, como la caída del socialismo real, el avance del neoliberalismo, la consolidación de un nuevo orden mundial, la proscripción de la lucha armada y hasta el fortalecimiento de las democracias burguesas en nuestros países “(...) la izquierda latinoamericana creyó que se abría en la región una era <<poscomunista>> de capitalismo democrático y redistributivo, semejante

---

*revisionistas - destruyen el terreno para la lucha de clases y desmienten la vieja tesis del Manifiesto Comunista de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia prevalece “la voluntad de la mayoría”, según ellos, no se debe considerar al Estado como órgano de dominación de clase ni negarse a establecer alianzas con la burguesía progresista, socialreformista, contra los reaccionarios” (Lenin, 1981. pp. 68-70).*

al de la Europa Occidental de la posguerra, en el cual el gobierno <<le caería en los brazos>>” (Regalado, 2009, p. 7).

Siendo esto así, bajo el espejismo de ser alternativa de gobierno, la izquierda institucional sepultó las nociones más revolucionarias y estratégicas. Asumió que ideas rebeldes como la de la toma del poder, la insurrección popular y el socialismo habían quedado demolidas, amontonadas junto a los escombros del muro de Berlín. Renegando de la revolución:

“La izquierda institucional no siente ninguna necesidad de este proyecto. Se ha convertido en una máquina electoral cuyo *ethos* y horizonte se limita al corto plazo. Incluso cuando proclama nobles valores, es incapaz de cuestionarse a qué clase de mundo distinto podría servir su victoria, y se limita a preguntarse cómo debe actuar para ganar” (Magri, p.147).

Este inmediateismo de la victoria, ese embrujo por ser gobierno, condena a la izquierda institucional a diseñar medidas estatales que alivien los dolores de la dominación. Es decir, a “(...) consolidar un capitalismo más “justo” y “humano”, sin necesidad de su abolición” (De Zubiría, 2020, p. 56). Un ejemplo de esto lo hemos vivido con los ciclos de los gobiernos progresistas<sup>6</sup>.

Quiérase o no, el punto característico de estos gobiernos en América Latina, unos en mayor o en

---

6 Dentro de los gobiernos progresistas podemos nombrar algunos: en Venezuela el de **Hugo Chávez** (1998, 2000 y 2006); el de **Lula Da Silva** (2002 y 2006); en Argentina con los **Kirchner** (2003 y 2007); en Uruguay con **Tabaré Vázquez** (2005-2010 y 2015-2020) y con **Pepe Mujica** (2010-2015); en Chile con **Bachelet** (2006-2010 y 2014-2018); en Bolivia con **Evo Morales** (2006-2019); en Ecuador con **Rafael Correa** (2007-2017); en Nicaragua con **Daniel Ortega** (2007); entre otros.

menor medida que otros, es que: “(...) mantienen la política neoliberal heredada y priorizan las relaciones con el capital financiero trasnacional. Algunos, incluso, están sujetos a tratados de libre comercio con los Estados Unidos” (Regalado, 2009, p. 32). Lo que significa que al sistema poco se le interpela económicamente. Es cierto que hay variaciones políticas, pero todas estas se realizan sin una vocación claramente anticapitalista. Es decir: “En ausencia de perspectivas socialistas, las iniciativas democratizadoras en estos campos no modifican el orden vigente” (Katz, 2008, p.10).

Ahí es donde pienso que el ideario de la reforma social gobiernista se revela insatisfactorio. Particularmente porque: “(...) las reformas que son factibles bajo el capitalismo no se acumulan, ni son irreversibles. Tarde o temprano su consolidación (o profundización) choca con la regla del beneficio y sobrevienen atropellos patronales que provocan mayores conflictos” (Ibídem, p. 81). Por esta razón, los revolucionarios han lanzado sendos ataques y duras refutaciones contra el reformismo y el revisionismo. Críticas que se reactivarán más temprano que tarde, marcando una nueva batalla entre estos dos campos del pensamiento político.

Pues bien, en este texto pretendo rememorar una disputa famosa entre el pensamiento revolucionario y el revisionismo/reformismo, a saber: el debate entre Rosa Luxemburgo y Eduardo Bernstein. Un trabajo que recopila lecciones de una querella histórica que sigue latente. Sobre este debate se han vertido ríos de tinta, inundaciones teóricas que casi siempre resaltan solo los argumentos y las espinas de Rosa. En aras de la honestidad, poco se muestra lo que expresó su contendiente. Conocemos de él por la crítica de Luxemburgo y no desde su propia obra.

En adelante, quisiera desarrollar esta confrontación tomando las armas teóricas de los dos oponentes. En

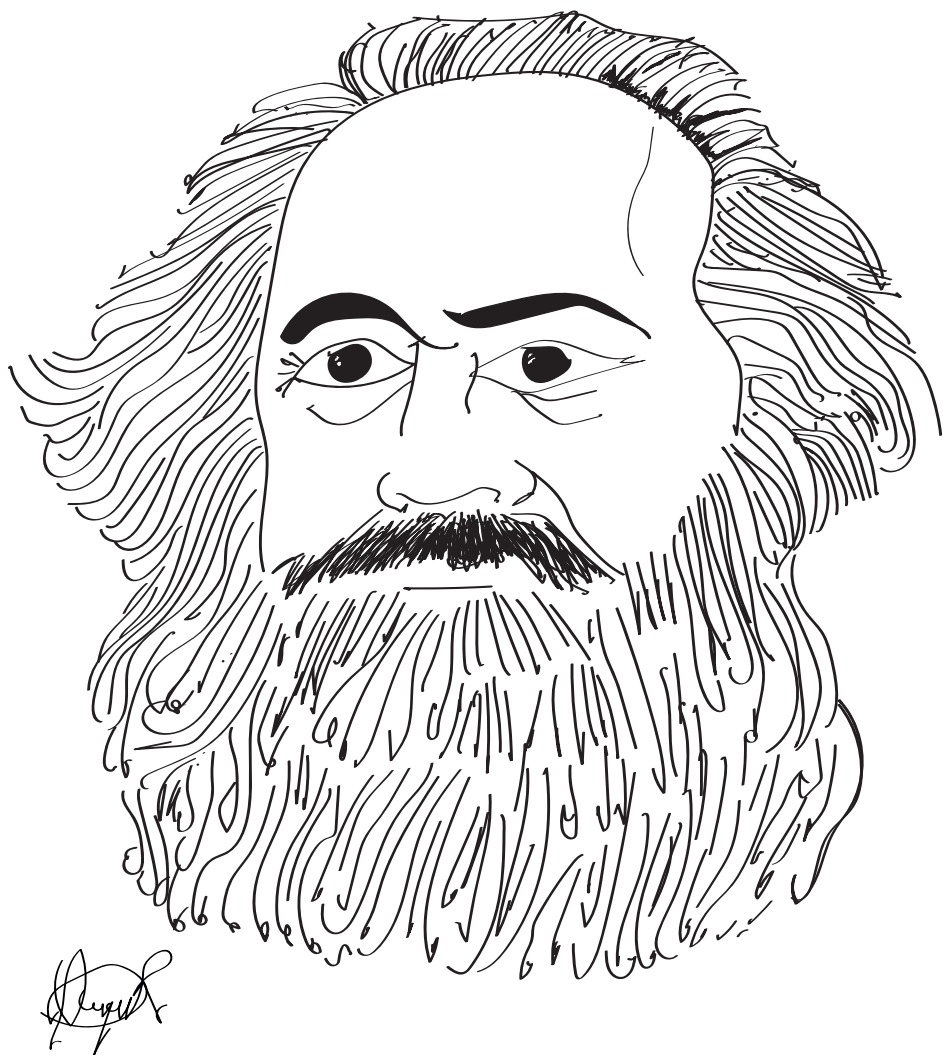


especial, reconstruiré los postulados de Bernstein para demostrar su vigencia como ideología de la izquierda institucional del siglo XXI. Su retorno a la arena política se lee en los programas de los progresismos alternativos y también en la de varios partidos que se precian de radicales. En ese sentido, mi hipótesis a demostrar es que incluso algunos partidos comunistas<sup>7</sup>, que se reclaman marxistas-leninistas y revolucionarios, son en realidad profundamente bernstenianos. Es decir, son puras organizaciones orientadas por el revisionismo y el reformismo.

Ahora bien, se le advierte al lector que para dar cuenta de esta hipótesis transitará por tres lugares. Primero, por la breve reconstrucción de los argumentos de Eduardo Bernstein. No solamente los que se leen en las *Premisas del socialismo y las tareas de socialdemocracia*, sino también en sus artículos conocidos como *Problemas del socialismo*, compilados en *Die Neue Zeit* (el nuevo tiempo), revista teórica del partido socialdemócrata dirigida por Karl Kautsky, al que Lenin luego apodó cariñosamente como el renegado. Segundo, por la crítica a estas ideas elaboradas por Rosa Luxemburgo. Especialmente la que conocemos desde su obra *Reforma o Revolución*. Tercero y último, a modo de conclusiones, caminará por algunas interpretaciones propias extraídas de esta polémica. Todo en clave de actualidad y vigencia del debate.

---

7 Es de resaltar que el objetivo de este trabajo no es el de hacer un inventario sobre qué tan reformistas o no son los partidos comunistas en la actualidad. Ni describir uno a uno en ellos dónde están las derivas reformistas. Ese análisis corresponde hacerlo a las propias organizaciones.



## **El pendiente gran regreso a Marx**

Por Nicolás González Varela

La Dialéctica nos demuestra que el principio solo está claro al final. Se podría decir que cada época tiene el renacimiento del Marxismo que se merece. Un ex ministro federal alemán, Carlo Schmid, declaró allá por 1964, en el 100 aniversario de la Internacional Socialista que “Bernstein ha ganado en todos los ámbitos de la política”. Un excanciller socialista de Austria de la talla de Bruno Kreisky reconoce que “Bernstein fue en realidad el gran reformador político, no Marx”. Bernstein no solo sería el padre del Revisionismus, sino de la Socialdemocracia europea moderna tal como la conocemos hoy. Desde la perspectiva actual, se puede afirmar que Bernstein habría creado una nueva escuela teórica de pensamiento más allá de Marx. Incluso si ya había corrientes orientadas a la reforma y al cretinismo parlamentario en el SPD mucho antes de la adopción completa de la doctrina marxista en la Socialdemocracia (pensemos en el Congreso del Partido de Gotha en 1875), el trabajo de Bernstein fue el primer esbozo completo y teóricamente fundado de una teoría política socialdemócrata-reformista madura. De hecho el programa Godesberg de 1959,

en el cual se abandonaba oficialmente a Engels y Marx, hizo del concepto revisionista-reformista del Socialismo fundado por Bernstein la base metapolítica de su autoconsensión teórico-programática. Bernstein se convirtió en el símbolo y ejemplo más importante de la corriente revisionista internacional.

Este libro, actual y profundo, viene a denunciar que la mayoría de los socialdemócratas de izquierda, o incluso comunistas, no son conscientes de esta enorme hipoteca, de este influjo inconsciente, de aquel viejo debate entre Reforma o Revolución, que desgarró las organizaciones socialdemócratas europeas a partir de 1895. Una influencia que llega no solo al debate estratégico sino al propio diseño de las organizaciones, a la misma praxis de la Kritik materialista, incluso a la táctica del día a día. Tal el aporte urgente del presente libro de Valdivieso, una herramienta de autocritica atroz, que en una contraposición polémica entre dos respuestas al capitalismo del naciente siglo XX, demuestra que Reformismo y Revisionismo, caras bifrontes inseparables, “son las ideas dominantes de la izquierda institucional; de las expresiones progresistas y de centro; de los llamados verdes: eurocomunistas y socialdemócratas multicolor.” Un diagnóstico doloroso pero necesario.

Valdivieso incluso arriesga una hipótesis más radical aún: “algunos partidos comunistas, que se reclaman marxistas-leninistas y revolucionarios, son en realidad profundamente bernstenianos.” Ahora bien, se le advierte al lector que para dar cuenta de esta hipótesis transitará por tres lugares. Primero, por la breve reconstrucción de los argumentos del propio Bernstein. No solamente los que se leen en las Premisas del socialismo y las tareas de socialdemocracia, sino también en sus artículos conocidos como Problemas del socialismo, compilados en Die Neue Zeit (El Nuevo Tiempo), Zentralorgan teórico del partido socialdemócrata dirigido por Karl Kautsky, faro de

irradiación y modelo de todos los partidos de la IIª Internacional hasta 1914. Las tesis bernsteianas, alineadas con el ala derecha político-sindical, fueron cuestionadas con vehemencia tanto por el centro como por la izquierda partidaria en las conferencias del SPD de 1899, 1901 y 1903, así como en un congreso de la Segunda Internacional en 1900. Su discusión se extendió además por toda Europa, envolvió a grandes figuras socialistas como Belfort-Bax, Hyndman y a intelectuales como Bernard Shaw o el filósofo Bertrand Russell. En segundo lugar, por la crítica a estas ideas elaboradas, el ataque más fundamentado y más fiel a la letra y el espíritu de Engels y Marx, ejecutado virtuosamente por Rosa Luxemburgo, figura destacable del ala izquierda del SPD. Tercero y último, a modo de conclusiones, el libro expone algunas interpretaciones actuales y propias extraídas de esta polémica. Todo en clave de actualidad y vigencia del debate, ya que, según Valdivieso “mi hipótesis a demostrar... que son puras organizaciones orientadas por el Revisionismo y el Reformismo.”

Curiosamente Bernstein, a la muerte de Engels –de quien fue su albacea testamentario y muy cercano en lo personal, tanto que poseía manuscritos inéditos del Nachlass de Engels y Marx– era considerado uno de los intérpretes principales de la teoría de Marx, junto con Bebel y Kautsky. Finalmente el rol de “autoridad interpretativa” que ostentaba “El General”, el Lama del socialismo de fin de siglo, fue heredado oficialmente por Kautsky (principal figura teórica del centro del SPD) en el congreso de Stuttgart de 1898. Pero incluso después de esto Bernstein siguió siendo considerado un marxista ortodoxo y erudito, voz autorizada y referente de muchos intelectuales orgánicos, hasta 1914. De aquí en más Kautsky será el Papa del Marxismo, el guardián de la ortodoxia y creador de una vulgata marxista, el Materialismo Histórico. Como periodista y editor, Bernstein fue redactor en jefe, con

la bendición de Engels, de *Der Sozialdemokrat* (1881-1890), el principal órgano del partido del SPD en el exilio durante las leyes antisocialistas, y de *Dokumente des Sozialismus* (1902-1905), de orientación más histórica, donde se publicaron por primera vez fragmentos inéditos de la *Deutsche Ideologie*; formó parte, además, del equipo de redacción de la principal revista teórica del SPD, *Die Neue Zeit* (1891-1900). También editó volúmenes de correspondencia entre Marx y Engels (1913) y documentos seleccionados de su *Nachlass* (1908-1914), así como las obras completas de su colega y rival Ferdinand Lassalle (1919-1920). En 1891 fue el redactor de la parte práctica del programa socialdemócrata de Erfurt, mientras Kautsky era el autor de sus fundamentos teóricos. Bernstein mismo era un híbrido peculiar: partidario de la Teoría del derrumbe, consideraba al Marxismo (a diferencia de Engels o Marx) como un cientificismo, como sistema cerrado y concluso, aunque estaba muy influenciado por el neokantismo de boga en la Alemania guillermina (al estilo de Dühring o Lange, como lo señala Valdivieso) por lo que criticaba la Dialéctica y todo tufillo hegeliano en Engels o Marx, políticamente por el Fabianismo inglés, buscaba puntos de contacto con el Darwinismo, influenciado por la crítica económica del Marginalismo (Struve, Tugan-Baranowski) abominaba la Ley del Valor como una construcción retórica, mera metáfora, rechazaba por dogmática la tendencia a la subsunción real del plusvalor, desarrollaba una *Krisentheorie* subjetivista basada en el supuesto de un atenuación del derrumbe por un acuerdo general y una regulación democrática de la relación Capital-Trabajo. Es decir: eliminaba los tres pilares fundamentales de la *Kritik marxiana* a la lógica del Capital. Tanto él como Kautsky se habían convertido en “marxistas” después de estudiar concienzudamente el *Anti-Dühring* de Engels. Pero no habían abandonados su mochilas repletas de Malthus, Darwin y Dühring. Bernstein se enfrentaba, no tanto a

Engels y Marx, como a la vulgata kautskiana, al Histo-Mat oficial. En sus tesis exageraba y sobreestimaba las influencias del Liberalismo de izquierda (reales e históricas) en el Marxismo clásico, efectuando una lectura reduccionista, “historicista” de Engels y Marx (que después curiosamente replicaría el Dia-Mat de Stalin, que encarcelaba y sofocaba la validez de la Kritik en las coordenadas de la década de 1850. Pero, al mismo tiempo, Bernstein era una contradicción encarnada, su propia praxis consistía en una unidad de elementos reformistas con raptos de radicalidad selectiva: era un ferviente opositor a todo proteccionismo económico y enemigo de todo Nacionalismo reaccionario. Fue un precursor en las primeras luchas por la causa LGTBI, era un abanderado de un nuevo Internacionalismo, un cosmopolitismo libertario, como le denominaba. Fue uno de los fundadores de una escisión por izquierda del SPD, el USPD, en 1917, pero al mismo tiempo podía justificar un colonialismo suave en los pueblos atrasados del mundo con argumentos pseudocientíficos y etnocéntricos.

El ser determina la conciencia, y en este caso se cumple este destino dialéctico. El Revisionismus consiste una agrupación coordinada y simultánea de determinaciones críticas, ya no contra eventuales interpretaciones sobre Engels y Marx, sino sobre la validez de la teoría crítica comunista en sí misma. Además se trata de un enroque teórico-político sobre el programa ortodoxo de Erfurt, o sea: una nueva y reformista interpretación del programa del partido socialdemócrata; y finalmente concluye en correcciones “historicistas” a las posiciones nodales de Engels y Marx. Bernstein cuestionó ambas direcciones de esta relación –que la ciencia impregna necesariamente el Socialismo clásico y que el Socialismo “es” una ciencia. Y se impuso la tarea de delimitar, al estilo Kant, las fronteras entre ambas, o por decirlo de otra manera, entre la teoría



y la praxis de las organizaciones socialdemócratas. Como ideología no flota en el cielo de la gran política. Bernstein no surge ex nihilo, no aparece del éter de las ideas; se aguarda y se espera en la organización de masas su llegada como sistematizador. El Revisionismus ya existía ante Bernstein, el candoroso suelo receptivo se había construido lentamente en el SPD, desde Dühring y Vollmar en adelante, a través de su integración negativa y patológica en el sistema político guillermiano, en el crecimiento desmesurado del funcionariado, anticipo de futuras nomenklaturas, en el militantismo burocrático y en la recomposición social de su dirección y en su fracción parlamentaria. Los trabajadores socialdemócratas se encuentran en un proceso radical de integración negativa por la política de Bismarck: por un lado, una mejora gradual de su condición económica y por las tendencias hacia la igualdad en la ley y, por otro lado, una explotación persistente con medidas autoritarias y represivas. Los elementos de integración impidieron que la agresión resultante de la situación obrera alcanzara una intensidad que permitiera transformarla en acciones políticas o incluso revolucionarias, tal como lo comprobó Luxemburg. La táctica de los dirigentes obreros –generalmente inconsciente– de utilizar esta agresividad para construir densas y extensas organizaciones obreras, reforzó decisivamente el efecto de los elementos de integración con el Estado. El proceso de integración negativa fue acompañado por la ideología correspondiente, las obras sistematizadoras de Bernstein; un radicalismo verbal hueco y muy selectivo, incluso no-marxista, y el comportamiento de la actitud de espera revolucionaria, el attentismus, se imponía cada vez más ante la realidad de la lucha de clases. Según una estimación de 1905 apenas el 10% de los militantes activos poseían algunos conocimientos rudimentarios del Marxismo. El SPD se transformaba “en un partido revolucionario, no un partido de la revolución”, según la fórmula kaustskiana. Una



metamorfosis en su composición de clase partidaria, que estudió en detalle Michels, y que intuyó en sus amargos combates intestinos el Engels tardío y, por supuesto, Luxemburg. La Dialéctica materialista se rebajaba a una inocente lógica evolucionista y se le acusa de la desgracia predictiva en cuanto al derrumbe y el pauperismo; el Socialismo se terminaba transformando en ciencia de la legitimación de la línea política oficial. Bernstein exageraba la autonomía de lo político en la racionalización capitalista de fin de siglo. No solo Engels y Marx eran inteligibles, sino el mismo transfert de Hegel o de la rica herencia de la izquierda hegeliana, era para el intelectual orgánico un libro cerrado bajo siete sellos. El producto es el “atentismo” revolucionario, esperar-y-ver manteniendo la agenda del día a día, sobreponer al Endziel el funcionamiento del movimiento por sobre el fin estratégico, un sobredimensionamiento del medio para transfigurarlo en fin, que teóricamente se expresa en forma teórica en Bernstein. Lo único real es la praxis inmediateísima y la autoconservación formal de la organización.

Tenemos entonces en el Revisionismus clásico y en la diferencia determinada entre las posiciones de Bernstein y Luxemburg, que Valdivieso expone con erudición y claridad, problemas coyunturales, específicos de la propia composición de clase del proletariado alemán en el Imperio guillermino, con temáticas nuevas y cuestionamientos que trascienden la coyuntura y se presentan en toda su actualidad en el presente. A partir del libro pueden señalarse tres: en primer lugar el problema de la “mediación” entre Teoría revolucionaria y Praxis, la lógica del problema de la aplicación –la Umsetzung, de la traducción diría Gramsci– a la realidad de una práctica organizativa en la cual se produce una transformación estructural de la Teoría marxista misma, provocada por el transfert a través de lo institucional (la forma-partido) y por el mismo contacto con lo otro criticado. En segundo

lugar los contragolpes en la Teoría revolucionaria de la transformación en una fuerza material, es decir: las distorsiones utópicas y fantasías sociológicas de clase que deforman la forma de la Teoría revolucionaria, que permiten el cultivo y legitimación de ideologías como la de Dühring o Bernstein, incapacitándola para conformar una praxis eficaz de la Kritik de la Economía política. En último lugar, pero no en importancia, se encuentra la correcta recepción y aprehensión de la propia Teoría revolucionaria de Engels y Marx, el Revisionismus, el de ayer y de hoy, crece y se eleva sobre un insuficiente, escolar y pobre conocimiento de la Teoría revolucionaria, un eclecticismo que nace de condiciones materiales precisas; el Marxismo es un perro de paja al que golpear con facilidad y derribar de un suspiro en una ceremonia ritual, un déficit que se mantiene en organizaciones y grupos dirigentes de casi toda la izquierda occidental. El producto final es un Idealismo secundario maquillado con fraseología marxista o socialista, que cumple con la función, post festum, de legitimar la línea política del comité central, con todos los atributos de una utopía abstracta, burocrática y pseudocientífica. El Socialismo queda así reducido casi al ámbito de un mito movilizador.

El Revisionismus es un fenómeno mucho más complejo, profundo y grave que la simple decisión subjetiva de un renegado o la elección oportunista de un hereje, y nada mejor para su análisis y crítica que aplicar el Marxismo al propio Marxismo como exigía Korsch; develar el modo de producción de las experiencias proletarias, su composición y segmentación de clase, el caldo de cultivo revisionista del propio diseño organizativo de partidos y sindicatos, su ley oligárquica en el funcionariado y en el militantismo, so pena que todas las formas históricas de Reformismo, Revisionismo, Sindicalismo y Populismo permanezcan teóricamente opacas e inteligibles, terminando por ser funcionales al sistema

de dominio que pretendemos combatir y superar. Tal es el reto a que invita el libro de Valdivieso, prerrequisito indispensable e ineludible para que la Teoría crítica sea nuevamente una guía para la investigación y para la acción. Un pendiente regreso al auténtico Marx.

*Sevilla, septiembre de 2021*



## I. **Bernstein o el padre de la izquierda contemporánea.**

*“El partido muestra precisamente ahora, bajo la presión de la ley antisocialistas, que no está dispuesto a recorrer el camino de la revolución violenta, sangrienta, sino que está decidido, a pesar de algunas improcedencias y algunos excesos anteriormente cometidos, de los que, como todos los demás partidos en su juventud, ha de reconocerse culpable, a ir por el camino de la legalidad, es decir, de la reforma (...) Así cuanto más pausado, objetivo y reflexivo aparezca en su crítica de lo establecido y en sus propuestas de cambio del mismo, menos posibilidades habrá de que se repita la actual estratagema con la que la reacción consciente ha amedrantado a la burguesía con el terror del fantasma rojo. Y menos temerán los hombres independientes a ir de la mano de los proletarios y menos se dejarán embaucar por las calumnias que hacen de nosotros una banda de “locos fanáticos”, de “estúpidos delincuentes” y de “lumpes ávidos de barricadas”*  
**Karl Flesch.**

Eduardo Bernstein (EB, en adelante) fue un socialista alemán, de origen judío como Rosa Luxemburgo. Nació en Berlín el día 6 de enero de 1850 y murió el 18 de diciembre de 1932. Creció ajeno a las comodidades, criado en un modesto nivel de vida. Hijo de un operario maquinista de ferrocarril. Pese a las insolencias, el padre del revisionismo y guía (si se quiere indirecto) de la izquierda contemporánea, se cultivó

intelectualmente. Estudió en un *Gymnasium*, aprendió contabilidad y cuestiones económicas. “Al salir de la escuela trabajó en un banco, en donde prestó servicios desde los 16 años a los 28. Después fue secretario particular de Karl Höchberg, un rico patrocinador del Partido Social-Demócrata” (Cole, 1974, p. 260).

Desde su juventud se afilió a la socialdemocracia alemana. Hizo parte de esa organización y colaboró con ella casi en medio de la clandestinidad, padeciendo el rigor de las *Leyes antisocialistas*<sup>8</sup> de Bismarck<sup>9</sup>. Esta persecución reaccionaria lo obligó al ostracismo. Esa era la suerte de casi todos los socialistas. Se exilió en Suiza desde 1878. Trabajó como redactor destacado en el periódico *Sozialdemokrat*. Luego migró a Inglaterra en 1888 donde conoció al maestro Federico Engels<sup>10</sup>. Se dice que el contacto que tuvo con el coautor del *Manifiesto Comunista* y amigo entrañable de Karl Marx<sup>11</sup> le otorgó amplio prestigio intelectual. Algunos lo asumieron no sólo como un discípulo elegido o como el albacea auténtico de Engels, sino también como el continuador legítimo del marxismo.

Sin embargo, Paul Frölich (2015) nos recuerda que, en su estancia en Londres, EB no solamente fue

---

8 *Las Leyes Antisocialistas fueron unas leyes de excepción contra la socialdemocracia alemana aplicadas desde 1878 hasta 1881.*

9 **Otto von Bismarck** (1815 - 1898) fue un destacado político alemán. Uno de los cancilleres más ilustres de esta nación, especialmente por su contribución a la unificación de la patria y del Imperio alemán.

10 **Friedrich Engels** (1820-1895) fue un filósofo alemán. Destacado teórico revolucionario y entrañable amigo del coloso de Tréveris: Karl Marx.

11 **Karl Heinrich Marx** (1818-1883) fue uno de los más grandes filósofos que ha parido la humanidad. Pensador alemán. Destacado en distintos campos del pensamiento. En historia, teoría política, sociología, economía y periodismo crítico. Fundador, junto al camarada Engels, de lo que conocemos como el socialismo científico y del materialismo histórico.

“ungido” por el marxismo revolucionario engelsiano, sino además por algunas ideas inglesas: como la concepción económica de las *trade unions*<sup>12</sup> y la perspectiva política de la sociedad Fabiana<sup>13</sup>. “De aquí, su valorización por una perspectiva de construcción de la sociedad socialista gradualmente, centrándose en los progresos cotidianos y no limitándose a esperar el derrumbe del capitalismo” (Reveco, 1991, p.107). Por lo anterior, se podría decir que se apoyó en el marxismo para justificar, o llenar de autoridad, su revisionismo.

Por la misma época estudió la insurrección francesa de 1848<sup>14</sup>. “Bernstein se dedicó a atacar duramente a los insurrectos y a defender a los que aplastaron la insurrección” (Gustafsson, 1975, p. 115). Casi con un espíritu reaccionario, manifestaba su aversión total por la perspectiva sediciosa, violenta y por el blanquismo<sup>15</sup>. “Culpaba a esta política revolucionaria, en último término, por la derrota de la Revolución de 1848” (Frölich, 2015, p. 63).

Bajo esta interpretación rechazó también al pensamiento dialéctico. Lo concibió “(...) como una doctrina totalitaria que, con sus categorías “fuertes”, cancela la diversidad, convoca a la violencia y fomenta el enfrentamiento radical” (Kohan, 2013, p.132). En lugar de

---

12 *La unión de trabajadores o unión de comercio o sindicatos de oficio fue una experiencia obrera creada en Inglaterra en 1871.*

13 *Movimiento obrero inglés fundado el 4 de enero de 1884. Sociedad caracterizada por implantar el socialismo por medio de reformas graduales y no por la toma del poder mediante la lucha de clases.*

14 *Esta insurrección popular tuvo lugar en París del 23 al 25 de febrero de 1848. Obligó al Rey Luis Felipe I de Francia a abdicar y dio paso a la Segunda República Francesa.*

15 *Se conoce como blanquismo al como el movimiento político francés continuador de las ideas de Louis Auguste Blanqui. Este movimiento se caracterizó por su doctrina combativa y revolucionaria para instaurar la república contra la Monarquía por medio de las armas y la vía insurreccional.*

abrigar estas posiciones políticamente “incorrectas”, promulgó doctrinas y prácticas moderadas. Todo en aras de “no polarizar”<sup>16</sup>.

Estas ideas se leen mejor en sus obras. Trabajaré dos: *Problemas de socialismo* y *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Frente al primer documento, recordar que se trata realmente de una serie de artículos publicados en la revista *Die Neue Zeit* (El Nuevo Tiempo, en adelante) entre los años 1896 y 1898. A modo de inventario, este texto se compone de los siguientes artículos: **i)** *Observaciones generales sobre el utopismo y el eclecticismo*. **ii)** *Una teoría sobre los dominios y límites del colectivismo*. **iii)** *La situación actual del desarrollo industrial en Alemania*. **iv)** *El nuevo desarrollo de las relaciones agrarias en Inglaterra*. **v)** *La significación social y política del espacio y el número*. **vi)** *La lucha de la socialdemocracia y la revolución de la sociedad*. Y **vii)** *El factor realista y el factor ideológico en el socialismo*.

Frente a la segunda obra, recordar que *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* apareció el 14 de marzo de 1899. El texto: “(...) se convirtió de inmediato en la obra más discutida de la literatura socialdemócrata de la época; tanto que mereció el apelativo un tanto burlesco de biblia del revisionismo” (Aricó, 1982). Ya veremos de qué trata y por qué adquirió con justeza ese remoque.

Antes de entrar de lleno en la obra de EB, quisiera incluir algunas menciones sobre el contexto alemán de la época. Un poco en aras de mostrar por qué las tesis revisionistas tuvieron tanta acogida en el Partido socialdemócrata alemán.

---

<sup>16</sup> En Colombia, especialmente después del **Acuerdo de paz de La Habana** entre las FARC-EP y el Estado colombiano, se ha impuesto en el lenguaje político la idea de la “reconciliación” y de “conciliación”. Por tanto, se exige evitar la “polarización” y la confrontación de ideas y posturas. La invitación es transitar por una ilusoria unidad nacional que eclipse la lucha fáctica de clases.



Recordar que una vez cayó Napoleón derrotado en Waterloo, por allá en 1815, los distintos príncipes alemanes “(...) crearon una confederación de 39 estados independientes en todos sus ámbitos, exceptuando el campo de la política exterior” (Triste, 2005, p.19). Esta Confederación Germánica generó un elevado espíritu de unidad, incluso abrió campo a un incipiente sentimiento nacionalista.

Ya para 1834 Prusia empieza a liderar la Confederación, a devenir hegemonía de los estados alemanes a nivel económico y político. Creó la Unión aduanera alemana. “Esta medida tuvo como efecto el aumento, e incluso la duplicación del comercio entre sus socios en un plazo de 10 años, lo cual propició que se formaran centros de industrialización donde surgió la clase obrera” (Triste, 2005, p.20).

Creció rápidamente la población en las ciudades. Se puede decir que, a nivel de la organización productiva, hubo un amplio proceso de proletarización en desmedro de los pequeños artesanos y trabajos manufactureros. En suma, aumentaba la gran industria. Y para algunos sectores se produjo una bonanza económica.

A nivel político, a finales de la década del cuarenta, se creó la Asamblea Nacional. Un espacio de representación que buscaba la unidad alemana y mayores libertades para sus gentes. Allí fueron elegidos varios dignatarios conservadores, nacionalistas, liberales y demócratas. Vale mencionar que estos intentos democráticos fueron estancados provisionalmente porque en 1849 se disolvió ese parlamento.

En todo caso la disputa real por el poder estuvo centrada en Austria y Prusia. Al final los prusianos se impusieron en 1866 gracias a la victoria en la llamada

Guerra de las siete semanas<sup>17</sup>. Con la victoria de Prusia se unificó Alemania en torno a la Confederación alemana del Norte liderada por el Canciller Otto Von Bismarck. Después de esto, en 1867 se reabrió el parlamento o el Reichstag.

Con la apertura democrática se crea en 1869 el Partido Obrero socialdemócrata. Unificando las tendencias que seguían las ideas de Ferdinand Lassalle<sup>18</sup> y los partidarios de August Bebel<sup>19</sup> y Wilhelm Liebknecht<sup>20</sup>. Hubo diferencias políticas entre estas dos tendencias, los primeros más cercanos a la lucha al interior de las instituciones, los segundos más próximos al marxismo. De todas maneras, estos desencuentros fueron dirimidos en 1875, armonizados bajo un programa común, el famoso Programa de Gotha<sup>21</sup>.

“Cabe mencionar que Marx estuvo en contra de la unión de los lassalleanos y los socialistas, postura que manifiesta en la Crítica al Programa de Gotha, misma que

---

17 Esta guerra austro-prusiana se produjo para decantar la hegemonía al interior de la Confederación Germánica. Los hechos transcurrieron desde el 14 de junio hasta el 23 de agosto de 1866. Al final Prusia resultó vencedora.

18 **Ferdinand Lassalle** (1825—1864) fue un político alemán de origen judío. Recocado en el movimiento socialista por sus polémicas con Marx y por sus tendencias reformistas.

19 **August Bebel** (1840- 1913) fue uno de los dirigentes más representativo del partido socialdemócrata alemán.

20 **Wilhelm Liebknecht** (1826-1900). Fue un político socialista alemán, uno de los jefes del SDP y padre del camarada Karl Liebknecht, espartaquista que compartió trincheras hasta su muerte con Rosa Luxemburgo.

21 Este fue el programa político que unificó por fin a la Asociación General de Trabajadores de Alemania- de tendencia lassallana- y el Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania –de tendencia marxista-. Esta unión creó el Partido Socialista Obrero de Alemania.

puede resumirse en que dicho documento hace demasiadas concesiones a los partidarios de Lassalle y manifiesta una actitud errónea de los socialistas frente al Estado prusiano-alemán, pues se habla de este como si fuera una república democrática como la de Francia, Suiza o la de Estados Unidos, ignorando su carácter militarista y feudal” (Triste, 2005, p. 23).

Con todo y la crítica de Marx, los socialistas empezaron a organizarse y a ganar cierta influencia entre las masas. Este auge los condenó a la censura, a la proscripción. Tanto así que sus actividades fueron dirigidas desde el exterior. Solamente los parlamentarios tuvieron garantías para las actividades políticas. Estos hechos son importantes para entender el culto que iba a rendir la socialdemócrata hacia las instituciones. Apego que se completó cuando Guillermo II<sup>22</sup> derogó las leyes antisocialistas en 1890.

Con estos movimientos el partido empezó a tener mayor audiencia. A ganar espacio en la lucha legal y en las instituciones del Estado. A convertirse de a poco en una máquina política y electoral. A devenir partido del orden democrático. Y, de a poco, iba girando hacia la derecha. En este ambiente reformista se formó EB. No fue el único ni el primer socialdemócrata que abjuró del marxismo. Pero sí uno de los que, teórica e ideológicamente, fundamentó el revisionismo.

---

<sup>22</sup> **Guillermo II de Alemania** (1859 - 1941) fue el último emperador alemán, el último Kaiser y rey de Prusia. Gobernó, reemplazando a Federico III, desde 1888 hasta 1918.



### 1.1. Bernstein y los problemas del socialismo.

Los primeros trabajos de EB que se deslizan por la línea revisionista se encuentran compilados en *Problemas del socialismo*. Por cuestiones de extensión, no voy a reseñar con plenitud todos los artículos. A lo sumo incluiré las ideas generales, sin delirios de exhaustividad ni mucho menos. Todo en clave de síntesis como para que el lector se haga una idea general de sus concepciones y para motivarlo a que pueda ir por sus propios medios a constatar o refutar lo que aquí se dice. Por lo tanto, podrán excusarme si omito alguna idea que considere menor.

### Observaciones generales sobre el utopismo y el eclecticismo

El primer artículo fue escrito en 1896-1897 y se consignó en el Volumen XV, I, de la revista *El Nuevo Tiempo*. En ese trabajo, según José Aricó, “se expone su propuesta de “recomposición” teórica frente al marxismo”. EB parte por creer que la política socialdemócrata va prosperando en Europa y que este avance se expresa en el aumento de votos. Significa que van por buen camino y que la “línea” es correcta porque se van logrando victorias “democráticas”. Algo muy parecido se sostiene en la actualidad, sobre todo cuando muchos consideran que han tomado *el cielo por asalto* por alcanzar un escaño en el Parlamento, una curul en el Concejo o por ganar un gobierno<sup>23</sup>.

---

23 Me llama mucho la atención ver lo frustrante que resulta para el cambio social el simple hecho de “ganar” un gobierno puesto que pareciera que de esa manera no se interpela al sistema ni al poder de las clases dominantes. En América Latina todas las “reformas” de los gobiernos progresistas son borradas casi que de un plumazo por los sucesores gobiernos reaccionarios. Ejemplo: Brasil de Bolsonaro, Ecuador de Lenin Moreno, lo que pasó en Argentina con Macri, etc. Aunque claro, cualquiera podría decir que en las próximas contiendas

Creyó que con los triunfos electorales se iba difundiendo el pensamiento socialdemócrata y que los reaccionarios iban *evolucionando* políticamente hacia el socialismo. Por tanto, era hora de revisar la táctica “(...) en el sentido de plantear algo más que reivindicaciones salariales, de protección del obrero y otras similares, proponiendo reformas positivas” (Bernstein, 1982, p. 3). Por reformas positivas entiende aquellas que se alcanzan con realismo, superando el *utopismo socialista*, como decía él mismo. Y aquellas que permiten los pequeños éxitos. Verbigracia: un acuerdo, una ley, un derecho, una curul, etc.

Para EB existían dos tipos de utopismos inaceptables. Uno, el que cree en el reino de la felicidad completa. Es decir, aquellas ideas utópicas de sociedades futuras sin clases y cosas ingenuas como el comunismo. En lugar de eso, habría que apelar a una suerte de realismo puro y duro. Aspirar a medidas posibles, realizables pragmáticamente. Aplicadas aquí y ahora. Una tesis muy parecida a la del *tacticismo*<sup>24</sup> de hoy. Dos, el utopismo que reniega de una teleología comunista, como recetas de cocina sobre el porvenir, pero “(...) acepta en cambio un salto brusco de la sociedad capitalista a la socialista. (Ibídem, p. 4). Como no creía en los saltos disruptivos en la historia, en la noción de *Acontecimiento*<sup>25</sup>, que quizá se pudiera derivar

---

electorales se “retoma” el gobierno y se aplican nuevas reformas. Pero, a fin de cuentas, el vaivén democrático mantiene incólume la dictadura del capital.

24 Campea una especie de mediocridad en las aspiraciones políticas de los bernstenianos. Renuncian a “pensar lo impensable” bajo el consabido argumento de “la correlación de fuerzas”. Al final, las cuentas en las correlaciones nunca les dan la posibilidad para aspirar al acontecimiento revolucionario.

25 Entiendo por **Acontecimiento** como un rayo que puede partir la historia en dos, como la revolución misma. Sería como: “(...) algo traumático, perturbador, que parece suceder de repente y que

del pensamiento dialéctico, defendía, en cambio, la idea de ir haciendo paulatinamente cambios o *reformas positivas*. Es decir, criticando la concepción de transiciones rápidas y abruptas del capitalismo al socialismo, postulaba las transiciones lentas y seguras, graduales y progresivas.

Cuestionando el marxismo, impugnó ideas como la de *expropiación de medios de producción* y la *dictadura del proletariado*. Estas tesis serían realmente innecesarias debido al mismo progreso de la sociedad. Por ejemplo, expropiar a los expropiadores sería una medida utópica e innecesaria porque “(...) determinadas ramas de la producción o de la industria se van acercando a un estado en el que se torna inconveniente, cuando no pernicioso, para las necesidades sociales generales” (Bernstein, 1982, p.5). Es decir, los procesos de expropiación son contraproducentes para la estabilidad social y pueden generar catástrofes de toda índole.

Lo mismo plantea frente a la dictadura del proletariado. Esta medida ya no sería necesaria para una sociedad que se vuelve cada vez más democrática. Y menos cuando avanza notablemente –por vía electoral- la influencia de la socialdemocracia. En ese sentido:

“La democracia moderna, asentada en la clase obrera, adquiere, como hemos visto, una influencia creciente directa e indirectamente sobre el estado y la comunidad. Cuanto más fuerte es esta, tanto más se modifican en el sentido de la democracia los principios de la

---

*interrumpe el curso normal de las cosas; algo que surge aparentemente de la nada, sin causas discernibles, una apariencia que no tiene como base nada sólido (...) la aparición inesperada de algo nuevo que debilita cualquier diseño estable” Ver: Žižek, S. (2014). Acontecimiento. México: Sexto Piso.*

gestión empresarial. *Los intereses de la minoría privilegiada se subordinan cada vez más al interés común (...)* tal desarrollo tiene una orientación decididamente anticapitalista, contra la apropiación de medios de producción y de excedentes de producción de los capitalistas, que es justamente el aspecto característico y esencial del sistema económico capitalista” (Ibídem).

Hasta aquí queda claro la idea de EB según la cual la evolución del sistema capitalista, apoyado en la democracia, hace más fácil el advenimiento, eso sí progresivo y gradual, del socialismo. Muy parecida a la idea actual que afirma la creencia de a mayor democracia<sup>26</sup>, mayor posibilidad de cambio del sistema. Solo me asalta una duda, ¿no hay acá, en el fondo, una especie de utopismo al suponer que, por medio de la razón y la filantropía, los capitalistas y clases dominantes van a renunciar pacíficamente a su dominación, a sus riquezas e intereses? Parece extraño que un defensor de la *realpolitik* caiga en semejante ingenuidad.

### **Una teoría sobre los dominios y límites del colectivismo.**

Para EB no existe medida más realista que el colectivismo, elemento que profundiza las reformas y da un carácter social a las funciones del Estado. Ahora, para mostrar mejor las bondades del colectivismo, escribe un segundo artículo sobre este tema en la revista *El Nuevo Tiempo*, Vol. XV, I, (1896-1897). Palabras

---

<sup>26</sup> Cuando los bernstenianos contemporáneos hablan de democracia no hablan de participación o control directa del devenir político de la sociedad por parte de las mayorías. No, hablan de más contiendas electorales y más acceso a curules en el campo institucional por parte de sectores progresistas. Puro fetichismo de las urnas.



más o menos, colectivización es “trabajo concentrado en la fábrica y toma de posesión pública (...) multitud relativamente cooperativa” (Ibídem, p.10). Se debe resaltar que prefiere este concepto al de socialización porque este último puede llevar a confusiones, a ideas cercanas a la eliminación de la propiedad privada. Medidas innecesarias y extremas para una sociedad que requiere tan solo del traspaso de algunas ramas de la producción hacia la administración del Estado regido por la democracia. Se trata solamente de imprimir un carácter cada vez más estatal, público o colectivo a la producción y comercialización.

EB introduce el fenómeno de las *sociedades por acciones* para argumentar que ellas fueron el paso previo hacia la colectivización. Dice que:

“Grandes ramas de bancos, de seguros y transporte, así como en muchos lugares el aprovisionamiento de agua, gas, etc., pasaron de la forma de la sociedad por acciones a la forma de explotación pública (estatal o comunal). Este y mucho otros ejemplos en los que la forma de la sociedad por acciones se reveló como la etapa de transición a la explotación pública permiten concluir que, en general, *todas las clases de negocios están destinadas a recorrer el camino que va de la explotación privada por individuos a la explotación pública*” (Bernstein, 1982, p. 11).

Otra de las variantes que permiten el tránsito hacia el colectivismo es el desarrollo de la industria a gran escala. Es decir, siempre y cuando la gran producción rutinaria sea el tipo de producción predominante en la sociedad. Sin embargo, ese presupuesto teórico de arranque se choca con el hecho de que entre los consumidos hay gustos particulares, individuales y diferenciados. Por esta razón siempre van a demandar de la existencia de productos hechos en masa y de manera individual, casi que artesanal. Habrá

mercancías fabricadas en la producción rutinaria y en la manufactura. De hecho, los productos elaborados en la gran industria requerirán de un proceso de terminación individual.

De cualquier forma, para EB:

“Sea como fuere que uno se imagine la relación cuantitativa entre industrias de rutina e industrias artísticas (en el sentido anterior), después de lo expuesto parece evidente que las primeras nunca avasallaran tanto a las segundas como para hacerlas “desaparecer”. Corresponde mucho más a la ley de la dialéctica que justamente el creciente aumento y desarrollo de las explotaciones colectivistas vuelva a crear las condiciones para una nueva actividad productiva individual, que la circunstancia de que ella misma genere las condiciones que contrarresten su proliferación” (Ibídem, p. 18).

Por esta razón, pese al avance de la gran industria, los pequeños y medianos talleres no van a desaparecer. Significa que: “(...) por mucho tiempo tenemos que desembarazarnos de la idea de acercarnos a un estado social totalmente colectivista. Tenemos que familiarizarnos con la idea de una *comunidad colectiva parcial*” (Bernstein, 1982, p. 18). Lo que se traduce palabras más o menos, que se debe abandonar la transición rápida hacia el socialismo.

### **La situación actual del desarrollo industrial en Alemania**

El tercer artículo de *Problemas de socialismo*, también apareció en el Vol. XV, I, (1896-1897) de la misma revista. En este trabajo se estudia “(...) la situación general del desarrollo hacia la forma de explotación colectivista” (Ibídem, p.19). Y si la gran industria es la predominante en la Alemania de finales del siglo XIX.

Cabe advertir que Europa estaba experimentando una suerte de cambios en su formación socioeconómica. Alemania iba caminando hacia un sólido proceso de industrialización. Se iban formando distintos cárteles y sindicatos de empresarios. De hecho, para Gustafsoon (1975), se pasó de 14 cárteles en 1879 a la cifra de 90 en el año de 1885. De 210 cárteles en 1890 a 260 en 1896. “Una condición para el desarrollo de estas y análogas uniones empresariales era la rápida concentración empresarial” (p. 20).

Justamente esta concentración empresarial se acompañaba con los presupuestos básicos del socialismo, en donde la amplia proletarización y la aparición de la gran industria permitirían la revolución. Sin embargo, EB va a cuestionar estos hechos en este artículo. Su objetivo era el de casi que negar la realidad material, de pronto para retrasar esa tendencia histórica. Por eso va a impugnar o relativizar el desarrollo industrial de Alemania.

Parte por cuestionar algunas estadísticas y una serie de datos que pueden llevar a entendimientos equívocos sobre este progreso empresarial. Empieza estudiando la ubicación de los trabajadores, analizando si están trabajando de manera independiente o migrando al trabajo asalariado. Frente a esto, según las cifras publicadas por las industrias del Reich y la estadística laboral para 1895, con las de 1882, con un aumento de la población de un 14.8%, y la distribución “(...) de las profesiones censadas (industria, minería, siderurgia y construcción)” (Ibídem). Se tiene que “Si en 1892 por cada trabajador independiente había dos empleados, en el año 1895 la relación era 1+3, lo que implica un cambio que a primera vista parece considerable” (Ibídem). Es decir, si por tres trabajadores hay un independiente se puede decir que se avanza a un proceso amplio de proletarización.

Sin embargo, hay que analizar cuantitativamente el número de empresas, para saber en cuál de ellas están trabajando estos obreros. Sobre esto, argumentó que, para la época, las empresas pequeñas excedían en número a las grandes. Así las cosas, entonces: "(...) De los 8 millones de las personas activas en la industria, por lo menos 5 millones deberían pertenecer a la industria mediana y pequeña, y por lo menos la mitad a los talleres pequeños (manufactura e industria doméstica)" (Ibídem). Lo que permite inferir que, aunque se da un proceso de proletarización, la mayoría no se estaban empleando en la gran industria.

Al analizar el censo industrial y profesional de 1882 señaló que, aparentemente, las explotaciones industriales se centraron más en los talleres pequeños<sup>27</sup>. O en la pequeña explotación. Estos datos son complementarios con una estadística que mostró cómo las explotaciones artesanales superaron por mucho a la industria doméstica, a las pequeñas fábricas y a las grandes explotaciones fabriles<sup>28</sup>. Cabe decir que Ludwig Sinzheimer tipificó a las empresas minúsculas como aquellas que agrupaban hasta 10 trabajadores. Las pequeñas fábricas las que contaban entre 11 y 50 trabajadores. Mientras que las grandes compañías tenían más de 50. Según estos datos, a nivel de masa de trabajadores, las explotaciones artesanales llevaron la delantera en la época con un total de 3.255.513 personas empleadas, datos equivalentes al

---

27 Las estadísticas de la explotación en la industria arrojan los siguientes resultados: i) explotaciones con un máximo de 10 personas= 2. 241. 533, que corresponde al 98.1%. ii) explotaciones de 11-50 personas= 36048, que corresponde al 1,5 %. iii) explotaciones con más de 50 personas= 9508 correspondiente al 0.4%. (ibídem, p. 21).

28 En formas de explotación, esta tabla muestra que las explotaciones artesanales fueron equivalentes a 1.895.749 que corresponden al 97.0. Mientras que la gran industria cuenta con 9.509 explotaciones que equivalen en promedio al 0.5 %. Ver tabla, Bernstein, 1982, p. 22.

59.85%. Muy por encima de las grandes explotaciones fabriles que, aunque iban reduciendo su distancia, ocuparon a 1.558.574 personas, o sea al 27.75%. Esto probablemente confirma que:

“Si bien la gran explotación fabril ahora se aproxima, dotada de un numeroso ejército, de todos modos, mantiene con la totalidad de las demás formas de explotación solamente una relación 1:3, y con respecto a la manufactura solo una proporción de 1:2” (ibídem, p.22).

Si esto es así, la gran industria vendría avanzando, pero seguía ocupando un lugar menor en relación a las personas activas en la producción. Su tesis era que la gran industria aún no era el tipo de explotación mayoritaria. Por esa razón, coherente con el artículo anterior, se irá abriendo paso al colectivismo conforme avance la rueda del progreso y se desarrolle más la gran industria. Pero para EB no hay que pecar de falsas ilusiones. Sobre todo, porque la pequeña y media industria gozan de muy buena salud. Es decir, no hay una prelación en el tipo de industria sino una complementación entre ellas.

### **El nuevo desarrollo de las relaciones agrarias en Inglaterra.**

Este cuarto artículo apareció en el Vol. XV, I, (1896-1897) de *El Nuevo Tiempo*. En este trabajo se intenta dar “una mirada sobre la situación del desarrollo de la producción en la agricultura” (Bernstein, 1982, p. 28). Cabe aclarar que, según EB, el lugar más expedito para estudiar este fenómeno era justamente Inglaterra, porque se trataba del caso del país de la gran propiedad.

EB analiza el impacto del libre comercio, la ausencia de políticas arancelarias y proteccionistas sobre la economía de un país. Es bueno resaltar que las preocupaciones de este texto se parecen mucho a

las de esa *izquierda sistémica* que siempre habla en defensa de los intereses del empresariado nacional contra políticas lesivas como las de los tratados de libre comercio (TLC). Como ven, el revisionismo da para todo. En cualquier caso, como Inglaterra es una suerte de puerto marítimo, se convirtió en: “(...) el conejillo de indias de todos los posibles experimentos de competencia por parte de todo el mundo” (Bernstein, 1982, p. 29). Lo curioso, de todas maneras, es que, pese al asedio del comercio exterior, la agricultura inglesa se mantuvo a flote.

Como quiera que sea, EB despliega sus tesis basándose en el estudio agrario del Doctor König. Un trabajo que no está exento de contradicciones pero que lo toma como punto de referencia. Desde allí, analizando las relaciones sociales de producción, sostuvo que: “(...) el número de trabajadores rurales-su proporción con respecto a la población total-disminuyó considerablemente, pero los salarios y las condiciones de trabajo de los trabajadores empleados en la agricultura experimentaron, en suma, una mejoría” (Ibídem). Esto se explica en el hecho de que, como la población trabajadora migró del campo a la ciudad, los terratenientes se vieron en la necesidad de mejorar a los empleados sus condiciones de trabajo. Con tal de retener la mano de obra, algunos patrones les mejoraron sus parcelas. Al punto que muchos empleados pudieron hasta “subarrendar” porciones de tierra a otros trabajadores. Esto va significando la reducción de la gran propiedad.

En relación a este fenómeno, el de la emergencia de arrendatarios, EB cita la *ley de representación parroquial* como una medida que regulaba los precios de los arriendos de la tierra y la entregaba a bajos costos. Desde luego: “(...) el terrateniente y el arrendador, por razones comprensibles, no son amigos de esta ley” (Bernstein, 1982, p. 31). Toda vez que afectaba sus intereses particulares. Por tanto, se generó como una es-

pecie de alianza entre los terratenientes y los antiguos arrendatarios contra el trabajador rural. Esta unidad radicaba en el hecho que: “Si el trabajador explota por cuenta propia una porción de terreno demasiado grande, entonces esto menoscaba su capacidad de trabajo dentro del tiempo de trabajo comprado” (Ídem). Imponiéndose esta tendencia, el trabajador rural viviría mucho mejor que el antiguo arrendatario o el campesino, incluso que el terrateniente, pues se libraría no solo de extenuantes jornadas de trabajo, sino además de correr con los gastos y costos de la producción.

Ahora bien, a nivel laboral, en virtud de estadísticas y del censo poblacional inglés de 1891, argumentó que más de un millón de personas se encontraban en una relación asalariada en el campo y 300 personas vivían por cuenta propia o la de sus padres. Así, por ejemplo:

“En Escocia e Irlanda la relación del número de agricultores e hijos de agricultores con respecto al número de trabajadores asalariados es todavía mucho mayor (en Irlanda predomina en una relación de 2 a 1), de manera tal que para el Reino Unido Británico tenemos un millón de agricultores e hijos de agricultores frente a un millón y medio de trabajadores asalariados. El número de los trabajadores solos asciende a 694.945, de manera tal que, si pasamos a todos los hijos de agricultores a la categoría de trabajadores asalariados, se obtiene una proporción de 7 a 18. ¡siete trabajadores independientes contra 18 empleados!” (Ídem).

Es claro que los trabajadores independientes eran realmente trabajadores a destajo o por cuenta propia. Pero, con todo, quería subrayar que hubo cambios en las relaciones laborales y la masa de trabajadores rurales superó por mucho a la de los trabajadores independientes.



Otro cambio relevante en el campo inglés implicó que los terratenientes tuvieran que sacrificar varios de sus beneficios para mantener a flote la rama productiva. De nuevo, los terratenientes tuvieron que hacer concesiones a los arrendatarios para mantener la mano de obra. Y estos, a su vez, tuvieron que aflojar prerrogativas con los trabajadores asalariados. Hubo como una especie de convivencia pacífica entre distintos intereses. Fenómeno que, según EB, borró los antagonismos de clase. “(...) los terratenientes y los arrendatarios, los unionistas y nacionalistas, juntos en todo el país, desde una y la misma tribuna, elevaron su voz en favor de las reducciones impositivas” (Ibídem). Por tanto, ya no se asistía a las épocas de la lucha y la confrontación, sino a las del consenso social. A los tiempos de la reconciliación. Tanto así que se obligó a que se hicieran modificaciones en las leyes no solo para aligerar las crisis del campo, sino además para equilibrar la propiedad de la tierra.

Frente al tema de la propiedad nos dice, referenciando al estadístico Mulhall, que: “(...) las diez onceavas partes de la tierra del Reino Unido pertenecían a 176. 520 propietarios de diez acres de tierra y más” (Bernstein, 1982, p. 33). Aunque él mismo argumenta que es una cifra relativamente baja con relación a la población total, en todo caso se puede ver un poco el tema de las tendencias sobre la tenencia de la tierra. De esto infiere que: “Donde la ley y la estadística agraria ven un solo propietario, existe en realidad con frecuencia todo un grupo de los mismos” (Ibídem). Para EB, aunque es cierto que detrás de un propietario pueden estar grupos o sociedades capitalistas, esto no significaría el aumento de los emporios económicos, sino un proceso lento de “socialización o colectivización de la tierra”.

De cualquier forma, se debe resaltar la diferencia ente *concentración de la tierra y explotación rural*. Para hacernos esta distinción, se vale de los ejemplos y las estadísticas que arroja el condado de Lincolnshire



de Inglaterra. En este territorio nos advierte que un millón y medio de acres estaba mayoritariamente en manos de los terratenientes, pero “la distribución de las explotaciones es muy diferente a la de la propiedad” (Bernstein, 1982, p. 34).

Según el estudio de Wilson Fox, sobre la agricultura de Lincolnshire en 1895, mientras que la propiedad de 50 acres se distribuye entre 3340 propietarios (Ibídem), la explotación de esos 50 acres se distribuyó entre 6279 personas (Ibídem). Esta información le emite la idea que “(...) para fines económicos, tuvieron que ser desmembradas las propiedades muy grandes” (Bernstein, 1982, p. 34). Esto constata la tendencia hacia el empequeñecimiento de las explotaciones a gran escala. Así también lo refuerza el ejemplo de la competencia en el trigo “(...) a cuyo efecto parece que son más adecuadas, por regla general, las explotaciones medianas” (Ibídem).

Como ven, aquí es donde se traslucen un poco las tesis revisionistas de EB. Resumiendo, primero, afirmó la reducción de la concentración de la tierra, en virtud del fenómeno de los pequeños arrendatarios. Si disminuía la concentración se iba poco a poco colectivizando el campo. Segundo, aumentó la masa de trabajadores rurales por encima de los poseedores o arrendatarios. Recordar que la explotación de la tierra se inclinó hacia la pequeña y mediana escala. Tercero, argumentó que en aras de mantener a flote la producción agrícola se produjo una especie de consenso o “pacto social” que borró los antagonismos de clase en el campo. Cuarto, gracias a las leyes justas de la democracia, quienes asumieron el costo de la crisis fueron los grandes terratenientes y no los trabajadores del campo. Por tanto, su idea principal no es otra que esta:

“La democracia obligó a los arrendatarios y a los *landlords* a renunciar a todos los intentos por cargar los costos de la crisis agraria sobre

el pueblo y buscar el remedio allí donde en realidad está la principal causa de la debilidad de Europa frente a los nuevos países en la renta de la tierra. A la democracia es a la que, en última instancia, debe atribuírsele que los salarios de los trabajadores rurales ingleses, durante la crisis agraria, hayan aumentado antes que disminuido, pues ella obligó a los arrendatarios y a los *landlors* a desistir de aquellos recursos económicos que ordinariamente son empleados para detener la emigración de los trabajadores o paralizarla en sus consecuencias” (Bernstein, 1982, p. 39).

De esta manera, el elogio a la democracia, especialmente representativa y electoral, lo lleva a exigir un cambio en la posición política de los explotados. Así como en artículos anteriores consideró que había que desmontar la idea de la “*dictadura del proletariado*” o de “*la lucha de clases*”, acá reafirma la tesis de renunciar a la “*expropiación de los expropiadores*” y la socialización violenta de la tierra. Según él, el mismo desarrollo del capitalismo, y las bondades de la democracia, garantizaban sin traumatismos esos propósitos socialistas.

## **La significación social y política del espacio y del número**

Como diría Gustafsson (1975) cambiar las hipótesis económicas del socialismo: “(...) producía, con toda naturalidad, consecuencias en la valoración de los presupuestos políticos del socialismo” (p. 129). Por tanto, ya en el Volumen XV, parte II, (1896-1897) EB desarrolla uno de los artículos más interesantes de esta colección de *Problemas del socialismo*. Se podría decir que este texto es una indagación acerca de la estrategia, del futuro del socialismo y una crítica a lo que él identifica como utopismo. El problema que trató

es el de: “(...) las unidades sociopolíticas de sectores y la cuestión, estrechamente ligada a la anterior, de las responsabilidades sociopolíticas” (Ibídem, p. 40).

En un primer momento, el problema remite al tipo de organización dable a una sociedad numérica y espacialmente grande, tomando como referencia dos tendencias al interior de las discusiones socialistas: una, los que usan el Estado social como una suerte de *palanca* o trampolín, por medio de reformas, para llegar al socialismo. Y la otra que pretende disolver ese Estado, *extinguirlo*, creando una especie de comunidades autónomas, al margen y por fuera de las instituciones democráticas. Pues bien, como es partidario de la primera opción, va a criticar con toda su batería argumentativa la segunda perspectiva.

Contra la segunda opción, parte por retomar algunas consideraciones engelsianas, extraídas del Anti-Dühring, para revisar la idea de la *extinción* del Estado y para decir que el combate contra ese aparato radica “solamente” en su carácter de clase, pero el Estado a secas, en esta lectura, es absolutamente imprescindible. ¿Por qué? Bueno, EB nos dice que, en la sociedad socialista, se requieren formas de organización, aunque muy diferentes a las del capitalismo, que lleven a buen puerto su administración económica y social. Para él ni en el socialismo ni en el comunismo sería posible *manejar* la sociedad sin *obligaciones legales*. A esto responde un poco el postulado de la *responsabilidad socioeconómica* de los individuos puesto que considera que las instituciones estatales deben incentivar ese sentimiento en las personas, así como lo hacen los sindicatos y las cooperativas.

Se debe subrayar que el mismo desarrollo o progreso social incentivaría dicho sentimiento individual, el cual se incrementaría en la sociedad comunista. Por eso entiende al comunismo como: “la progresiva concentración de las empresas y, con ello, el desarrollo

cada vez más poderoso de la producción corporativa” (Ibídem, p. 42). Es decir, como una sociedad muy cercana a la idea del progreso y al desarrollismo corporativo<sup>29</sup>. Este corporativismo: “(...) en la producción *desarrollaría* en los hombres todas las cualidades necesarias para la sociedad comunista: sometimiento voluntario a las exigencias de la comunidad, conciencia solidaria, sentimiento del deber, etc.” (Ibídem). No obstante, ¿acaso no se podría pensar en otras consecuencias de esa visión del progreso? De hecho, hoy sabemos que el desarrollo irracional de las fuerzas productivas, deviene en fuerzas destructivas. Hoy está en riesgo la vida del planeta a causa de ese mismo paradigma. Además, a mayor opulencia, mayor individualismo, no mayor colectivismo. Creer que, a mayor civilización, mayor solidaridad y sentido de lo común es una ingenuidad propia del utopismo que dice cuestionar.

Volviendo al tema, en favor de la primera opción, del reforzamiento del Estado como palanca para superar el capitalismo, reconoce que esta tesis choca contra algunas contradicciones, a saber: las relaciones espaciales y numéricas que se dan en la sociedad. Veamos en qué consisten esos antagonismos.

EB afirma que los desarrollos tecnológicos acortaron las distancias, conectando campo con ciudad. Y el tiempo para ir de un lugar a otro, de un espacio a otro, se redujo considerablemente. Incluso el aumento de la densidad población contribuyó a la disminución de la espacialidad. Y dicho aumento numérico conllevó a nuevas situaciones socioeconómicas. Por ejemplo:

“Es conocida la importancia que tuvo el crecimiento de la población y su progresiva concentración sobre el desarrollo de la división del trabajo en la industria. Con el

---

29 Esta idea de corporativismo está muy remarcada en la teoría de Bernstein.

perfeccionamiento de la técnica aumenta aún más esta diferenciación. Pero con ello aumentan también las tareas de la administración, y esto tanto más cuanto más ramas (sic) de la industria queden a su cargo y se transformen en servicios públicos” (Bernstein, 1982, p. 44).

Visto así, estos aumentos numéricos tienen también una implicación política y organizacional en la sociedad. Dice que en comunidades pequeñas (de diez o cien personas) sería válido prescindir del Estado y caer en formas organizativas autónomas, o en experimentos de la democracia directa. Pero en sociedades de millones de habitantes esa perspectiva sería inviable. Inclusive considera que la disgregación de un Estado en pequeñas comunas, para que ellas mismas se autodeterminen, podría generar “las más enconadas luchas de intereses entre comunas y comunas” (Ibídem). En ese sentido, imagina al Estado como aquel que evita la lucha de todos contra todos y garantiza la paz en la sociedad, tal como lo pensó el liberalismo clásico.

En términos materiales, consideró que el fortalecimiento del Estado -la centralización de la administración o la unidad administrativa- garantizaba el progreso y el desarrollo económico de las naciones. Esto implica el robustecimiento de normas fijas y de diligentes órganos de control. Y estos elementos no solamente son aplicables en el proceso de transición hacia la nueva sociedad, sino además necesarios en la sociedad del futuro. Por tanto, piensa en un *socialismo-comunismo* donde no prime la autodeterminación social, sino los dispositivos de control. A fin de cuentas, su comunismo no es más que el advenimiento de una gran sociedad disciplinaria.

En términos democráticos, argumenta que, como no se le puede estar consultando todo a la gente, a cada momento, la “administración” de sus asuntos habría que delegarlos en el mismo Estado. O sea, en un cuerpo ejecutivo que tome las decisiones que favorezcan a todos. “Se hace necesaria la formación de un cuerpo administrativo que represente al interés social como tal. Hasta ahora, y todavía en la actualidad, ese cuerpo es el Estado” (Ibídem, p. 49). Por consiguiente, de lo que se trata es del fortalecimiento del aparato estatal y de la democracia representativa, de la concentración de funciones sociales en manos de unos pocos.

Pero como el Estado no es un ente abstracto, el éxito de la administración reside, en últimas, en el papel de sus *funcionarios*. Se trataría, entonces, de poner especialistas –buenos tecnócratas y gerentes-, con alto sentido de *responsabilidad* social, al frente de los asuntos comunes. Lo que quiere decir con esto es que: “(...) cuanto mayor es el círculo de las personas responsables de un asunto, tanto menor es el sentimiento de los individuos para esa responsabilidad” (Bernstein, 1982, p.45). Una idea muy cercana a los que defienden la privatización de la sociedad argumentando que las cosas públicas siendo de *todos*, terminan siendo de *nadie*. Para los neoliberales de hoy los bienes públicos se echan a perder porque nadie se apersona de su funcionamiento ni asume la responsabilidad social de sacarlos adelante. Por lo mismo y tanto, cualquiera puede notar los coqueteos del revisionismo con el dogma neoliberal.

Casi como un *coach*, postuló que *la mentalidad de pobre* condena a la sociedad al atraso. Tal es así que, por ejemplo, la derogación de las leyes inglesas para pobres<sup>30</sup> “(...) que despertó tanta indignación entre

---

30 Las **Poor Law** fueron leyes inglesas encaminadas como a la asistencia de los mendigos y desempleados. Aunque estas leyes tienen

los socialistas y filántropos de la época, *fue altamente positiva para la elevación moral y económica de la clase obrera en general*" (p. 46). Es decir, esa elevación moral del obrero<sup>31</sup> ayudaría en últimas al progreso social.

Consideró absolutamente coherente el principio capitalista según el cual el que no trabaja no come -a menos que se trate de niños y discapacitados para el trabajo- por eso "(...) es absurdo esperar, y pura demagogia pedir, que ella le dé al desocupado sano más ayuda de la que sea necesaria para mantenerlo en condiciones de trabajar" (Ibídem). De esa manera se estimula la fuerza de trabajo y la producción en la sociedad. En consecuencia, elogió el principio económico y social capitalista de la *autorresponsabilidad*, considerando que se debería mantener en la sociedad socialista.

"No puede esperarse en absoluto que un orden social futuro suprima el deber de la autorresponsabilidad económica. El socialismo solo puede facilitar su cumplimiento. Y más no es ni siquiera deseable. La autorresponsabilidad es evidentemente solo una parte del principio social, cuya contrapartida es la libertad personal. Una no es concebible sin la otra. Por muy contradictorio que pueda parecer, *la idea de la supresión de la autorresponsabilidad es completamente antisocialista*. Su alternativa significaría o una perfecta tiranía o la disolución de todo orden social" (Bernstein, 1982, p. 50).

Coherente con esta idea, la tarea de los revolucionarios consistiría en unificar, o resolver

---

*una gran historia –desde la edad media hasta la modernidad- y a veces promulgó consideraciones distintas sobre los pobres, a veces criminalizando la pobreza y la "ociosidad", en todo caso pretendió conceder una suerte de ayudas a los menesterosos.*

31 En lenguaje neoliberal contemporáneo se diría "empoderamiento".



el antagonismo entre los anhelos de las “ayudas” sociales con el sentimiento de responsabilidad social. Por eso nos dice que la agitación política debería ayudar a eliminar la idea utópica de que la “revolución socialista podría convertir al Estado en una institución de ayuda automática” (Ibídem). Al contrario, las tareas socialistas consistirían en promover ese sentimiento de autorresponsabilidad y de responsabilidad social para que triunfe la sociedad del futuro y del progreso.

Al final de su artículo, EB parece consciente de que el fortalecimiento del Estado -la centralización de sus funciones y el excesivo poder delegado a sus funcionarios o administradores- puede degenerar en una tiranía burocrática. Pero este juicio no lo lleva a replantear su obsesión con el aparato estatal, sino a promulgar la creación de órganos intermedios de administración. Es decir: “(...) aquellos cuerpos políticos que se caracterizan especialmente como órganos de administración: las representaciones de localidades, distritos y provincias” (Bernstein, 1982, p. 51). Frente a esto cualquiera estaría tentado a decir que allí está el poder popular, pero realmente lo que se infiere es la extensión de la burocracia a los ámbitos más reducidos. Ni más ni menos que la cooptación de todas las esferas de la vida humana por parte de las instituciones del Estado. Por eso su remedio ante el *estadocentrismo* queda reducido a un mero placebo.

### **La lucha de la socialdemocracia y de la revolución de la sociedad**

Otro artículo que compone este trabajo apareció en el Volumen XVI, I. (1897-1898) De *El Nuevo Tiempo*. Este texto tiene dos partes, a saber: **i.** la polémica y **ii.** la teoría del derrumbe y la política colonial. La primera parte es realmente la descripción de una



disputa contra el socialista Belford Bax<sup>32</sup> acerca del colonialismo. En este acápite, se parte por sostener que allí donde avanza la socialdemocracia se abandona la fraseología “dogmática” o “utópica” y se apela al pragmatismo. O sea, al tratamiento de las cuestiones inmediatas y cotidianas.

Por eso una política realista tiende a *revisar* varias posturas sobre diversos temas. Uno de ellos es sobre la política socialista en las colonias. Para EB, cierto dogmatismo del pasado condujo a ver negativamente la civilización y el desarrollo de las colonias por parte de los países colonialistas. Pero con la evolución y modernización de la sociedad habría que replantear estas observaciones. De hecho:

“(…) no todo levantamiento de una nacionalidad o una raza contra sus soberanos debe concitar, sin más ni más, el apoyo moral o activo de la socialdemocracia. Con toda la justificada simpatía que la socialdemocracia siente por las luchas de liberación, sin embargo, *ella debería tomar en consideración el interés por el desarrollo general y el progreso cultural*” (Bernstein, 1982, p. 55).

Esto significa que los logros de la civilización capitalista, y sus políticas expoliadoras en los pueblos colonizados, están en concordancia con el progreso de la sociedad y por tanto con la evolución hacia el

---

32 **Ernest Belford Bax** fue un socialista inglés. Nació el 23 de julio de 1854 y murió el 26 de noviembre de 1926. Integrante de la Social Democratic Federation (SDF). Famoso por su obra *El fraude del feminismo* de 1913. Antes había escrito *la sujeción del hombre*, texto en respuesta a *la sujeción de la mujer* escrito por John Stuart Mill en 1869. A nivel general, se podría decir que los argumentos de Bax son desafortunados por contener un tufo abiertamente misógino o patriarcal. Sin embargo, el debate aquí con Bernstein discurre sobre otro tópico: la actitud socialista ante las colonias.

socialismo. Es decir, se debe imponer una especie de derecho de la civilización y el progreso contra la barbarie y el atraso. Contra el “anacronismo” de Bax, y su “romanticismo dogmático”, arguye que la cultura moderna tiene mucho que agradecerle al desarrollo capitalista, tal como el mismo Marx y Engels reconocieron en el *Manifiesto Comunista*. Por eso quedarse reivindicando el salvajismo de algunas tribus es ir en contra de la rueda de la historia, pues la mayoría de esos pueblos basan su modo de producción en el esclavismo y en el feudalismo.

EB consideró que la tarea de los socialistas consistía en sacar de ese atraso a los pueblos y nada mejor que la modernidad capitalista para contribuir con su civilización. Contra los utopistas como Bax, sostuvo que:

“El capitalismo tiene su historia de desarrollo y que en diferentes épocas se presenta bajo aspectos diferentes, que bajo la presión de las instituciones democráticas modernas y de las obligaciones sociales a ellas relacionadas debe adoptar un semblante diferente al que mostraba cuando la propiedad también monopolizaba la dominación política” (Ibídem, p. 60).

Quiere decir que, como en la modernidad existe una especie de “capitalismo humano”, regulado por la democracia, no habría que asumir con tanta reactividad el proceso civilizatorio. La subordinación de las colonias a los países colonizadores y soberanos no significa el empeoramiento de su situación, sino todo lo contrario: el mejoramiento de las condiciones de vida de los colonizados.

“Por mucho que haya sido la violencia, fraude y otras infamias que acompañaron a la expansión de la dominación europea en siglos

pasados y que actualmente sigue teniendo vigencia en muchos casos, sin embargo, la otra cara de la medalla muestra que en general los salvajes están mejor ahora, bajo una dominación europea controlada en casa” (Ibídem).

Sin sonrojarse ni mucho menos, nos dice que la barbarie, las guerras, los saqueos y otras situaciones salvajes eran el pan de cada día de estos pueblos, incluso antes de la llegada de los europeos. Por eso, a fin de cuentas, el proceso de colonización mejoró sus vidas, pues llevó consigo la paz, las leyes, la democracia, el Estado, la civilización, la cultura, la racionalidad y las ventajas de la modernidad. Aquí no importa la acumulación por despojo, el saqueo de las colonias, la destrucción de las culturas originarias, la depredación de sus recursos naturales, ni nada de eso. Lo realmente importante es el advenimiento de la democracia y el progreso gracias a la colonización. Es decir, los nativos deben reconocer a sus explotadores y saqueadores que gracias a ellos ahora tienen derechos, pueden votar y esas cosas. ¡Ahora visten de traje, los que antes andaban en taparrabos!

Más allá de esto, según EB, toda la animadversión del socialista Bax contra el progreso colonial radica en que esta se opone a *la teoría* del derrumbe socialista. Y allí entra a jugar la otra parte del artículo. En esta segunda sección, enfila todos sus argumentos contra la idea del colapso capitalista, producto de una gran crisis del sistema. Idea según la cual se estimaba “(...) la gran crisis económica universal como *vía ineludible* hacia la sociedad socialista” (Bernstein, 1982, p. 67). Pero para él esa vía, junto a la toma del poder producto de la misma crisis, era impensable para su época. Estas concepciones, según el revisionismo, no son más que puro utopismo; concepciones propias de infantiles extremoizquierdistas y blanquistas que se quedaron anclados en el pasado.

EB resalta los siguientes argumentos que subyacen a la teoría del derrumbe: **i)** progresiva concentración de las empresas. **ii)** aumento de los asalariados. **iii)** contradicciones entre la clase trabajadora y los capitalistas. Y **iv)** la repercusión de estas contradicciones en los ámbitos económicos, políticos y sociales. Frente a estos supuestos, comenta lo siguiente.

Primero, sobre la concentración de las empresas, volviendo al censo industrial de 1895, se puede decir que hay visos del avance de la gran industria y el comercio. Pero si esto se asume sin ninguna “reflexión” profunda se pueden expedir prematuramente actas de defunción del capitalismo, equivocando el diagnóstico de su salud. En relación a la idea de que la concentración empresarial es mayor en la industria, nos dice que, en efecto, “las empresas que solo cuentan con un operario *disminuyen* en un 12% con relación a 1882 y las pequeñas empresas (1 a 5 operarios) en un 75%; en cambio, las empresas medianas aumentan en un 60% y las grandes en un 82%” (Ibídem). Pero estos cambios parecen irrelevantes, de 1882 a 1895, puesto que la suma de las empresas pequeñas representaba el 90% de las explotaciones industriales<sup>33</sup>. O sea, pese a la disminución de estas empresas aún seguían siendo las preponderantes en la producción alemana.

Siendo esto así, trabajó otras cifras donde se sostuvo que las empresas pequeñas (entre 3 y 5 operarios) muestran un incremento *absoluto* y *relativo*, pues en 1882 tenían “554.652, en 1895, sin embargo, 665.607, lo que representa un aumento del 17.88% con relación a un incremento de la población total de aproximadamente 15.5%” (p. 69). Esto quiere decir que solo las empresas muy pequeñas o diminutas

---

<sup>33</sup> Ver tabla sobre el número de empresas tanto en 1882 como en 1895. Bernstein, 1982, p. 68.

fueron disminuyendo, pero *relativamente* respecto a la gran industria. Y no de forma *absoluta*. Pues, como ya vimos, aún mantenían un registro considerable. Y las empresas pequeñas y medianas no marchaban todavía hacia la extinción, como se suponía. ¿Qué significaba todo esto? Que, si bien la gran industria iba creciendo, no se podía concluir la eliminación total de las pequeñas y medianas empresas. En consecuencia: “Las cifras desnudas indican que la gran industria absorbe mucho más a las empresas muy pequeñas que a las empresas medianas, que aparecen, según las tablas precedentes, como una falange casi inalterable” (Ibídem).

La tesis de EB es que *la gran empresa va aumentando, y probablemente va absorbiendo a las pequeñas industrias, pero las medianas industrias seguirán manteniéndose a flote, producto también de la diversificación de la industria*. Quiere decir que mientras unas ramas de la industria perecen, otras van naciendo.

Pasando esto, analizó las estadísticas de la industria alemana, ya no desde individuos sino desde los sectores de la producción (comercio, agricultura, etc.). Así pues, en relación al *comercio*: **i.** Para el año de 1882 había 411.509 empresas de 2 o menos operarios; mientras que para el año 1895 esa cifra llegaba al número de 467.656 empresas. Es decir, hubo un relativo aumento. **ii.** Las empresas con 3 o 5 operarios, en 1882 eran 176.867 y ya para 1895 sumaban la cifra de 342.112. Lo que también muestra un aumento considerable. **iii.** Las empresas de 6 a 50 empleados sumaban para 1882 la cifra de 157.328 y para el 1895 eran 303.078. Y **iv.** Las empresas grandes, de 51 y más operarios para 1882 fueron 25.619, mientras que para 1895 ya eran 62.056. En consecuencia, estos datos muestran aumentos significativos en la industria, pero estos avances se dieron en todos los niveles. No solamente en la gran industria. Huelga decir que cifras muy parecidas a las del comercio se registraron en la agricultura. Aunque

este último sector, las explotaciones de las empresas medianas se ubicaron mejor que cualquier otra.

Por lo tanto, para EB: “(...) cualquiera sea la rama de la industria económica, nunca nos enfrentaremos a modificaciones substanciales, ni siquiera a disminuciones en el número de las empresas medianas” (Bernstein, 1982, p. 70). Lo que se traduce en que, aunque se asista a un incremento considerable de la gran industria, no significa esto la eliminación de la mediana industria. Más bien se asiste a un fenómeno de *coexistencia pacífica* entre estos tipos de compañías. Todo esto se debe a dos situaciones, a saber: primero, a la diversificación de la industria, es decir, al aumento creciente de diferentes ramas de producción. Y segundo, a la creciente *adaptabilidad y movilidad* de la industria moderna.

Para EB la estrechez y rigidez en la producción –las luchas por la supervivencia en las empresas- ya no son las constantes del mundo moderno. De hecho, medios como el del crédito, la ampliación del comercio y la técnica productiva dan cuenta de las formas de adaptación de la industria capitalista. Por eso, tesis como la de las crisis económicas, ciclos de producción decenal, expuestos por Marx y Engels, perdieron vigencia para el tiempo en que nuestro estadista reflexionaba. Al contrario, consideró que:

“(...) la creciente expansión de los mercados, la rapidez en la información sobre las condiciones del mercado y el progresivo aumento de las ramas de la producción, en un futuro cercano se producirán (...) crisis internacionales *limitadas a determinados* grupos industriales” (Ibídem, p. 72).

Es decir, no asistiríamos a crisis sistémicas y estructurales, sino a crisis concretas y situadas en ramas específicas de la producción. Si esto es así, la

teoría del derrumbe capitalista, producto de la gran crisis, es una perspectiva anacrónica. Ilusoria o simplemente utópica. Visto así, el sistema crediticio, el perfeccionamiento de las comunicaciones, la expansión creciente de la riqueza del capital, el desarrollo del comercio y las informaciones (qué diría hoy EB del Internet), el aumento de organizaciones industriales (sociedades, cárteles, trust, etc.) son hechos favorables a la consolidación del capitalismo que desmontan la teoría de la revolución social concedida por la gran crisis del sistema.

La equivocada teoría del derrumbe, a nivel político, propone la toma del poder, expropiaciones y medidas que desconocen también los cambios y desarrollos que vivieron las instituciones modernas. Por poner un ejemplo, en el caso del feudalismo se podrían restringir derechos a los propietarios y su impacto sería intrascendente. Afectaría solo a una pequeña parte de la población. En cambio, en el capitalismo moderno:

“(...) las violaciones radicales del derecho de propiedad burgués afectan a un *círculo infinitamente mayor de interesados* (...) las propiedades rurales del feudalismo podrían ser expropiadas y cedidas en formas de parcelas, pero no puede hacerse otro tanto con las fábricas modernas, cuantas más fueran expropiadas según la receta de la comuna, tanto mayor sería la dificultad para mantenerlas en funcionamiento durante un alzamiento” (Bernstein, 1982, p. 74).

En consecuencia, el modelo capitalista y la propiedad privada son absolutamente necesarios. De hecho, dice del capitalismo que no se podría prescindir de él. Por lo tanto, las tareas de los revolucionarios ya no estarían enfocadas en derrocar al capitalismo, la toma del poder, la dictadura del proletariado, sino



simplemente en adquirir “logros socialistas”. ¿cuáles son esos? Ampliación de derechos y deberes a través de las bondades del Estado y la democracia. Esto es:

“Extensión del derecho de control de la sociedad –organizado a nivel de la nación o del estado- sobre la vida económica, el desarrollo de la autonomía administrativa democrática en las comunas, distritos y provincias y la ampliación de las funciones de estas asociaciones: en mi opinión todo esto significa desarrollo hacia el socialismo” (Bernstein, 1982, p. 74).

Si se lee bien, es lo que algunos contemporáneos llaman modelo alternativo: una dirección empresarial democrática que sea garante de los *derechos* de las ciudadanías. Es más: “en una buena ley fabril puede haber más socialismo que en la estatización de un grupo de fábricas” (Ibídem, p. 75).

En virtud de todo lo anterior, entonces, ¿cuáles son las tareas de los revolucionarios? En la versión revisionista, de lo que se trata es de desplegar todo el activismo posible, agitación y organización, que ayuden a formar a la clase obrera “(...) para la *democracia y la lucha en el estado por todas las reformas*” (Ibídem). Por ende, el fin de los revolucionarios no es construir la sociedad nueva. Ni el socialismo ni el comunismo, sino el trabajo militante que ayude a “progresar” a la sociedad. A embellecer y reformar el sistema. Hacerlo más humano. De esta idea se deriva su famosa sentencia:

“Reconozco abiertamente que para mí tiene muy poco sentido e interés lo que comúnmente se entiende como “meta del socialismo”. Sea lo que fuere, *esa meta no significa nada para mí y en cambio el movimiento lo es todo*. Y por tal entiendo tanto el movimiento general



de la sociedad, es decir el *progreso social*, como la agitación política y económica y la organización que conduce a ese *progreso*” (Ibídem).

Hasta aquí creo que queda claro las aspiraciones de los reformistas y los revisionistas. Al terminar, cierra el artículo haciendo una alusión a la política colonial que deberían adoptar los socialdemócratas. Pero, por haberla mencionado ya en su debate contra el señor Bax, decido omitirla e ingresar a reconstruir el último artículo de esta colección.

### **El factor realista y el factor ideológico en el socialismo**

El último de texto de este compendio apareció en el Volumen XVI, I. (1897-1898) de la misma revista. Uno de los textos más filosóficos de esta obra, si se me permite el calificativo. A grandes rasgos, el texto intenta responder a la siguiente pregunta: ¿qué de la teoría del socialismo es realista, posible, y qué de ella cae en posiciones ideológicas, ingenuidades o utopismos? Vale decir que aquí ideología se entiende como una especie de ensoñación, ficción o fantasía, es decir, como una suerte de visiones distorsionadas de la realidad, más cercanas al campo del idealismo.

Parte por decir que incluso los más realistas caen en posiciones fantásticas. Luego parecería difícil hacer esa distinción entre realismo e ideología. También es difícil hacer esa diferenciación porque la ideología, entendida como esos sueños, anhelos o “ideales” que hacen parte del campo espiritual o subjetivo, pueden llevarse al campo de lo “real”. Esta idea las expresa con las siguientes palabras:

“(…) aquello con lo que el hombre se ocupa intensamente en lo espiritual adquiere para él, aun cuando sea pensado y consciente de

ello, cada vez más el carácter de realidad, hasta que finalmente se esfuma la diferencia entre lo que solo es real en la imaginación y lo verdaderamente real” (Bernstein, 1982, p. 78).

Como se ve, aquí lo pensado adquiere el estatus de realidad por el hecho de existir en la mente del sujeto y trasciende al campo de lo “verdaderamente” real, una vez se lleva a cabo. Cuando se realiza en la práctica y se ve en el mundo. Me llama la atención que para este autor la fuerza de la voluntad, como la intensidad del deseo, hace posible las cosas. Algo muy parecido a las teorías del éxito y el *coaching* que postulan que se puede lograr cualquier cosa siempre y cuando se quiera con todo el “corazón”. Así, por ejemplo, la “pobreza” sería solo un problema mental. Y probablemente, poniendo un poquito más de empeño, se puede cambiar esa realidad.

Luego de esto hace un elogio de las ideas de Kant. Lo muestra como un pensador mucho más realista que cualquier materialista, pese a ser uno de los representantes del idealismo trascendental. Esto lo afirma porque el filósofo de Königsberg le dio un estatuto importante a la experiencia sensible. Además, nos dice, Kant no inventó el concepto de la “cosa en sí”, que se escapa de nuestra facultad del conocimiento, sino que estableció sus límites.

En defensa de Kant, sostiene que los límites del conocimiento que bosquejó nunca fueron refutados. De hecho:

“(…) los grandes avances que hicieron la física y la química desde los tiempos de Kant solo desplazaron el problema de la materia, pero dejaron la solución misma más allá de la esfera de la experiencia práctica. Los físicos y los químicos saben en la actualidad más del “átomo”, pero no afirman que aquello a

lo que llaman átomo sea también realmente *a-tomon*=indivisible.” (Ibídem).

Por consiguiente, nos recuerda que, en el caso del átomo, los científicos asumen su indivisibilidad y su corporalidad porque se acompasa perfectamente con su propia teoría. Pero, dice, a ciencia cierta no se puede acceder a él, a esa cosa en sí. Su existencia es una mera conjetura. Al final, aunque no puede ser demostrado empíricamente, como tampoco la validez del tiempo y el espacio, tampoco puede ser refutado. Por tanto, lo que nos quiere decir es que también las ciencias duras basan sus teorías en ideas que escapan al conocimiento de la experiencia sensible. De otro modo: “si la verdadera naturaleza de las cosas resultaba no investigable, entonces, naturalmente, tampoco el socialismo podía ser totalmente accesible para el conocimiento científico” (Gustafsson, 1975, p. 136). Así las cosas, tanto el materialismo como el idealismo son igual de espiritualistas. “Ambos consideran idénticos, sin más, el *ser* y el *pensar*, si bien desde perspectivas diferentes. Solo difieren, en última instancia, en el modo de expresión” (Ídem).

Para EB la diferencia entre materialismo e idealismo pudiese encontrarse simplemente en su relación con la religión. Quizá porque el materialista la considera como una traba para la revolución. Pero en el fondo, el materialista, así como el científico, por su forma de pensar, debería mejor denominarse como agnóstico. O sea, como aquel que filosóficamente no puede explicar las causas primeras o últimas de las cosas. Importante resaltar lo siguiente:

“La expresión monismo (...) está libre tanto de la vaguedad como la de las interpretaciones erróneas que son inherentes al término “materialismo” y resulta superior a ambas en cuanto todo pensar consecuente obliga atribuirle a la sustancia última del mundo—sea

que se llama materia o de cualquier otro modo-una unidad en relación con la extensión y la vida (“alma”) (...) Sin ese supuesto sería apenas concebible la formación del conocimiento de otra manera que a través de la intervención supranaturalista” (Bernstein, 1982, p.80).

En suma, para él, sea Dios o la Materia el origen o la causa primera de las cosas, al final son elementos unitarios entre el ser y el pensar. Es decir, EB muestra al materialismo como una versión filosófica que se opone al idealismo pero que cae en consideraciones teóricas muy similares. Dan respuestas casi que idénticas cuando se enfrentan a los mismos problemas filosóficos. En este sentido, el materialismo se diferencia del idealismo solo en la substancia que postula como ente originador de todo lo real. Mientras una corriente cree que fue Dios o el espíritu, la otra cree que fue la materia. En las dos versiones, este ente, por su carácter primigenio, tiene una preponderancia por sobre todas las cosas. Sin embargo: “Parece extrañamente significativo que Bernstein pusiera en pie de igualdad el materialismo moderno con el materialismo mecanicista del siglo XVIII” (Gustafsson, 1975, p. 142). Omitiendo deliberadamente los aportes de Marx y Engels, desentierra concepciones simplistas sobre la totalidad. Por esta razón, parece que estamos ante una picardía teórica para justificar su distanciamiento filosófico con el marxismo.

Frente al socialismo, nos dice EB que nadie puede dudar que al principio fue mera ideología. Meros sueños de justicia social. Pero fue con Marx y Engels que se le dio una dosis de realidad y cientificidad al socialismo. Con el descubrimiento de la “lucha de clases” se encontró la fórmula para instaurar el socialismo. Y que estas luchas de clases se derivaban por las relaciones económicas antagónicas que entablaban los sujetos. Por lo mismo y tanto, esa estructura económica era el fundamento real de la

superestructura social, de sus instituciones jurídicas, religiosas y filosóficas que regían cada momento histórico. Argumentando con ironía, señala que “Con este descubrimiento quedaba expulsado el idealismo de su último refugio, la concepción de la historia” (Ibídem, 1982, p. 80). Con estas ideas, también, se explicaban materialistamente que, a través de las relaciones sociales, del ser del hombre, se originaban las ideas en los sujetos y se formaba su conciencia “(...) en vez de explicar...el ser del hombre partiendo de su conciencia” (Ídem).

EB muestra cómo Marx atacó cualquier indicio de postulado ideológico, alejado del realismo, en el socialismo. Ejemplo de ello lo constituyó las críticas al *Programa de Gotha* contra la distribución del fruto íntegro del trabajo en la sociedad. Pero, nos recalca, que la ideología no puede rechazarse del todo. El mismo Marx en el *Capital* señaló que los hombres no hacen nada, ninguna actividad, que no esté primero en su cabeza, en sus ideas. Así, la diferencia entre las construcciones de un arquitecto y una abeja radica en que los planos del primero estuvieron antes en su cabeza. Por consiguiente:

“Evidentemente las ideas pueden descansar sobre fundamentos muy diferentes, tener su origen en impulsos muy bajos o muy elevados, en móviles alejados del interés personal, tener como fundamento relaciones imaginadas o reales, pero lo que determina nuestro comportamiento es siempre una idea o una serie de ideas” (Bernstein, 1982, p. 81).

Lo que significa que EB, pese a los avances filosóficos del marxismo, retorna al viejo idealismo. Y lo hace no solo dando prelación a las ideas, sino trivializando las diferencias entre estas corrientes del pensamiento.

Para nuestro filósofo hay “poderes ideales” que mueven al ser humano. Que guían su acción. Ahora bien “¿Cuáles son los factores ideales que el materialismo histórico reconoce como fuerzas motrices legítimas del movimiento socialista?” (Ídem). En primer lugar, el *interés*. Este interés lo asume como una especie de estímulo para la acción. Y, desde luego, ese interés debe ser reconocido como móvil válido en política. Es decir: “El individuo tiene que tener una idea de su interés para dedicarse a una acción que corresponda a él” (Ídem). Aunque esto tiene mucho de individualismo capitalista, EB trata de morigerar esta idea postulando que existe además un interés que trasciende al mero individuo, que va más allá de los intereses gremiales llegando hasta el interés de clase. Y este interés de clase demanda, por momentos, y tal vez provisionalmente, sacrificios del interés individual. Sin embargo, leído así, pareciera que en el fondo los móviles del socialismo resultan ser mezquinos. Pues se basan en el *incentivo* de satisfacer meros intereses individuales o la suma de esos intereses individuales de una clase. O sea, mera racionalidad instrumental, aunque diga que por razones del sacrificio individual hay un elemento ético jugando allí. En últimas, un proyecto político socialista basado en los incentivos que se mueven por los intereses individuales o de grupo, no dista mucho del liberalismo.

El segundo factor ideal del que nos habla es el del *conocimiento*. Este tipo de conocimiento no es abstracto, sino preciso. Refiere a la “incorporación de determinadas ideas sobre el estado, la economía, la historia” (Bernstein, 1982, p. 82). Es decir, empezar a construir unas “ideas proletarias” sobre cómo manejar el Estado y la sociedad. Esto se puede entender, por un lado, como el despliegue de una racionalidad tecnocrática. Saber manejar, dirigir y administrar las instituciones del Estado. Pero, por otro lado, también se puede entender como aquellas

ideas hegemónicas que una clase va irradiando sobre el conjunto de la sociedad. No obstante, el paso para la consolidación de las ideas proletarias se iría dando de a poco. Especialmente porque las grandes masas “no tienen” el conocimiento sobre la realidad capitalista, pese a que la vida material de los obreros produce: “(...) aquella convicción y aspiraciones cuya síntesis es el socialismo” (Ibídem, p. 84).

La realidad de la mentalidad de los obreros muestra lo distante que está su pensamiento con la conciencia de *clase para sí*. Por ejemplo, en los países más atrasados, respecto al desarrollo del capitalismo, es donde se gesta la conciencia más rebelde y socialista, y no en aquellos lugares donde son notables los avances de las grandes industrias. Para sustentar esto recuerda que la base de la socialdemocracia alemana está compuesta por aquellos trabajadores provenientes de la pequeña y mediana empresa, cuando se supone que la concurrencia, en las grandes fábricas, produce el espíritu de la colectividad. ¿Por qué entonces se dan estos resultados? En Alemania parece que esto obedece al bajo nivel cultural y político de los obreros de las grandes compañías.

Ahora, existen factores externos que influyen la mentalidad obrera. Es decir, en la medida que el obrero ocupe más su tiempo a otras actividades de la vida social, menos arraiga sus ideas proletarias. “La jornada de trabajo más corta en Inglaterra, unida al sistema de viviendas collage, tan difundido en este país, se opone poderosamente al sentimiento colectivista” (Ídem). También la difusión y el acceso al deporte, a las competencias, influyen en la ideología –aquí entendida como sistema de ideas– del obrero inglés. En algunos deportes, cuando estos tienen un carácter nacional, agrupan más a los seguidores que conceptos como el de clase social o partido político. Tal como ocurre hoy con el fútbol. En suma, estos elementos externos, incluyendo la religión, desvían la atención



de los obreros sobre la realidad de su explotación, generando una relación antirrevolucionaria sobre su pensamiento y su acción. Por todo esto: “(...) el verdadero trabajador necesita siempre un cierto tiempo y poder de abstracción hasta que se adapte por completo a la ideología del proletariado” (Ibídem, p. 85).

Según EB como este proceso de asimilación es lento, y además como los obreros no tienen el conocimiento teórico de estos temas, se requiere de una especie de dosificación conceptual para que entiendan la forma de explotación capitalista. Aquí no solamente el filósofo deja consignado su desprecio por las masas, creyéndolas siempre como estúpidas, sino que además hace una vindicación del papel de la ideología en el adoctrinamiento de las mayorías.

Coherente con esto, enuncia su tercer factor ideológico del socialismo, a saber: *conciencia moral o la concepción del derecho*. Puede ser que el interés y el conocimiento no sean puestos en duda por nadie, pero lo que refiere a la conciencia moral ha sido un punto contradictorio para la literatura socialista. Esto es, algunos niegan la importancia de los debates éticos y morales en el socialismo y otros los reivindican. En relación a lo primero, Marx y el mismo Engels rechazaron las motivaciones morales en el socialismo, cayendo en una tendencia antiética. Por ejemplo, la crítica contra la venta y compra de la fuerza de trabajo se dice que es una forma especial, una relación específica en la producción capitalista, pero no se emite contra ella un juicio moral como el de *injusticia*. En relación a lo segundo, la venta de la fuerza de trabajo ajeno se asume como una apropiación injustificada, mala. O sea, “que la apropiación del plusvalor es en el fondo una injusticia” (Bernstein, 1982, p. 87).

Lo que quiere decir es que el entendimiento abstracto sobre la teoría económica acerca del plusvalor está reservado exclusivamente para los más avanzados.



Pero la masa solamente puede comprender este concepto desde su dimensión ética. Significa que los obreros no alcanzan a dilucidar la caducidad del sistema desde sus contradicciones inmanentes, o de la cientificidad del desarrollo de las fuerzas productivas hacia el socialismo, sino solo desde la dimensión moral de *injusticia* que se vive en el capitalismo.

Volviendo sobre el tema de la ideología, EB dice que todos los programas socialistas están repletos de ella. “Si tomamos tan solo la expresión del “proletariado organizado como clase”, rápidamente percibimos ¡cuánta ideología es necesaria hasta que los trabajadores se sientan proletarios! ¡Cuántos trabajadores están todavía en la actualidad, y no por ignorancia, lejos de hacerlo!” (Ibídem, p. 90). Lo que conlleva a decir que todo postulado socialista no formula cuestiones acerca de la realidad, sino cuestiones de futuro. Hacia el *deber ser*. Ahora, como el proletariado<sup>34</sup> es el llamado a socializar los medios de producción, y como el obrero aún no ha devenido en él, resultaría infructuoso tomar de golpe el poder pues no se sabría cómo dirigir el Estado y la sociedad. Por consiguiente:

“(...) esta socialización tiene que ser necesariamente *un proceso más prolongado* porque las industrias que entran en consideración están maduras y son apropiadas en un grado muy diferente para la socialización. Si se supone que, por decirlo así, todos los capitalistas son expropiados de un golpe, entonces con ello se supone que en el mismo momento todos los obreros dejan de

---

<sup>34</sup> **Proletario**, en la versión de Bernstein, es el sujeto avanzado de la clase obrera. No todo obrero alcanza a ser proletario, mientras que todo proletario es, en esencia, un obrero con conciencia de clase para sí.

ser proletarios en el sentido de la teoría y están expuestos al peligro de perder ese impulso moral que hace madurar en ellos la oposición específica al capitalismo” (Ídem).

Es decir, la oposición a la revolución, por parte del reformismo, radica en un supuesto pragmático según el cual los de abajo no sabrían cómo administrar y conducir esos medios de producción. Probablemente cree que los indoctos obreros quebrarían las empresas. Además, cayendo en un *etapismo*, considera que hay que esperar a que el trabajador asalariado trascienda a proletario para poder lograr su misión histórica. Todo en aras de cuidar ese impulso moral que adverte al sistema.

Por lo mismo y tanto, aunque en el socialismo se aspira al traspaso de los medios de producción privados hacia los proletarios, no hay que llevar las cosas hasta sus extremos. No hay que caer en radicalismos como el de la expropiación. Es más, las leyes y la democracia capitalista muestran que son inconvenientes este tipo de postulados puesto que las clases dominantes, cayendo también en un juicio moral, se harán conscientes cada vez más del *deber* de ceder sus apropiaciones. De esa manera los explotadores harían *justicia social*.

Para terminar, aunque este supuesto conciliador cae en idealismos, yo diría en ingenuidades, como consuelo sostiene que ninguna teoría, que verse sobre el futuro de la sociedad, carece de postulados ideológicos. Ni siquiera el socialismo marxista escapa a la ideología. Por consiguiente, nos dice, sin ideología, esto es sin móviles como el *interés*, el *conocimiento* y la *conciencia moral*, las reformas no avanzan. Por esta razón, los factores ideológicos en el socialismo son más comunes, y necesarios, de lo que se creen y de lo que estamos dispuestos a aceptar.

Un último apunte o comentario sobre este artículo, las ensoñaciones ideológicas en las que cae EB, por ejemplo, cuando afirma que el proceso de explotación se va a superar de manera gradual y conciliadora, producto del desarrollo capitalista y del avance de la democracia, son justificadas con el argumento que todas las teorías también caen en supuestos ideológicos. Sin embargo, como dice Rosa Luxemburgo, si al socialismo se le quita sus dimensiones objetivas, o científicas, se convierte en un mero relato voluntarioso e idealista. Es decir, si se le quita la necesidad histórica de la superación del capitalismo, producto de sus leyes objetivas, la instauración de la nueva sociedad descansa solo en los pilares de los juicios y condenas morales. Posiciones similares a las del viejo socialismo utópico. En síntesis, me llama la atención que el primer artículo de esta colección inauguraba una crítica contra el utopismo en defensa del realismo. Y, como pueden ver, al final de todo, resulta mordiéndose la cola.



## 1.2. Sobre las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia.

Este texto viene a ser la obra más importante de EB. Fue un libro escrito para ampliar las ideas que expuso en una carta al congreso de la socialdemocracia alemana realizado en Stuttgart del 3 al 8 de octubre de 1898. Como los artículos de *Problemas de socialismo* suscitaron bastante polémica, en este ensayo se propone precisar algunas ideas que consideró tergiversadas y falseadas por sus propios camaradas<sup>35</sup>.

Como abre bocas, resaltar que insistió en que sus ideas son coherentes con el desarrollo del capitalismo. Y que hay que desechar esa imagen loca del fracaso de la sociedad burguesa producto de una crisis económica. Reafirmó que los que creen en esas teorías se basan en lecturas equivocadas sobre el *Manifiesto Comunista*. Revisando los postulados de la obra de Marx y Engels, resaltó que esa visión:

“(…) sobre el desarrollo de la sociedad moderna era correcta en la medida en que describía las tendencias generales de dicho desarrollo. *Pero se equivocaba en cuanto a las distintas conclusiones particulares, sobre todo respecto a la valoración del tiempo requerido por este desarrollo*” (Bernstein, 1982, p. 95).

Esta hipótesis la basa en el prólogo que escribió el mismo Engels en *La lucha de clases en Francia*, entendido luego como su *Testamento político*. Interpretando esta elaboración, cree que no sólo se replanteó la temporalidad de los ciclos económicos sino además que la agudización de las contradicciones sociales ya no se presenta como antes.

---

<sup>35</sup> Recordar que este Congreso tomó una postura negativa frente a los escritos de Bernstein.

Para EB el número de poseedores, lejos de reducirse en una ínfima minoría, aumentaba cada vez más. La clase media no desaparece de la escala social, aunque algunos asciendan y otros bajen. No hubo concentración de la propiedad industrial. En la agricultura no se dio el paso de la concentración de la tierra en pocas manos. Al contrario, aumentaba la socialización. En materia política, el desarrollo de la democracia disminuyó los abusos e intereses de la burguesía. Además:

“(...) la legislación de la fábrica, la democratización de las administraciones comunales y la extensión de su competencia, la liberación de los sindicatos y de las cooperativas de todas las trabas legales, las consultas permanentes de las organizaciones obreras por parte de las autoridades públicas en las contrataciones laborales caracterizan el nivel actual del desarrollo” (Ibídem, p. 96).

Esto significa que, con el desarrollo del capitalismo y la fuerza de la democracia, ya no asistiremos a las épocas de las catástrofes políticas. Por eso sería imposible una revolución. Lo que le autoriza a decir que la vía para llegar al socialismo ya no sería catastrófica ni violenta, sino pacífica y legal. Por tanto, la labor del partido político consiste en “(...) mantener ininterrumpido el ritmo de crecimiento de los votos” – es decir- “un lento trabajo de propaganda y la actividad parlamentaria” (ídem). Si se lee bien, la única tarea de las organizaciones políticas sería estrictamente electoral. Formar para la democracia. Su política unitaria no es más que un intento de ensamblar nichos electorales. Al final, su trabajo de masas tiene como propósito la tarea de acumular votos. Y la función de sus dirigentes consiste en regodearse de reformas dentro del parlamento para ampliar derechos. En suma, la lucha es solo por la democracia, no por la revolución.

También es importante recordar que estas ideas las basa en su apego por el realismo político. Una práctica que, a fin de cuentas, deviene en oda a la ingenuidad suponiendo que el capitalismo se va a humanizar a punta de clamores sociales o morales. En todo caso, su pragmatismo o *tacticismo* lo lleva a denostar del futurismo. Y de los proyectos estratégicos de la revolución. Por eso dice que el movimiento lo es todo y que el fin es nada. Al final del primer prólogo de esta obra, nuestro autor explicita su objetivo de *revisar* y refutar los componentes de los postulados de Marx y Engels que consideró equivocados.

## **Los principios fundamentales del socialismo marxista**

Este primer capítulo cuenta con tres acápites, a saber: **a) los elementos científicos del marxismo. b) la concepción materialista de la historia y la necesidad histórica.** Y **c) la teoría marxista de la lucha de clases y del desarrollo capitalista.**

En el primer subtítulo, parte por decir que la teoría de la socialdemocracia alemana se basa teóricamente en la obra de Marx y Engels y lo que se conoce como socialismo científico. Como esta teoría es científica, tiene dos tipos de doctrinas que la componen: axiomas y teoremas. Esto es: doctrina pura y doctrina aplicada. Mientras la doctrina pura está compuesta de principios axiomáticos válidos universalmente, la doctrina aplicada consiste en la utilización y aplicación de estos principios sobre distintos fenómenos concretos, particulares. En el caso del marxismo, la ciencia pura sería irrefutable y, en cambio, la ciencia aplicada sería modificable, actualizable.

Para EB el socialismo tiene estos dos componentes porque no sólo formula una “teoría abstracta de la historia, sino que pretende ser al mismo tiempo una teoría de la sociedad moderna y del desarrollo”

(Ibídem, p. 112). Siendo esto cierto o no, lo plantea para legitimar su emprendimiento revisionista. Y aunque dice que va a refutar solamente la doctrina de la ciencia aplicada, termina refutando también la ciencia pura del socialismo científico. Por ejemplo, refuta y revisa: La teoría de la historia relacionada con la noción del materialismo histórico, la teoría de la lucha de clases y la teoría del plusvalor conectada con la noción de modo de producción. Veamos.

En el segundo acápite, *la concepción materialista de la historia y la necesidad histórica*, trata sobre la validez de la teoría de la historia que propone el socialismo científico. Dice que la validez de esta depende de la *necesidad histórica* y sus *causas*. Pero para EB, en el fondo, el materialismo conduce a una suerte de determinismo histórico. Por eso sostiene que el materialista es un calvinista sin Dios, porque supone que ya todo está predeterminado por el desarrollo de la materia. En relación a la historia, el materialista cree que los hechos están necesariamente predestinados *a priori*. Recordar que para el marxismo las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción determinan, en última instancia, todo lo que ocurre en la sociedad. Incluso la conciencia de los hombres. Pero no comparte esta idea etiquetándola de doctrina económica determinista y esencialista.

Para rebatir este determinismo económico, cita dos cartas de Engels escritas en 1890 y 1894 en las que su “mentor” argumenta cómo la superestructura social (los ámbitos jurídicos, políticos, culturales, religiosos, ideológicos, etc.) también influye en el decurso de la historia. De allí se desprende su *teoría de factores* (políticos, económicos, ideológicos, etc.) que determinan en última instancia la transformación social. Aceptando esto, entonces el problema político remite a comprender el *grado* de influencia que tienen estos factores no económicos en el desarrollo histórico. Huelga decir que a estos aspectos espirituales hay que



añadirles los elementos geográficos y territoriales “(...) es decir, la repartición local de la población y su sistema de relaciones” (Ibídem, p. 117).

Entrando en mayor profundidad, EB se vale de una carta de Engels a Konrad Schmidt<sup>36</sup>, del 27 de octubre de 1890, para decir que hay instituciones sociales que no solo se desarrollan casi que autónomamente o de forma independiente respecto a las cuestiones económicas, sino que además pueden influir en la vida económica, en la estructura social. Pone de ejemplo la influencia el *poder político*. Si se mira bien, el argumento de fondo del revisionismo conlleva a despojar el impacto de la economía en la vida social, haciendo énfasis en los aspectos estrictamente administrativos para *dirigir* y alterar el determinismo económico. Toda esta teoría también la fundamenta en la idea del desarrollo y progreso de la sociedad, pues antes había mayor dependencia de la economía, cosa que ya no sucedía en su tiempo. Hay otros factores que determinan –en última instancia- el progreso histórico.

Entonces, de acuerdo al desarrollo de la historia, el grado de influencia para el cambio social ya no recae en la estructura social sino en la superestructura. En los aspectos políticos, ideológicos, en la función del Estado y la democracia. Por tanto, la validez del materialismo histórico se revela cuando se incorporan estos elementos en su doctrina. Es decir, el materialismo histórico podría tener vigencia *solo si* se complementa con estas valoraciones. Pero con estas incorporaciones, ya no sería correcto llamarla teoría materialista de la historia. Pues no es una teoría “(...) puramente materialista y mucho menos puramente económica” (Bernstein, 1982, p. 121). En sentido cabal, con las for-

---

36 **Konrad Schmidt** (1863 -1932) fue un economista, filósofo y periodista alemán. Polemizó con la teoría económica del marxismo al argumentar que existe un salario natural producto del trabajo.

mulaciones bernstenianas, estaríamos situados realmente ante una teoría idealista de la historia. En la que son los hombres, sus ideas, sus instituciones y su *voluntad* los que determinan el devenir histórico.

En el tercer acápite, *la teoría marxista de la lucha de clases y del desarrollo capitalista*, parte de la premisa según la cual la teoría de la lucha de clases se basa en la concepción materialista de la historia. Una lucha entre poseedores y desposeídos. O sea, una lucha determinada por cuestiones económicas. EB hace un recuento de la teoría económica de Marx: La teoría del valor.

Recordemos, brevemente, que esta se basa sobre la venta de fuerza de trabajo por parte del trabajador, bajo determinadas condiciones y a un precio (salario) determinado. Por su parte, el capitalista ingresa al mercado vendiendo las mercancías producidas por el trabajador. De esa venta, el capitalista deja un excedente de su ganancia para destinarlos a los costos de producción. Esto es a los medios de producción (trabajo muerto o trabajo pasado) y a la reproducción de la fuerza de trabajo.

Resaltar que los medios de producción no agregan ningún valor, o sea: “materia prima, materias auxiliares, desgaste de las máquinas, arrendamientos y otros gastos, se presenta en el valor del producto, sin ningún cambio” (Ibídem, p. 123). Mientras que el trabajo vivo sí lo hace. Es decir, “este le ha costado al capitalista un salario de trabajo, pero le reporta un ingreso superior a dicho salario” (Ídem). Significar que el salario es determinado por los costos necesarios socialmente para la reproducción de la fuerza de trabajo. Y, en suma, la diferencia entre el equivalente del valor del trabajo -los ingresos o la ganancia del capitalista- y el salario es lo que se denomina plusvalía o plusvalor. Este, naturalmente, no solo explica las desigualdades sociales sino además es el

botín que siempre pretenden capturar y acrecentar los capitalistas.

Ahora bien, la competencia desaforada propia del sistema exige a los capitalistas bajar los precios de las mercancías y, al mismo tiempo, reducir los costos de producción para no fracasar. Dicha reducción solo puede hacerse de tres maneras, a saber: “rebajando salarios, prolongando el tiempo de trabajo o aumentando la productividad del trabajo” (Ídem). La primera y segunda salidas tienen límites objetivos. En el sentido que, materialmente, no se puede bajar a 0 el salario y no se puede poner a trabajar a un obrero sin descanso. La fuerza de trabajo se eliminaría. Por eso el capitalista se enfoca, mayoritariamente, en la tercera opción.

Pero para reducir los costos de producción se requiere, en principio, de tres elementos, a saber: “Una mejor organización del trabajo, la intensificación del trabajo y el perfeccionamiento de la maquinaria” (Ídem). Las variaciones de estos elementos modificarían la *composición orgánica del capital*<sup>37</sup>. Es bueno advertir que la relación entre la plusvalía y lo que se destina al pago de salarios es lo que Marx denominó como *tasa de explotación* o de plusvalor. Mientras que llamó *tasa de ganancia* “(...) a la relación entre el plusvalor y el capital total empleado en la producción” (Íbidem). En todo caso, “De todo lo dicho hasta aquí se desprende que la tasa de plusvalor puede aumentar aun cuando al mismo tiempo disminuya la tasa de ganancia” (Íbidem, 1982, p. 123).

Con estas consideraciones, pasa a analizar la composición orgánica del capital de algunas empresas de su época. Para dar cuenta de sus tasas

---

37 Sobre todo, cuando se aumenta la destinación del capital hacia la materia prima y los medios de trabajo, en tanto se disminuye la porción de capital al pago salarios. O si produce lo mismo con menos trabajadores o si se produce más en el mismo tiempo de trabajo.

de ganancia. La teoría de Marx argumentaba que la plusvalía era “producida exclusivamente por el capital variable, entonces el beneficio variaría según el capital invertido, es decir, según la proporción en que estuviesen el capital constante y el capital variable” (Gustafsson, 1975, p. 66). Pero EB problematizó esta idea pensando cómo es que dos capitales de igual tamaño, en condiciones normales, producen ganancias iguales. Si esto es así, la tasa de beneficio podría ser la misma independiente de su composición orgánica del capital. O sea que el capital constante también podría producir plusvalía. Situación que, de ser cierta, controvertiría la teoría económica del marxismo.

Para Colletti (1975) esta interpretación económica de EB: “(...) consiste en la reducción de la teoría del valor de Marx a la de Ricardo o incluso a la madurada en el curso de la disolución de la teoría ricardiana” (p. 114). El problema de esto es que no se logra comprender: “(...) que la teoría del valor de Marx es su misma teoría del fetichismo” (Ídem). Perspectiva que, de entrada, se distancia de la economía política clásica.

Como la economía política se constituye, en decir de Lenin, una de las partes y fuentes integrantes del marxismo, es bueno interrogar cuáles sería sus méritos y límites. Sobre todo, para comprender la superación que hizo Marx. Como mérito está el hecho de que, más allá de sus inconsistencias, la economía política concibió que el trabajo es lo que da el valor de las mercancías. Es decir: “(...) que lo que se presenta como valor de cosas es en realidad (he aquí el contenido que reviste esa forma) el trabajo humano mismo que ha concurrido para producirlas” (Colletti, 1975, p. 115). Por su parte, el límite de la economía política clásica radica en que nunca se interrogó: “por qué ese contenido asume esa forma, o sea, por qué el trabajo humano se presenta como valor de las cosas y, en suma, en base a qué condiciones histórico-sociales el producto del trabajo toma la forma de mercancía” (Ídem).

Para Marx la economía clásica no encaró este problema porque no advirtió: “(...) que la forma del valor del producto de trabajo es la forma más *abstracta* pero también más *general* del modo de producción burgués” (Ídem. El subrayado es mío). En cambio, consideró que la producción de mercancías no era un fenómeno histórico sino una forma natural de la producción social. Como si fuera un hecho eterno.

La consecuencia de esta perspectiva es que limitó su investigación a las proporciones en que las mercancías se intercambian, ubicando: “(...) su examen en el *valor de cambio* y no en el valor propiamente dicho” (Ídem). Contrario a esto, para Marx el problema consistía en explicar y comprender por qué el producto del trabajo asume la forma de mercancías.

“De ahí la importancia decisiva que tiene para él el análisis del fetichismo, o la alienación, o la reificación, esto es de este proceso por el cual mientras el trabajo subjetivo humano o social se presenta en la forma de una cualidad intrínseca a las cosas mismas, estas últimas, a su vez –resultando dotadas de cualidades subjetivas o sociales propias– aparecen, por decirlo así, personificadas y animadas, como si fueran sujetos autónomos” (Colletti, 1975, p. 116).

Mientras que, en el trabajo común, en la propiedad social, las relaciones humanas que se traban en la producción no se representan como valor de cosas. Particularmente porque el intercambio de los productos es un determinado método de intercambio del trabajo entre unos y otros. En cambio, en el capitalismo: “(...) lo que caracteriza el trabajo basado en el cambio privado es que el carácter social del trabajo se “representa” como “propiedad” de las cosas; a la inversa; que una relación social aparece como una relación de las cosas entre sí” (Ídem).

Vale anotar que esta inversión, de lo subjetivo con lo objetivo, y viceversa, este fetichismo en la producción, lo explica Marx con el concepto de *trabajo abstracto*. El trabajo abstracto es entendido como lo más común a todas las actividades concretas. Es decir, cuando estas actividades específicas prescinden: “(...) de los objetos reales (o valores de uso) que de hecho trabajan y en función de las cuales se diversifican” (Colletti, 1975, p. 117). En esa lógica, si nos abstraemos de los elementos que intervienen en el proceso de trabajo, también se hace abstracción: “(...) de la *determinación* de la actividad productiva, o sea, del carácter concreto que diferencia los diversos trabajos útiles entre sí” (Ídem). Para Marx, una vez hecha estas abstracciones, solo queda que el trabajo es simple y llanamente gasto de fuerza humana. Y esto sería lo que tienen en común todos los trabajos concretos.

Como nos comenta Colletti (1975), para Marx, este tipo de trabajo igual o trabajo abstracto es el que produce valor. Por esta razón:

“Considerados como productos del trabajo abstracto, todos los productos de los trabajos concretos ven canceladas sus cualidades sensibles o reales de valores de uso para representar en lo sucesivo solamente <<el hecho de que en su producción se ha empleado fuerza de trabajo humana, se ha acumulado trabajo humano>>. Y <<como cristalizaciones de esta substancia social común a ellos, son valores, valores-mercancías>>” (p.117).

No entender esta definición de trabajo abstracto, como trabajo general, es lo que conduce a tergiversaciones de la teoría del valor de Marx, como aquella que reproduce EB. Especialmente cuando entiende el trabajo como una mera generalización mental. Ciertamente es que el trabajo abstracto: “(...) es una generalización mental de los múltiples trabajos útiles

y concretos; es el elemento general y común a todos estos trabajos” (Ibídem, p. 118). Pero esta abstracción no es arbitraria. Es una generalización que se realiza, no en la estratósfera, sino en la misma realidad capitalista.

“(…) en cuanto que una determinada parte del trabajo humano es proporcionada, en conformidad a las variaciones de la demanda, en un determinado momento en una forma determinada, y en otro momento de otra forma, lo cual prueba de nuevo la importancia secundaria que, en este régimen, tienen los diversos tipos específicos de trabajo respecto al trabajo en general” (Ídem).

Ahora bien, ¿cuál es aquí la distorsión revisionista? Que no ve como algo real lo que el trabajo abstracto puede producir, o sea: el valor. Quiere decir que el autor solo ve en el trabajo útil o concreto la producción de valores reales. Por eso sostiene, al igual que Werner Sombart<sup>38</sup> y Konrad Schmidt, que el valor en Marx –y también la plusvalía– es una simple construcción mental o una mera hipótesis científica.

Para Colletti (1975), en respuesta a estas críticas, han salido varios marxistas postulando: desde la objeción ricardiana que distingue entre valor absoluto y valor de cambio, hasta las mismas estimaciones de Marx sobre la tendencia de este análisis ricardiano que conducen a considerar más el valor de cambio que la propia noción de valor. Sin embargo, nos cuenta el autor, como algunos no lograron *equiparar* o *igualar* los <<valores>> con los <<precios de producción>> se hicieron del lado de la trinchera revisionista:

---

38 **Werner Sombart** (1863-1941) fue un economista alemán. Se le consideró precursor de la “joven escuela histórica” alemana y reconocido por sus críticas a la obra económica de Marx.



“(…) en el sentido de que, habida cuenta de que el valor no se identifica con los valores de cambio concretos o precios de concurrencia a que se venden de hecho las mercancías producidas capitalísticamente, vuelve a atribuir el <<valor>> el significado esencial de una abstracción” (Ibídem p.122).

En todo caso, el problema de todas estas tergiversaciones de la obra de Marx es que no lograron comprender, en decir de Colletti (1975), la noción de trabajo abstracto. Para dilucidar esto propone abordar dos preguntas, a saber: **i)** cómo se produce esta abstracción del trabajo y **ii)** qué significa exactamente eso. Frente a la primera cuestión, la clave está en comprender que los productos de trabajo, en el modo de producción capitalista, toman la forma de mercancías siempre y cuando sean producidas para el cambio. Y están destinadas al cambio porque son productos de trabajos privados individuales, autónomos.

“Al igual que Robinson Crusoe, el productor de mercancías decide por sí mismo qué quiere producir y cuánto. Pero, a diferencia de Robinson, vive en sociedad y, por tanto, en el interior de una *división social del trabajo*, en la que su trabajo depende de los demás y viceversa. De ello se sigue que mientras Robinson realiza *todos* los trabajos indispensables *por sí solo* y cuenta solamente con su propio trabajo para la satisfacción de sus necesidades, el productor de mercancías realiza solamente un trabajo determinado, cuyos productos están destinados a los demás, de la misma manera que los productos de los diversos trabajos de los demás están destinados a él” (Ídem).

Significa esto que, si la división del trabajo fuera



una distribución consciente y quizá planificada, si las relaciones de producción fueran sociales, los productos del trabajo no asumirían la forma de mercancías. Tal como ocurría, en otras épocas, por ejemplo, en el seno de una familia campesina. Allí, aunque había una distribución de roles y cada uno realizaba un trabajo específico, los productos no se convertían en mercancías porque estaban destinados para el uso y disfrute común. Entre el núcleo familiar no se compra-vendían esos productos. En cambio, en el capitalismo, los trabajos de cada individuo no son trabajos que cada uno realice por distribución planificada de la sociedad, sino que son trabajos disgregados, autónomos, privados. Realizados de manera independiente con relación a los otros trabajos. No son trabajos para satisfacer el uso común de los productos, sino para favorecer los intereses de la propiedad. La consecuencia de esto, de no ser un trabajo asignado socialmente, es que los trabajos individuales no pueden ser considerados – inmediatamente- como forma de trabajo social. Y solo se alcanza esa naturaleza de trabajo social por medio del cambio y del mercado.

Y aquí llegamos a la idea central de Marx, como lo resalta Colletti (1975). En el hecho de que para poder intercambiar estos productos individuales los hombres deben *igualarlos, equipararlos*. Esto es:

“(...) abstraer del aspecto físico-natural o de valor de uso por el cual un producto difiere de otro (el cereal del hierro, el hierro del vidrio, etc.); y que, sin embargo, al abstraer de los objetos o materias concretas de su trabajo, abstraen también *ipso facto* de aquello en función de lo cual se diversifican sus trabajos” (p. 123).

Es decir, al igualarse el carácter útil y concreto de los productos del trabajo, desaparece el mismo carácter útil del trabajo representado en esos productos. Y, por

tanto, también desaparece las diversas formas concretas de estos trabajos. En consecuencia, ya no se distinguen entre sí los trabajos concretos, sino que han sido elevados a trabajo humano en general. A *trabajo en abstracto*.

Si esto es así, cuando se habla de trabajo abstracto no se habla de una abstracción mental de Marx. De un simple procedimiento lógico. Se habla de una abstracción que ocurre en la *realidad* del cambio. Citando al filósofo de Tréveris, Colletti (1975) reseña que: “Los hombres equiparan uno con otro sus diferentes trabajos como trabajo humano, equiparando *el uno con el otro, como valores*, en el cambio, sus heterogéneos productos. No lo saben, pero lo hacen” (p. 124).

Con esta aclaración paso a la segunda cuestión del debate, a saber: qué significa todo esto. Por qué importa esta abstracción. Porque en esta *igualación*, en el que cada una de las fuerzas de trabajo individuales se elevan a fuerzas de trabajo generales, está el significado del trabajo abstracto y la teoría del valor de Marx.

“Precisamente en el sentido de que mientras de hecho las capacidades laborales o fuerza de trabajo son distintas las unas de las otras, son desiguales entre sí, lo mismo que los individuos a quienes pertenecen, <<*que no serían individuos distintos si no fueran desiguales*>>; en cambio, en la realidad del mundo de las mercancías, las fuerzas de trabajo son igualadas las unas con las otras precisamente en cuanto que se toman abstracta o *separadamente* de los individuos empírico-reales a quienes de hecho pertenecen, o sea, precisamente en cuanto son tratados como una <<fuerza>> o una entidad <<en sí>>, prescindiendo de los individuos mismos de quienes son” (Colletti, 1975, p. 125).

Esta elaboración conduce a Marx a señalar que el trabajo abstracto es, en últimas, el trabajo enajenado. Es decir, el trabajo separado del hombre concreto, particular e individual. Y aquí también entra la reflexión sobre el tiempo. En tanto que el tiempo de trabajo puesto en el valor de cambio es el tiempo de trabajo del individuo indiferenciado. O sea, entendido como tiempo de trabajo común a todos. Por eso es que el trabajo es considerado como un proceso general: "(...) independiente del hombre que lo realiza" (Ídem). Lo que importa acá no es el individuo concreto, y su actividad particular, sino la fuerza de trabajo humana. "La fuerza de trabajo tal como es, fuera e independientemente del hombre que la ha gastado" (Ídem). Todo esto quiere decir que la fuerza de trabajo:

"(...) se transforma en un sujeto independiente o en sí, representándose como <<valor>> de <<cosas>>; mientras los individuos humanos, que son los auténticos sujetos reales, se convierten en determinaciones de una determinación suya, o sea, en articulaciones o apéndices de su fuerza de trabajo común, cosificada así (...) En suma: <<los hombres desaparecen ante el trabajo>> (Colletti, 1975, p. 127).

Significa que en el capitalismo el trabajador ha sido separado, escindido; abstraído de su propia subjetividad. Se convierte la propia capacidad individual para trabajar en una cosa, en una esencia en sí misma. Por todo lo anterior, en conclusión, el trabajo abstracto no es solamente el trabajo en general, o sea, lo que es común a toda actividad humana, sino además una actividad real, también una actividad concreta. Pero, como dice Colletti (1975), de género opuesto.

"Y se trata precisamente de una actividad, que a diferencia de las demás, no representa una apropiación del mundo natural *objetivo* sino, por el contrario, una *expropiación de la*

*subjetividad humana*, es decir, una separación de la <<capacidad>> o <<fuerza>> de trabajo, entendida como el conjunto de las actividades físicas e intelectuales humanas, del hombre mismo” (p. 129).

Así las cosas, en una sociedad donde prima la propiedad privada, donde las actividades humanas tienen un carácter privado y los intereses están en oposición, la unidad social se da por medio de una *igualación* abstracta que prescinde de los individuos concretos. Es decir: “únicamente en la forma de una cosificación de la fuerza de trabajo, la cual se califica de *igual* o de *social* no porque sea realmente de *todos* (...) sino solo porque es de *ninguno*” (Ídem). En eso consiste la tesis de Marx, en el hecho de que en el trabajo abstracto se anula la actividad concreta del individuo particular que trabaja y que, cuando se intercambian los productos del trabajo, se *igualan*, en tanto mercancías, a través del *dinero*.

De todas maneras, aunque Marx resolvió ese problema de la *igualación*, EB lo pasó por alto insistiendo en que el intercambio de mercancías no se determinaba inmediatamente por la ley del valor, por lo que esta teoría no se basaba en datos estrictamente empíricos sino sobre elementos conceptuales. Meras operaciones mentales abstraídas de la vida real.

Con esto, supone que las especulaciones teóricas debían ser aterrizadas a los hechos concretos. Y en la medida que esto fuera correcto, también era necesario actualizar la teoría de la lucha de clases de Marx. Una idea que se basaba en el supuesto de que la creciente riqueza de capitales determinaría la disminución de la tasa de ganancias de los empresarios más débiles llevándolos a su posterior quiebra, lo cual conduciría a la concentración de la industria en pocas manos. Concentración que también aumentaría la socialización en el proceso de trabajo. O sea, se ampliaría la unidad

y lucha de la clase trabajadora. Y en virtud de la lucha de clases, se desataría la revolución proletaria. Por eso para el marxismo:

“El desarrollo tiende hacia un punto en el que el monopolio del capital se convierte en un vínculo para el modo de producción que ha ido avanzando junto con él; y la centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo se vuelven incompatibles con su envoltura capitalista. Se rompe entonces esta envoltura, los expropiadores y usurpadores son expropiados por la masa del pueblo y se suprime la propiedad privada capitalista” (Bernstein, 1982, p. 124).

Sin embargo, EB no está dispuesto a aceptar esta concepción fatalista y especulativa. Para él, estas ideas no se acompañan con la realidad. No ocurrirá la revolución porque la tan aspirada concentración de la riqueza es una quimera. No se camina hacia la reducción de propietarios sino hacia su *ampliación*. Y estas son las modificaciones que se deben incluir en la ciencia aplicada del marxismo. Por lo tanto, si se cambian los presupuestos económicos del socialismo, se alteran, coherentemente, las tareas políticas de la clase obrera y de su Partido. En adelante habría que apelar a una política acorde con el desarrollo del capitalismo.

## **El marxismo y la dialéctica hegeliana**

Lo que realmente teme este autor es a la revolución. A la contradicción, a la negatividad. A la dialéctica. Por eso en el segundo capítulo de este libro desata una diatriba frontal, en dos acápites, contra ella. Filosofía que, según él, conduce al blanquismo y a la violencia. En el primero, *las trampas del método dialéctico*, desarrolla una crítica contra la corriente del pensamiento que para negar lo absoluto, terminó negando el Estado. EB

nos habla de Max Stirner<sup>39</sup> como el representante más radical de los hegelianos de izquierda situado en el contexto revolucionario de 1844 y 1847. Y nos cuenta cómo los mismos Marx y Engels fueron influidos por esa pléyade de pensadores insurrectos que, aunque incorporaron el materialismo de Feuerbach<sup>40</sup>, nunca perdieron de vista la dialéctica hegeliana.

Lo que estos autores recogen de este método es su manera de comprender las cosas en su totalidad y movimiento y no como lo hacen las filosofías metafísicas que interpretan las cosas como elementos fijos, inalterables; dados de una vez y para siempre. En cambio, la dialéctica ve el cambio o devenir de cualquier fenómeno producto de sus propias contradicciones. De sus choques y negaciones. Ahora, la diferencia marxista con la dialéctica hegeliana es que esta última lo entiende como un movimiento desplegado desde el concepto, desde el espíritu, y la primera como un desenvolvimiento y cambios desde el mundo real. Por esa a la dialéctica hegeliana se le entendió como la versión idealista y a la otra como la materialista.

Sin embargo, lo que crítica EB es que por más que se intente poner los pies de la dialéctica sobre la tierra, siempre los hechos experimentales, materiales, reposan en el pensamiento. Esto es que: “(...) sin darnos cuenta nos encontramos de nuevo en las redes del desarrollo espontáneo del concepto” (Bernstein, 1982, p. 128). Lo cual, sin saber diferenciar lo real de

---

39 **Johann Kaspar Schmidt** (1806-1856), conocido popularmente como **Max Stirner**, fue un filósofo alemán de tendencia hegeliana y anarquista. Reconocido por la reflexión titulada como *El único y su propiedad*.

40 **Ludwig Andreas Feuerbach** (1804-1872) fue un filósofo alemán. Destacado hegeliano que criticó fuertemente el papel de la religión en las sociedades.

lo meramente conceptual, se puede caer en el riesgo de extraer deducciones arbitrarias a partir de sus aparentes contradicciones.

“Riesgo que se hace tanto mayor cuanto más complejo es el objeto cuya evolución hay que describir. Cuando se trata de un objeto normalmente simple, la experiencia y el juicio quedan de ordinario al amparo del peligro de *dejarse arrastrar*, por principios analógicos como el de “la negación de la negación”, a condiciones inverosímiles de sus posibilidades de cambio. Pero cuanto más complejo es un objeto –por el número y la heterogeneidad de sus elementos y por la multiplicidad de sus relaciones dinámicas- la capacidad de dichos principios para revelar algo de su evolución es menor” (Ídem).

Siendo esto así, la deducción, a partir de su contradicción, no sería un criterio válido para comprender el fenómeno u objeto de estudio. No obstante, creo que esta interpretación admite un comentario: que justamente la dialéctica permite comprender la dimensión total del objeto más complejo para el estudio. Comprenderlo desde sus múltiples determinaciones, conceptual o empírica, desde la heterogeneidad de sus elementos, desde sus relaciones y desde sus contradicciones, conduce a comprenderlo plenamente. Incluso *asir* de manera analítica sus elementos particulares. De lo contrario, pensarlo o entenderlo en su abstracción, meramente conceptual, o solo desde una de sus partes o componentes, es negarse a comprender su totalidad. En esa orilla, solo se comprendería el objeto o fenómeno parcialmente. O simplemente, habría que negarse a comprender el objeto en sí mismo, al estilo kantiano.

Cierra la discusión diciendo que creer que las cosas son el resultado de sus antítesis es tanto o más



arbitrario que aceptar las especulaciones idealistas. De todas maneras, es claro que estas valoraciones filosóficas no lo desvelan. Su molestia radica en las consecuencias políticas que se derivan al aplicar este método a la comprensión de la historia humana. Para decirlo sin rodeos, le perturba aceptar la creencia que postula el desenvolvimiento de la historia a partir de sus contradicciones y sus luchas. Puede que llegue a aceptar esa tesis en el pasado. Pero ya para el futuro no la admite. Cree que no vamos a llegar a un nuevo modo de producción gracias a sus contradicciones ni mucho menos en virtud de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado. Para él, el desarrollo del capitalismo no va a parir el nuevo modo de producción a partir de sus contradicciones, sino a partir de modificaciones y enmiendas hechas en el propio seno del sistema. Los avances en el poder político, en la democracia, no admiten -como lo decía despectivamente- esas “*autosugestiones*” históricas. En suma, las equivocaciones de Marx y Engels, “(...) las *ilusiones* que se fabricaron en el transcurso de los eventos, su juicio acerca de los partidos y de las personas, aunque muy realista, no podía ser definitivo, del mismo modo que no siempre podía ser correcta su política” (Bernstein, 1982, p. 132).

En efecto, no debemos asumir a la teoría como un cuerpo doctrinario de verdades sacrosantas. Pero hay que aceptar que al despojar al marxismo de su concepción dialéctica es denostar del mismo marxismo rechazando su esencia. Por tanto, estamos ante un autor profundamente antimarxista.

El cuadro se completa al leer el otro acápite de este segundo capítulo, *marxismo y blanquismo*. Parte por decir que el reflejo más claro de la filosofía hegeliana era la revolución francesa. Lo que significa que la una no se puede entender sin la otra. Por eso nos recuerda



cómo Babeuf<sup>41</sup> y el *movimiento de los iguales* fueron el producto más genuino que gestó la revolución. De hecho, consideró que las sociedades secretas, el babuvismo y luego el blanquismo, fueron deudores innegables del pensamiento hegeliano. Curiosa relación entre dos posturas tan disímiles, sobre todo si se le juzga al hegelianismo como un movimiento “reaccionario” e idealista. En todo caso, “¿Cómo explicar que un sistema de pensamiento conservador genere herederos tan “peligrosos” y discípulos tan radicales?” (Kohan, 2013, p. 137). La respuesta a este interrogante la encuentra en la noción dialéctica de contradicción y lucha de contrarios que siempre conduce a la violencia, a choques, a guerras y al terrorismo revolucionario.

En términos simples, el programa político del babuvismo y del blanquismo consiste en la toma violenta del poder por parte del proletariado y en la expropiación de los burgueses. O sea, en la lucha de contrarios y en la síntesis que los anula. Huelga decir que estas ideas influyeron profundamente a Marx y Engels, tanto así que fueron incorporadas dentro de su perspectiva socialista. De ahí se explica la *idealización* del proletariado, como aquel sujeto revolucionario que, negando la burguesía y al capitalismo, crearía una nueva sociedad.

Nos dice EB que en Alemania se creía que el blanquismo era solo la teoría de la conspiración y del *putsch* político por parte de un grupo secreto –partido– que encaminaba todas sus acciones hacia la toma del poder, cuando era mucho más que eso.

---

41 **Babeuf** nació el 23 de noviembre de 1760 en Saint Quentin y murió en París el 27 de mayo de 1797. Podemos decir que un dirigente político y uno de los más connotados revolucionarios franceses. Murió pasado por la guillotina luego de intentar derrocar al gobierno del Directorio por medio de una conspiración.

“El blanquismo es algo más que la teoría de un método; su método no es otra cosa que la emancipación, el producto de su teoría política de fondo. Y ésta es, en términos muy sencillos, la teoría de la *ilimitada fuerza creadora de la violencia política revolucionaria y de su manifestación externa, es decir, de la expropiación revolucionaria*” (Bernstein, 1982, p. 134).

En su lectura, como el blanquismo buscaba la emancipación por medio del culto a la violencia, no tenía en cuenta la situación objetiva, el desarrollo del capitalismo, las luchas democráticas y otras variantes importantes en el contexto político. Como grupo *voluntarista*, lo único que hacían era ensalzar “(...) el *terrorismo* proletario que en la situación objetiva de Alemania solo podía expresarse de forma *destruktiva*” (Ibíd., p. 135).

Palabras más o menos, para él, el blanquismo tiene un carácter *conspiratorio, demagógico y terrorista*. Que destruye la sociedad. Una tesis que la asume como absolutamente equivocada. En lugar de eso, habría que formular una política *constructiva* en donde “(...) la consigna va siendo cada vez más la emancipación *por medio de la organización económica*” (ibíd., p. 136). Es decir, desde las mismas ventajas y oportunidades que brinda el sistema.

Para EB los postulados dialécticos y blanquistas se reducen a una suerte de finalidad o teleología fija. Estas teorías consideraron que el desarrollo político siempre se desenvolvería de manera acorde con la *necesidad histórica* derivadas de sus inmanentes contradicciones. Por eso, a la conquista del poder por parte de la burguesía -el advenimiento del capitalismo con sus nuevas contradicciones- le sucedería, inexorablemente, la toma del poder por parte del proletariado.

Sin embargo, no necesariamente tendría que ser así. Además, mostrando unos ejemplos del proceso revolucionario francés, el de 1793 y el de 1848, EB reseña las diferencias de táctica que se requieren para llegar al socialismo, teniendo como horizonte el progreso económico de la sociedad. Por ejemplo, en 1793, con el jacobismo, era posible apelar a una vía insurreccional porque la toma del poder no alteraba el desarrollo económico. “Ningún sector de clases que trabajaban en la producción y en el comercio se vio perjudicado directamente” (Ibídem, p. 137). De ahí que la revolución se recibiera sin traumatismos. En cambio, la revolución de 1848 fracasó al apelar a los mismos métodos insurreccionales de antaño. Ese calco y copia revolucionario afectó el desarrollo económico de la sociedad. Allí hubo: “un continuo estancamiento de las actividades productivas (...) cada día que se prolongaba esta situación o cada vez que se acentuaba significaban una nueva ruina” (Ídem). Lo que quiere decir es que dependiendo del momento histórico se ajusta la táctica política de los socialistas. Si cambian las condiciones de vida, cambian los métodos de lucha.

Esto último se puede aceptar fácilmente. De hecho, es un argumento plausible y acertado. Pero, aunque parezca, no nos está invitando al *análisis* concreto de la situación concreta, sino a rechazar la violencia y los caminos insurreccionales para tomar el poder. Si cogemos sus argumentos y los miramos a fondo, notamos que cae en la misma teleología que tanto critica cuando dice que, de ahora en adelante, por *necesidad histórica y desarrollo del mismo sistema económico*, la vía hacia el socialismo siempre *debe* ser pacífica y democrática. Por medio de las reformas del sistema. O sea, se arropa de una crítica al determinismo revolucionario para sustituirlo por otro determinismo, pero esta vez uno reformista. Ya no sería la toma del poder, sino el parlamento y las acciones legales de masas las que pueden ir construyendo el socialismo.

Ya no sería a través de la lucha revolucionaria sino por medio de la lucha democrática.

En consecuencia, lo que cuestiona no sólo es el método sino también la política revolucionaria. Habría que empezar a ser más moderados y no tan radicales. Habría que dejar de ser revolucionarios. Aunque EB comprende muy bien que estas proposiciones lo alejan de este lindero político. En el fondo, revisar la política insurreccional de los socialistas conlleva a revisar el marxismo. Si se quita la vocación revolucionaria de los marxistas, al igual que su concepción dialéctica, ya no estaría ante la teoría de Marx y Engels, sino ante cualquier doctrina política liberal.

### **El desarrollo económico de la sociedad moderna**

Pasando este análisis, entramos en el tercer capítulo de esta obra. Frente al primer acápite, *algo más sobre el significado de la teoría marxiana del valor*, EB se propone nuevamente a cuestionar la teoría del valor de Marx. Por eso, antes que nada, nos recuerda que el valor de las mercancías lo concede “(...) el trabajo socialmente necesario empleado en su producción, medidos en términos de tiempo” (Bernstein, 1982, p. 142). Según él, para poder medir el valor de esa manera se requieren de abstracciones tales como: **i)** explicar el valor de cambio prescindiendo del valor de uso. **ii)** construir una noción de trabajo abstracto excluyendo el trabajo concreto. **iii)** Para determinar el tiempo de trabajo socialmente necesario también hay que prescindir de las particularidades de los diferentes tiempos que se emplean en distintos tipos de trabajo. Y **iv)** para transformar el valor en precio se requiere prescindir del tiempo de trabajo socialmente que se necesita para producir distintas mercancías. Además de estas, nos habla de una última abstracción para explicar el valor, a saber:

“En la sociedad capitalista desarrollada, las mercancías, como ya se ha señalado, no se enajenan en base a su valor individual sino en base a su precio de producción, es decir, en base al precio de real más una tasa de ganancia media proporcional, cuyo nivel está determinado por la relación entre el valor global de la producción social y el salario global de la fuerza humana de trabajo empleada en la producción, en el intercambio, etc., de dicho valor global, hay que sustraer la renta de la tierra y tomar en cuenta la repartición del capital en capital industrial, comercial y bancario” (Ibídem).

Visto desde esta óptica, el valor de las distintas mercancías pierde todo su contenido y solo se explica de una manera lógica. Siendo esto así, entonces qué es el plusvalor. En sentido estricto, Marx nos dice que es la diferencia entre el valor trabajo que se le imprimen a los productos y lo que se le paga al trabajador. Ahora, como el valor trabajo es simplemente una fórmula lógica, entonces el plusvalor también sería un mero juicio hipotético. Por tanto, no sería un criterio válido para explicar la explotación del sistema.

En cambio, para EB, la noción de plustrabajo sí podría dar en el blanco al poner en evidencia empírica las desigualdades. Especialmente porque la extensión del tiempo trabajo –trabajar más horas por lo mismo– no estaba “dominado por ninguna mistificación: no se ocultaba detrás de la idea del valor” (Ibídem, p.143). Es decir, encarando la explotación desde esta perspectiva se aclara la desigualdad. Y se puede exigir mejoras salariales y reducciones a las jornadas de trabajo, como lo hacen los sindicatos. En síntesis, para el revisionismo era el plustrabajo y el trabajo los que creaban la riqueza. Ideas que eran muy precisas en la economía política clásica pero que fueron complicadas por la teoría del valor.

De todas maneras, lo que se dice aquí –tal como se demostró en líneas anteriores- es que el valor trabajo no es más que una clave abstracta, una construcción lógica, para describir la explotación capitalista. Bastante lúcida pero que dejó de ser válida para entender el desarrollo económico capitalista. Especialmente porque la teoría del valor trabajo presentó al valor como criterio válido para medir la explotación que viven los trabajadores, conduciendo, a su vez, a definir la tasa de plusvalor como tasa de explotación. Pero esta teoría: “(...) es falsa como criterio de medida de este tipo, aun en el caso que se partiera de la sociedad como un todo y se comparara el monto total de los salarios con el monto total de los demás ingresos” (Bernstein, 1982, p. 149).

Para terminar esta parte del texto, incluye una ironía bastante icónica donde revisa los postulados de Marx diciendo que su teoría podría otorgar un indicio para juzgar la desigualdad en la distribución de la riqueza tal como la noción de átomo puede explicar la belleza de una pintura. Pero la realidad muestra que, en determinados casos, algunas empresas pueden tener la tasa del plusvalor muy elevada y, no obstante, la vida de los obreros puede estar mucho mejor remunerada que la de obreros empleados en fábricas con una tasa de plusvalor mucho más reducida. Esta hipótesis lo conduce a estudiar cómo estaban distribuidos los ingresos en la sociedad de su época.

Así las cosas, en la segunda parte de este capítulo, titulado *La dinámica de los ingresos en la sociedad moderna*, parte por resaltar cómo en la teoría de Marx el plusvalor es el destino del capitalista. O sea, para que el explotador acreciente su ganancia debe producir el plusvalor. Este último no sólo se obtiene del trabajo vivo. También debe reducir costos de producción para vencer en la competencia del mercado. Y esto solo se hace o reduciendo salarios o aumentando la productividad por medio del perfeccionamiento de la

maquinaria o ahorrando fuerza humana en el proceso de trabajo. Pero, al prescindir de la fuerza de trabajo, prescinde también del plusvalor. Lo que derivaría en la reducción de la tasa de ganancia. Entonces, se produce una contradicción immanente del capitalismo.

“La tasa de ganancia, que constituye el estímulo para la utilización productiva del capital, en cierto momento disminuye y se debilita el estímulo para la empresa productiva, sobre todo cuando se trata de nuevos capitales que aparecen en el mercado como retoños de la masa capital acumulados” (Bernstein, 1982, p. 150).

A la luz de esta teoría se explican las crisis que sobrevienen en el sistema. Hay unos capitales que se destruyen o simplemente caen en bancarrota. La peor parte la lleva la clase trabajadora porque ve reducidos sus salarios o quedan cesantes. Sin embargo, como existe un amplio contingente de ejército de la reserva, el capital puede, en un tiempo prudente, superar la crisis. Esto es: “(...) se reestablecen las condiciones para nuevas inversiones rentables de capital y puede comenzar desde el principio la danza” (Ibídem). Como hubo una destrucción de capitales, la marcha cíclica se reactiva, pero esta vez bajo una amplia concentración de la producción y con una tasa más amplia de explotación.

Hasta aquí la teoría marxista, EB no está de acuerdo con esta consideración. Puede ser cierta solo *tendencialmente*. Pero, como se ha dicho, estas ideas deben ser completadas o actualizadas. Por ejemplo, cuando en el *Capital* Marx habló de las ramificaciones del capital, en virtud de las divisiones patrimoniales, decía que significaba el crecimiento del número de capitalistas. Pero después el mismo filósofo sentenció que las *sociedades por acciones* no responden a la ampliación del número de capitalistas, sino a la concentración y a la monopolización.



Y aquí estamos ante uno de los elementos cruciales de la teoría económica de Bernstein (1982) que lo aleja substancialmente del marxismo. En palabras cortas, nos explica que en el desarrollo capitalista no hay concentración de capital en pocas manos, sino que hay un aumento significativo de titulares del capital. Justamente las sociedades por acciones constatan esta hipótesis, ya que: “permite un amplio fraccionamiento de capitales ya concentrados y hace superflua la apropiación de capitales por parte de los distintos magnates con el fin de concentrar las empresas industriales” (p. 151). En consecuencia, no es cierta la teoría ni de la concentración de capitales, ni centralización de la industria –debido a la supuesta predominancia y avance de las grandes empresas-, ni la concentración en la tenencia de la tierra ni del comercio. Hay una colectivización o socialización del capital –una articulación general de las clases- producto del mismo desarrollo del sistema. Luego el paso hacia el socialismo casi que se va dar de forma natural. Sin contradicciones ni traumatismos.

Para fortalecer esta tesis se vale de varias estadísticas –las cuales no voy a reconstruir por cuestiones de extensión- que le sirven para justificar la idea del aumento de la “socialización” del capital. Los mismos *Trust*, que se entienden como la forma de centralización capitalista moderna, están repletos de múltiples accionistas. Incluso llega a decir que detrás de cada accionista hay sociedades de acciones, lo cual aumenta muchos más la fragmentación del capital. También nos comenta que en algunos países estas acciones, a fin de cuentas, se pueden cambiar como papel moneda. Por tanto, cualquiera podría acceder a estos círculos de capitalistas.

Como se ve, supone que los explotados tienen las condiciones materiales –si ponen un poquito de empeño- para devenir pequeños capitalistas. Y lo hace porque cree que, al aumentar la socialización del



capital, mejora el poder adquisitivo de la sociedad. Es decir, hay una especie de aumento de la clase media o de la pequeña burguesía. Luego entonces hay un incremento de la riqueza social y no una recesión o una crisis. Por lo anterior, si la socialdemocracia espera la gran crisis para dar un golpe de mano, podría perfectamente irse a dormir.

Ahora, otra cosa que me parece clave mostrar es su idea de la expansión ilimitada de los capitales. O sea, como supone que hay un aumento de la productividad del trabajo, de la producción de mercancías y un aumento de la riqueza social, se produciría una sobreproducción. Pero esta no derivaría en estancamientos o recesiones porque se pueden buscar salidas fáciles en los mercados internacionales. Y no sucedería expansión en la acumulación del capital porque el comercio exterior devolvería también con mercancías las exportaciones. Esto significa que: "(...) en el comercio mundial, la función del dinero circulante casi no existe" (Bernstein, 1982, p. 154). Por eso, en suma, ocurre una disminución de la concentración de la riqueza y un elevado bienestar en la vida de los trabajadores. Y un numeroso batallón de clase media. Lo que indica que estamos ante el camino más expedito hacia la nueva sociedad.

Luego de esto, estudia la estructura económica de la socialización de la riqueza en el tercer acápite sobre *Las clases de empresas en la producción y en la distribución de las riquezas*. Y lo hace retomando algunas cifras y estadísticas que ya trabajó en uno de sus artículos de *Problemas del socialismo*. Por esta razón, brincaré impunemente sus datos. Solo se debe argüir que estos análisis estadísticos los consigna para fortalecer su tesis de la desconcentración del capital. Mirando las cifras empresariales señala que, aunque la gran industria avanza, no lo hace en desmedro de la pequeña y mediana empresa. Estas últimas siguen siendo muy sólidas, por lo que se asiste a una época de

“coexistencia pacífica” entre los tipos de industrias. Es decir: “(...) la gran empresa no absorbe continuamente a las pequeñas y medianas, sino simplemente se desarrolla conviviendo con ellas” (Bernstein, 1982, p. 161).

Lo que sucede en la industria también sucede en el comercio. Especialmente porque se van creando nuevas especializaciones o combinaciones comerciales. En la agricultura la situación se tornaba mucho más favorable para sus tesis, pues esta rama “contradice todos los supuestos tradicionales de la teoría socialista” (Ibídem, p. 163). Esto lo dice porque las estadísticas le muestran un aumento mucho más fuerte de las empresas pequeñas y medianas en el campo respecto a las grandes concentraciones de tierra.

Todo lo dicho hasta acá lo lleva a plantear su famosa teoría sobre los medios de adaptación del capitalismo, formulado en el cuarto y último subtítulo llamado *Las crisis y las posibilidades de adaptación de la economía moderna*. En este tratado parte por relacionar la noción de crisis económica con las crisis patológicas del cuerpo humano, que en ambos casos ponen en vilo la salud de los entes consultados. Y así como se requiere de una intervención médica para curar y tratar al paciente, así mismo se requiere una intervención del Estado para salvar la economía.

Pero ya entrando a la discusión económica, recordar que no acepta la teoría de la crisis capitalista. Podrán sobrevenir dificultades económicas, pero eso no conducirá al colapso del sistema. Lejos del marxismo, afirma que el sistema imperante es una suerte de *ave fénix* que siempre renace de sus cenizas. Particularmente porque la expansión de los medios de comunicación, la disputa creciente por el mercado entre países industriales contra Inglaterra y el incremento de las inversiones de los capitales europeos excedentes: “(...) han eliminado o fuertemente

debilitado los antiguos focos de crisis y las ocasiones que las favorecían” (Ibídem, p. 172).

EB apoya su tesis en el hecho que ya no se han visto grandes crisis económicas de relevante envergadura. De hecho, el anuncio del *crack* económico mundial, puesto en la perspectiva marxista, es cada vez más distante. Al contrario, la expansión geográfica de los mercados, junto a la disminución del tiempo en las comunicaciones y el transporte, permiten la *compensación* de los desequilibrios económicos. Asimismo, el aumento de las riquezas de las grandes potencias, la fortaleza y casi ilimitada capacidad del sistema crediticio y el nacimiento de los carteles individuales –sociedades por acciones– disminuyen la posibilidad del advenimiento de crisis violentas a nivel general. Podrán venir crisis en los negocios, que afecten a algunos sectores, pero su impacto no afectará a la economía general de la sociedad.

Desde luego esta visión tuvo muchas críticas. Y aquí se presenta un primer combate contra las refutaciones preliminares que le hiciera Rosa Luxemburgo, en una serie de artículos recogidos en la revista *Leipziger Volkszeitung* en septiembre de 1898<sup>42</sup>. Para empezar, EB acusa a la revolucionaria de intentar darle lecciones sobre el crédito y la tesis de la adaptación del capitalismo a través de una “falsa dialéctica”.

Sobre el crédito, consigna las refutaciones de Rosa cuando ella advierte que: “(...) lejos de contrarrestar las crisis, él sería precisamente el medio que las agudiza al máximo” (Ibídem, p. 173). Como el crédito expandiría la producción capitalista acelerando el intercambio de las mercancías y el ciclo productivo, sería el medio más expedito para agudizar las contradicciones entre la producción y el consumo. Es decir, el crédito:

---

<sup>42</sup> Aquí Bernstein hace referencia a la primera parte del emblemático texto de Rosa Luxemburgo titulado *¿Reforma o Revolución?*

“Otorgaría a los capitalistas la posibilidad de disponer de capital ajeno, y por lo tanto el medio para las más audaces especulaciones. Pero una vez superada la paralización, las siguientes restricciones crediticias tornarían más agudas las crisis. La función del crédito sería la de eliminar todo residuo de estabilidad en las relaciones capitalistas, y volver extremadamente flexibles, relativas y vulnerables todas las capacidades potenciales del capitalismo” (Ídem).

En efecto, las críticas de Rosa atinan a poner en evidencia que el sistema crediticio conduce a un sistema de endeudamiento que restringe el consumo y a la postre termina por estrangular a los deudores. A la final, los endeudados capitalistas terminan asfixiados y en bancarrota. Luego el crédito tiene una dimensión destructiva del capital. Pero nuestro teórico no se va a dejar derrotar tan fácilmente, por eso apela – un poco con una despectiva ironía- a cuestionar la visión dialéctica de la que supuestamente se precia su contradictora. EB no entiende cómo Rosa no ve el anverso de la dimensión destructiva del crédito, o sea su lado constructivo. Esa dimensión “positiva” del crédito la toma de Marx, del libro III de El Capital. Y cita la idea que este puede servir como *transición* hacia un nuevo modo de producción, destacando las características “dobles” del crédito. Bajo esa mirada, la dimensión constructiva del crédito sirve para fortalecer la capacidad económica de la sociedad. En efecto, usando capital ajeno, prestado, los capitalistas asociados pueden ampliar su capacidad productiva, pagar productores y mantener a paz y salvo el pago a sus trabajadores. Pero no se percata nunca que la permanencia de las deudas inhibe la adquisición de nuevos créditos, llevando después a crisis devastadoras. Ejemplo de ello lo constituye lo que pasa con el sistema financiero y sus empeñados deudores.

Ahora, examinando a fondo la idea de Luxemburgo, cree que ella atina cuando dice que el crédito *eleva* la contradicción entre la producción y el intercambio, en tanto que al asistir a una sobreproducción se paralizaría el intercambio, pero esta formulación se puede invertir sin que pierda exactitud. De esa manera: “Basta sustituir recíprocamente en su segunda fase los dos términos principales, y ella se demuestra tan veraz como antes” (Ibídem) porque “el crédito *suprime* la antítesis entre modo de producción y modo de intercambio, en la medida en que *reequilibra* periódicamente las diferencias de tensión entre producción e intercambio” (Bernstein, 1982, p. 174). ¿por qué? Bueno, las razones no las deja a libre interpretación.

En todo caso continúa con su disertación y cuestiona la idea de Rosa según la cual el crédito *aumenta* la contradicción entre propiedad y producción al momento en que se realiza una expropiación forzada de los pequeños capitalistas endeudados, generando una mayor concentración de la riqueza. Frente a esto, vuelve a echar mano de la inversión del argumento diciendo que el crédito *suprime* la contradicción entre propiedad y producción “en la medida en que a través de la unificación de muchos pequeños capitalistas transforma enormes fuerzas productivas en propiedad colectiva” (Ídem).

Aquí lo que hace EB, según entiendo, es dejar huérfana la explicación de sus inversiones al argumento de Rosa. Casi que su hipótesis o es forzada o se torna bastante enigmática. Lo cierto es que en ambos casos reemplaza la idea del *incremento* o *elevación* de las contradicciones por la de *supresión*, pero no nos dice por qué el crédito suprimiría esas contradicciones. Ni por qué lo haría permanentemente. Además, en relación al último argumento, hace una maniobra un poco riesgosa y es que exige, a condición de evitar la concentración de la riqueza, una asociación de pequeños capitalistas para

poder competir contra los grandes potentados y así no caer en quiebra. De ahí la importancia reiterada por él de las *sociedades por acciones*.

Con todo, la crítica que le hace Rosa a las sociedades por acciones es cuestionada por EB al suponer que ella –al igual que Marx- confundió persona física con persona jurídica. Donde ella ve a un solo capitalista, realmente existe un puñado de capitalistas que se reparten las ganancias. O sea, no hay concentración de las riquezas sino ampliación, socialización. Quizá por esta valoración se encuentre en él una relación entre *sociedades por acciones y cooperativas obreras*. O lo que es lo mismo, de esta idea se puede inferir que de las sociedades por acciones capitalistas emergerán las cooperativas del socialismo. Y estas últimas solo pueden fortalecerse si tienen la posibilidad de acceder a los créditos que otorgue el Estado.

Como defensor del crédito, refuta la tesis de la especulación. Su idea es que, si bien esto es cierto, dicha objeción es antiquísima y no agrega nada nuevo a la discusión. Siempre que haya producción habrá especulación. Sobre todo, si la forma y estructura de la producción no está plenamente “desarrollada”. En cambio, la especulación “está condicionada por la relación entre circunstancias previsibles e imprevisibles” (Bernstein, 1982, p. 175). Con todo, si prevalecen las condiciones imprevisibles se aumenta la especulación. Pero puede ser refrenada si aumentan las circunstancias previsibles.

“Esta es la razón por la cual las más alocadas explosiones de especulación se hallan en los albores de la era capitalista, y es esta también la razón por la cual habitualmente la especulación celebra sus orgías disolutivas en los países de más reciente desarrollo capitalista” (Ibídem).

Por eso mismo, en el campo de la industria, hay más especulación en las nuevas ramas de producción. Pero entre más vieja y más desarrollada sea la rama de producción, merma la especulación. Hay más control, seguridad y se reducen las condiciones imprevisibles del mercado. EB es consciente que sería un control y una seguridad muy relativa. Lo que es lo mismo a decir que la especulación es inevitable. Tal cual ocurre con la sobreproducción. Pero aquí está un poco el *quid* del asunto revisionista: Puede haber especulación, sobreproducción y crisis. No obstante, nunca va a sobrevenir una crisis general de la economía. Para que esta suceda:

“(...) es necesario que las industrias referidas, o bien sean consumidoras de productos de otras industrias en grado tal que las involucren en una eventual paralización con sus consecuencias, o bien que las primeras sustraigan a las últimas, mediante la parálisis del crédito general, los medios para continuar con la producción. Pero queda claro que cuanto más rico sea un país y desarrollado su organismo crediticio – lo cual no debe confundirse con una economía que haga hincapié en el crédito-, tanto más improbable se torna aquel último efecto. Precisamente en ese caso las posibilidades de *compensación* aumentan” (Ídem).

Después de esta afirmación, introduce una idea de Marx en donde se afirma que las contradicciones del mercado monetario se superan más rápido “(...) en su centro que en los distintos puntos de la periferia” (Ídem). Con esto la extensión de los mercados hace que los vencimientos de los créditos sean más largos, generando más especulación en las transacciones. Pero con el avance de los medios de comunicación y de transporte –debido al incremento de las empresas comerciales bien organizadas- se *compensan*



las distancias territoriales, reduciendo así las restricciones del mercado dinerario.

Para EB no se sabe a ciencia cierta la relación entre la crisis dineraria y la crisis comercial. Por eso no se puede afirmar que la crisis comercial o la sobreproducción originen la crisis dineraria. Es más: “(...) en la mayor parte de los casos, evidentemente, no fue la sobreproducción efectiva sino la especulación quien paralizó el mercado dinerario y, por este camino, presionó sobre la marcha general de los negocios” (Bernstein, 1982, p. 176). Esto lo sustenta apoyándose en los análisis de Marx –del Libro III de El Capital– sobre las crisis económicas de 1847 y 1857. Cosa que también confirmó el analista Herkner<sup>43</sup>. Sin embargo, cuestiona cómo Rosa Luxemburgo, que conocía de estas valoraciones, deduce que la crisis no han sido crisis catastróficas sino meras “enfermedades infantiles de la economía capitalista” (Ídem). Para ella, la verdadera crisis está porvenir y ella solo llegará cuando el mercado mundial se desarrolle plenamente y ya no pueda expandirse más. De esa manera las tensiones entre fuerzas productivas y los intercambios serían mucho más virulentos.

EB cuestiona esta idea de Rosa porque para él la teoría de la crisis de Marx no era una teoría del futuro sino una descripción del presente. O sea, se creía que ya estábamos arrojados a la crisis y que con el pasar del tiempo ellas sobrevendrían cada vez más catastróficas. Ahora, si la teoría marxista de Luxemburgo sobre la crisis no correspondía con el pasado, ni con el presente, sino solamente en el futuro, entonces lo que

---

<sup>43</sup> **Heinrich Herkner** fue un economista alemán. Nació el 27 junio 1863 y murió el 27 mayo 1932. Aunque se asumía como marxista fue Alexandra Kollontai quien dijo que no era más que un pensador revisionista. Con todo, probablemente por sus posturas reformistas fuera tan reivindicado por el amigo Eduard Bernstein.



formula es una especie de *futurología metafísica* sobre el porvenir. A fin de cuentas: “(...) si esta teoría no había sido aún verificada en la época en que fue elaborada, ni se ha verificado desde entonces hasta hoy, ¿cómo se puede sostener que su esquema sea válido para un futuro todavía lejano?” (ibídem). Es decir, si hasta ahora esta teoría no se ha correspondido con los hechos económicos no tiene mucho sentido pensar en una realización futura.

Si para Luxemburgo la crisis llegaría con la expansión extensiva del mercado, qué pasa cuando se asiste a una expansión cada más vez intensiva del mercado. Es decir, ¿cuándo arribará la mentada crisis? Como quiera que sea, EB sostiene que en su actualidad los países europeos tenían un rol de exportadores cada vez más relevante. En sentido drástico: “Un límite para esta expansión intensiva del mercado mundial, que vaya al mismo paso de la extensión geográfica, no se puede establecer *a priori*” (Ibídem, 1982, p. 177). O sea, no hay un sustento verídico –científico- para creer que la expansión del mercado se vaya detener. Lo que significa que siempre habrá salida a la crisis o, mejor, que nunca más tendríamos una contracción catastrófica.

Para resumir la teoría revisionista. Primero, el crédito sufre cada vez menos contracciones como para paralizar la producción. Por tanto, este medio no puede producir crisis. No genera asfixias sino respiros contra ella. Una teoría próxima a la que emitiría cualquier banquero. Segundo, como el crédito es un medio que ayuda al impulso de la sobreproducción, de todas maneras, la *asociación de empresarios* –trust, cárteles, sindicatos de empresarios- ayudan a regular esa misma producción. Ellos mismos establecerían reglas para controlar la anarquía del mercado y la competencia desleal.

Contra esto último Rosa Luxemburgo realiza unas muy sugerentes objeciones. En primer lugar, dice que la asociación de empresarios no regulará el mercado ni la competencia desleal, sino todo lo contrario: devastará a los pequeños y más débiles competidores haciéndose al monopolio de la rama de producción. Ciertamente esto podría suceder. Pero para EB, aunque esto ocurra en un sector productivo, no habría forma que suceda en toda la organización económica.

La segunda objeción consiste en que los cárteles siempre buscan detener la caída de la tasa de ganancia dejando “inactiva una parte del capital acumulado, y obteniendo así el mismo resultado producido, bajo otra forma, por la crisis” (Ídem). Sin embargo, en la interpretación revisionista, remedio y enfermedad serían aquí como dos gotas de agua. Es decir, para Rosa, como una parte del capital socializado, mediante la organización productiva, “(...) se *retransforma* en capital privado, cada sector va en búsqueda de su ventaja y las organizaciones están destinadas entonces a desvanecerse como burbujas de jabón y a dejar el lugar nuevamente a una forma potenciada de libre competencia” (Ídem).

No obstante, el hecho que una parte del capital quede inactivo producto de la crisis o bien producto de la organización de la industria son dos cosas distintas. “Una significa una interrupción provisional y la otra una destrucción directa” (Ídem). De cualquier manera, en ningún lado está escrito que un capital devenido excedente en un sector de la producción deba ser empleado solamente en ese mismo sector. “Aquí, para variar, se supone que el número de los sectores productivos sea una magnitud fija establecida de una vez para siempre, lo cual nuevamente contradice la realidad” (Bernstein, 1982, p. 177).

Otra objeción luxemburgiana remite al hecho de que los cárteles no pueden controlar la anarquía de

producción porque los empresarios que lo componen obtienen el aumento de su tasa de ganancia en el mercado interno “(...) operando de manera que la porción de capital que no puede ser empleada en este, produzca para el exterior a bajísima tasa de ganancia” (Bernstein, 1982, p. 179). Esto conduciría, por tanto, a una anarquía en el mercado a nivel internacional.

Sin embargo, nos advierte EB, esta “maniobra” funciona donde existe un arancel proteccionista que le permite al cártel tantas ventajas que hace imposible que el país extranjero pueda “retribuirlo con igual moneda” (Ídem). El ejemplo para demostrar esto es de la industria azucarera, el cual toma de la misma Rosa. Pero aquí se analiza un caso de forma potenciada de arancel proteccionista, o sea, donde se dan premios o incentivos a la exportación, el que ha generado todas estas dificultades. EB explica que contra esta forma potenciada de arancel han surgido, paradójicamente, protestas en los países beneficiados y no en los perjudicados. Un caso de estos países perjudicados por la ausencia de protección es justamente Inglaterra. Allí, la competencia premiada, perjudicó a los refinadores de azúcar. Pero este perjuicio es mucho menor que el estimado. El punto es que, si bien el nivel de producción inglés no aumentó tanto como en otros países, al final estas reducciones fueron compensadas con la apertura de otros productos derivados de la azúcar, como dulces: “(confituras, frutas acarameladas, almibarradas)” (Ídem). Los trabajadores en la refinería de azúcar no disminuyeron, pero en cambio aumentaron los trabajadores empleados en los nuevos sectores dulceros. Lo que conlleva a decir que la situación obrera mejoró pese a la situación.

Con todo esto resalta que no es que quiera negar los efectos negativos del proteccionismo. Y pese a que lo ha hecho todo el tiempo, dice que no pretende hacer apología a la asociación de empresarios. Comenta que en el fondo está convencido que:

“en las naciones industriales modernas donde los cárteles y los trust son sostenidos y fortalecidos mediante aranceles proteccionistas, estos últimos están destinados efectivamente a convertirse en factores de crisis para la industria en cuyo seno nacen- y si no de inmediato, en todo caso finalmente para el país protegido” (Bernstein, 1982, p. 180).

Sin embargo, y este es supuestamente su aporte, lo que pretende es saber hasta qué punto los pueblos pueden o van a soportar esta dinámica económica. A fin de cuentas, el proteccionismo lo entiende como una medida del poder político sobre la economía. Pero, es muy distinta la situación que se deriva de la asociación empresarial porque deviene “como un medio connatural de *adaptación* de la producción a las fluctuaciones del mercado” (Ibídem).

Ciertamente el cártel puede convertirse en un medio monopólico, pero también puede reducir la sobreproducción. Por lo menos hacerle frente, según resalta. El cártel puede limitar la producción cuando haya una saturación del mercado, cosa que no haría ninguna empresa privada particular. Esta última no tendría la fuerza para paralizar la producción y salir indemne. También el cártel puede confrontar y competir con el mercado desleal que provenga del exterior. Esto quiere decir que la organización económica –así, por vía empresarial- es más provechosa para la sociedad que el caos del libre mercado. En consecuencia, el cártel podría ser un medio para atenuar la crisis.

Sea como fuere, como en el marxismo se ha sostenido la conjetura de que las crisis por venir son “repeticiones acentuadas de las crisis de 1825, 1836, 1847, 1857, 1873” (Ídem). Es decir, que estos cismas hacen parte de los periodos cíclicos de crisis. Por eso se estima como consecuente que las próximas crisis sean inexorables, porque harían parte de la

anatomía propia del capitalismo. Pero, y esto es lo que no podemos obviar del argumento revisionista, no hay evidencia que demuestre que las crisis en ciertas ramas de industrias coincidan con otras ramas como para decir que hay una crisis a nivel general. En su actualidad, según argumenta, las crisis de industrias particulares no influyen en el conjunto de las demás industrias “(...) con esto queda eliminado otro factor de la gran crisis general” (Bernstein, 1982, p. 181).

Después de esto, cierra el artículo recopilando lo siguiente. Es cierto que en la sociedad moderna, producto del desarrollo capitalista, la capacidad productiva es mucho mayor que la capacidad de consumo. Mientras existe una abundancia de mercancías, en virtud de la sobreproducción, la sociedad carece de ellas y las inmensas mayorías viven en medio de la desposesión. Y también es cierto que de esto resulta “una gran irregularidad en la ocupación de los obreros” (Ídem). En tanto unos viven en situaciones precarias –bajos salarios e inestabilidad–, otros son arrojados a la desocupación. Todo esto es cierto. Pero para él uno de los mejores medios para confrontar esta situación lo constituye justamente los cárteles. Pues, aunque estos pueden adquirir formas de asociaciones monopólicas, también “sirven” para adecuar y regular tanto la producción, como los precios, el mercado y reglamentar la competencia. Por tanto, hay que “advertir las posibilidades de los carteles y los trust, en lugar de hacer profecías sobre su impotencia” (Íbidem, p. 182).

Al final queda claro que para el revisionismo lo relevante no es pensar en los efectos negativos de los monopolios sino hacer énfasis en su impronta “positiva”. Convivir con el mal, buscando siempre sus efectos menores. En síntesis, no importan las contraindicaciones que se manifiesten en el organismo a partir de la ingesta del supuesto remedio formulado contra la enfermedad. Lo importante es curarse de las

dolencias. Aunque después de todo el remedio agudice el malestar y termine por matar al paciente.

## **Tareas y posibilidades de la socialdemocracia**

Entramos ahora al cuarto y último capítulo de este libro. En el primer acápite de este segmento, *Los supuestos políticos y económicos del socialismo*, parte por interrogar qué es lo que se entiende por socialismo. Es acaso un “estado de cosas, o un movimiento, una teoría o un objetivo” (Bernstein, 1982, p. 183). De las múltiples acepciones, se inclina por la siguiente definición: “(...) un movimiento hacia un ordenamiento social asociativo” (Ídem). Ahora bien, ¿cuáles son esos requisitos para llegar al socialismo? Desde la óptica utopista, dos. El primero, bajo el desarrollo moderno capitalista, tiene que ver con el predominio de la gran industria, de la empresa centralizada. A mayor organización social en la producción, mayor posibilidad de dirigir socialmente los destinos humanos. Es decir, este requisito refiere al: “(...) determinado nivel de desarrollo capitalista” (Íbidem, p. 184). El segundo requisito remite al ejercicio del poder de los proletarios, en cabeza de su partido político. Este ejercicio del poder no será otro que lo que en clave marxista se conoce como la *Dictadura del proletariado*.

Contra estos supuestos postula lo siguiente: Primero, como ya lo hemos visto en páginas anteriores, no cree que haya un predominio de la gran empresa. Ni a nivel industrial, ni comercial ni muchos menos a nivel de la agricultura. Aunque van creciendo las grandes industrias, persisten las pequeñas y artesanales formas empresariales. Recordar que su tesis es que, en el capitalismo moderno, la gran y pequeña industrias coexisten debido a la “progresiva diversificación de las empresas” (Íbidem, p. 185). Luego entonces, si esto es así, está muy lejos de cumplirse este requisito. Quiere decir que el socialismo está bastante distante.

Frente al segundo requisito, el de la toma del poder por parte de los proletariados, expone que existen solo dos vías, a saber: la democrática-parlamentaria y la vía revolucionaria. Cabe subrayar que en un pie de página impugna la palabra *revolución* por creer que ella remite a la *insurrección* y a la *violencia ilegal*. Y como detesta el camino revolucionario, nuestro pensador propone cambiar esa palabreja endemoniada por la de *transformación social*. En esto coincide el revisionismo con muchos programas de partidos políticos comunistas que desde hace rato hicieron la sustitución nominal. De hecho, muchos ahora resaltan, en concordancia con el escritor alemán, la noción de *reformas*. Y, para evitar la vergüenza política en la que han caído, le ponen el apellido de *profundas*. Por tanto, esta noción de *reformas profundas*<sup>44</sup> es una muestra más de lo herencia revisionista que los acompaña.

Pero volviendo al texto, arguye que la vía revolucionaria que tomó Marx como ejemplo se remonta a la época del terror francés (1793). Pero, como hemos reseñado, la considera como una vía inadecuada, como un absoluto fracaso. Especialmente porque la dictadura del proletariado deviene impotente una vez se supera el terror. “Una vez agotado este, como tenía que agotarse, fue el acabose total para su dictadura” (Bernstein, 1982, p. 187). Quiere decir que si se repite ese camino revolucionario, esta vez comandado por el proletariado moderno, probablemente se repita el mismo fracaso.

En todo caso, ¿qué es el proletariado moderno? Para muchos es el cúmulo de los desposeídos. Son aquellos que no tienen más que sus cuellos y su fuerza de

---

44 En efecto la noción de reformas profundas hace parte del campo revolucionario y refieren a cambios estructurales. Pero esta idea, en la versión reformista, realmente apunta a pequeñas victorias y enmiendas que quieren hacer pasar como estructurales.



trabajo para subsistir. Pero, siendo esto así, la categoría proletariado se convierte en una generalidad con poca capacidad política. Es más, EB refuta el supuesto unitario y homogéneo de dicha categoría. Considera que entre los explotados, por cuestiones de estratos sociales y por diferencias de ingresos, no se da una supuesta solidaridad o unidad de lucha. Todo lo contrario, priman sus intereses particulares.

Para fundamentar esta idea, expone la situación organizativa de los proletarios en Inglaterra y en Alemania. En el primer caso sostiene que este movimiento obrero, prevalido de mayor libertad de asociación, tendía siempre a reivindicar sus intereses particulares. Por ende, las causas generales y colectivas, como las revolucionarias, no les despertaba ninguna simpatía.

En Alemania, producto de la represión, probablemente hubiera mayor cohesión en la lucha general. Sin embargo, incluso en este país, las diferencias materiales entre los trabajadores fragmentaban sus luchas. Es decir, a pesar que todos son obreros asalariados, los modos de vida y la capacidad adquisitiva de cada uno establecen sus propósitos políticos. Por tanto, por más que haya un supuesto contingente de explotados, mucho mayor que el de los explotadores, su consciencia no responde ni va a responder a la causa del socialismo. Algunos de los obreros “acomodados” se identifican mucho más con los patrones que con sus compañeros de clase.

Esto que señala puede ser cierto. Si el sujeto histórico hubiese adquirido consciencia de clase para sí, la revolución hubiese triunfado en todo el mundo desde hace rato. Pero olvida que las diversas formas de alienación social, ideológica y política están en combate permanente por colonizar a los de abajo. Y que, contra estas formas de dominación, el papel del Partido consiste en rebatirlas. Desmontarlas y



destruirlas. Por eso, en buena medida, los movimientos revolucionarios son organismos educativos, pues su labor tiene que ver con explicitar la realidad en la que viven los desposeídos y hacerlos conscientes de su explotación. De esa manera sería posible organizar a los marginados para combatir al capitalismo.

Desde luego esta última idea no la acepta el revisionismo. EB cree que el trabajo de la organización política consiste en conseguir votos para que unos adelantados tramiten las reformas que se requieren. Da igual si son conscientes o no de su explotación y si participan o no de la *transformación social*. Con tal que voten es suficiente. Por eso es que toma las tendencias electorales como referencias para medir la aceptación de los trabajadores a la causa de la socialdemocracia. Es decir, si tienen 10 votos quiere decir que 10 voluntades están por el cambio social. Y si la votación total en favor de la socialdemocracia no corresponde con el número total de obreros, entonces las mayorías explotadas estarían con la reacción. Pero ¿qué pasa con los que no creen en el proceso electoral y se abstienen, son reaccionarios o en qué campo de consciencia política se ubicarían?

Como parece que es un cálculo bastante ligero, del cual creo se percata, finaliza esta parte del trabajo diciendo que, de todas maneras, aún si se logra la revolución, estos nuevos administradores del Estado notendrían ni idea de cómo dirigir la sociedad. Además, el Estado no estaría en capacidad de encargarse de toda la producción y la distribución de los ingresos, "(...) no podría ni siquiera encargarse del conjunto de establecimientos medianos y grandes" (Bernstein, 1982, p. 192). Ni las comunas<sup>45</sup> podrían siquiera dirigir la economía. Ni siquiera municipalizando y reduciendo en pequeñas partes la sociedad. El único medio que

---

<sup>45</sup> Recordar que estas las entendía como entidades intermedias de la organización estatal.

pudiera tener esta capacidad es la cooperativa obrera. La cual se encamina a analizar en el siguiente acápite.

En *La capacidad económica de las cooperativas* comienza por referirse al debate sobre el alcance o utilidad de las cooperativas para la política socialista, sobre todo porque algunos argumentaban que, en el marco del capitalismo, no se podría desarrollar cooperativas socialistas. De hecho, muchas de ellas reproducen los mismos vicios del capitalismo. Pues bien, contra esta idea, reivindica a las cooperativas como paso previo a la colectivización de la propiedad<sup>46</sup>. Sin embargo, para él la cooperativa de consumo tenía más futuro, por sus posibilidades de sostenimiento, que la cooperativa de producción. En términos muy breves, voy a depositar sus argumentos.

Muchos se oponían, para la época, a las cooperativas de consumo. Sobre todo, porque consideraban que estas no eran socialistas sino demasiado “burguesas”. Las únicas cooperativas que interpelaban la producción capitalista eran las cooperativas de producción, por ser la antítesis de la empresa privada e individual. Sin embargo, él decía que: “(...) la cooperativa de producción industrial constituida sobre estas bases no da y no es capaz de dar esa demostración: que es la forma más desafortunada de trabajo cooperativo” (Ibídem, p. 195). El problema era que casi todas fracasaban.

Algunos socialistas atribuían este fracaso a la

---

<sup>46</sup> Resaltar que este autor da un espaldarazo tácito a las sociedades por acciones, a los gremios capitalistas, o a los sindicatos de empresarios, por creer que estas formas organizativas iban colectivizando la propiedad. No era cierto que en el capitalismo desarrollado se redujeran los propietarios, como lo sostiene el marxismo, sino al contrario: la clase capitalista se va incrementando. El incremento de propietarios significa, en su visión, la paulatina socialización de la riqueza.

carencia de capital, de crédito y del mercado de salida suficientes. Y sostenían que, ante la dinámica capitalista, no tenían la capacidad de competir. Pero, EB creía que estas razones eran meras excusas porque si tuvieran el mismo capital de las empresas privadas podría sobrevivir sin problema. Por eso, su bancarrota gravitaba en la incapacidad de administración obrera, esto es: en la precaria organización y en su pésima dirección. En la creencia según la cual el desarrollo y crecimiento de la empresa significaba privilegio y aburguesamiento. En cambio, la cooperativa de consumo devenía próspera. Era:

“(...) una fuerza económica real y un organismo con grandes capacidades de dirección y desarrollo (...) los talleres fundados por las cooperativas y dirigidas por cuenta de ellas producen ya ahora cantidades de bienes cien veces superiores a las producidas por las cooperativas exclusiva o casi exclusivamente productivas” (Ídem).

Sobre el fracaso de las cooperativas obreras, tomando como referencia los estudios de varios estadistas, muestra que al final estas organizaciones, por más que sean dirigidas por obreros, no pueden ser socialistas de buenas a primeras. En todas se impone el sentido de la rentabilidad individualista. Algunos creen que se rigen por la igualdad de funciones entre los integrantes. Pero entre ellos hay diferenciación de roles. Hay administración y hay subordinación. Si se mira bien, estas formas organizativas se enfrentan a un dilema: O eliminan la igualdad y, en aras de la rentabilidad, van reproduciendo las mismas jerarquías y funciones de las empresas privadas. O mantienen la igualdad entre sus miembros renunciando a la expansión y el crecimiento de la empresa. Aquí cabe decir que EB parte del supuesto que la igualdad significa quiebra empresarial. Es decir, solo las empresas capitalistas, con su estructura organizacional, son rentables. Las

demás no. Su sesgo lo lleva a sostener que las empresas obreras, en forma de cooperativas, deben acomodarse al desarrollo capitalista *so pena* de fracasar y sucumbir a formas económicas premodernas o precapitalistas.

EB introduce una diferenciación entre cooperativas de compra y de venta. La primera es de aprovisionamiento. La segunda es de enajenación. Según lo que postula en esta parte del documento, las cooperativas de vendedores son las que más tienen conflictos y, por tanto, son las más susceptibles de fracasar. La de compradores son más boyantes. Con este registro, una buena cooperativa de consumo tiende a ser una cooperativa de compradores.

De cualquier manera, el debate profundo de las cooperativas tiene que ver con el tema de la administración, el de la igualdad y el de la democracia de los integrantes. Para él habría que priorizar en la buena administración y gerencia. Y no en las otras variables. Dirigir una empresa implica conocimiento y toma de decisiones. Si somete a escrutinio cualquier tipo de movimiento empresarial se estanca su desarrollo. Quiere decir esto que parte de la idea de que el obrero raso es un autómatas que no tiene ni idea de cómo hacer prosperar el sector en el que trabaja.

A fin de cuentas, su tesis revisionista tiende a señalar que no se puede cambiar de golpe la estructura de la sociedad capitalista. Si una cooperativa distribuye sus ganancias entre los obreros cae en bancarrota. Y no puede expandirse. Es decir, los cambios abruptos en las empresas producen estancamientos y ruinas. Por eso la llegada del socialismo, incluso de la mano de las cooperativas, implica un largo proceso. De hecho: "No es posible establecer cooperativas vitales o imponerlas por decreto; deben crecer espontáneamente. Y crecen únicamente donde el terreno está abonado" (Bernstein, 1982, p. 199).

Ahora bien, ¿cómo se abona ese terreno? Sin lugar a dudas a través de la organización. Así lo muestra con el caso inglés. Allí, gracias a la organización, pese a la falta de cultura del ahorro, la cooperativa de consumo pudo generar muy buenos dividendos. Fue una fuerza económica importante. En realidad, el elogio hacia este tipo de cooperativa es que deviene:

“(...) instrumento mediante el cual la clase trabajadora, sin destruir directamente a nadie y sin recurrir a la violencia –que después de todo no es tan simple, como se ha visto-, puede acaparar una parte considerable de la riqueza nacional que de otra manera serviría para acrecentar o reforzar la clase de los poseedores” (Ídem).

Finaliza esta temática haciendo una referencia a las cooperativas agrícolas, mostrando cómo ellas pueden ser competitivas en relación a las grandes empresas del campo. Bien administradas pueden ser la punta de lanza del proceso pacífico de socialización de la tierra.

Ya se tiene bastante claro que a EB le abruma cualquier situación que lleve a la confrontación o la lucha. Por eso apela a mecanismos pacíficos, que se adapten al sistema y lo vayan de a poco transformando. Este medio expedito lo constituye la democracia. Por eso el siguiente acápite lo titula como *Democracia y socialismo*. Allí reflexiona sobre la relación de estos dos conceptos en dos partes, a saber: i) Democracia y economía. Y ii) El principio federativo de la democracia.

Sobre la relación entre la democracia y la economía, vista en esta primera parte del acápite, lo primero que hace es encarar la discusión sobre el antagonismo capital-trabajo. Analiza si el aumento de los salarios implica, necesariamente, una reducción en la tasa de ganancia para los capitalistas. Para él no necesariamente debe ser así puesto que si se suben

los salarios se pueden subir, al mismo tiempo, los precios de los productos. En este caso: "(...) no solo no disminuye la tasa de ganancia, sino que en muchas ocasiones puede aumentar proporcionalmente" (Bernstein, 1982, p. 214).

Aquí la idea central es que se supone que la lucha de los obreros por aumentar sus salarios tiene que ver con la reducción de la tasa de ganancia. Lo mismo pasa con la lucha por la reducción de la jornada laboral. Pero esta situación, de aumento o reducción, a fin de cuentas, es indiferente para la sociedad. Lo que realmente les interesa a los obreros son los buenos salarios. Y a la gente, en tanto consumidores, es conseguir precios bajos. Este argumento en realidad muestra que le preocupa defender la estructura de la sociedad y al "empresariado". Si se baja mucho la tasa de ganancia, en beneficio de los salarios de los trabajadores: "(...) puede significar para el país interesado la pérdida de esta industria y su traslado a otros países en los que los salarios son muchos más bajos y las condiciones de trabajo mucho peores" (Ibídem, p. 215). Por eso, en clave de este planteamiento, los trabajadores deben establecer muy bien sus reivindicaciones ¡Hay que cuidar la mano del que da de comer!

De esto se deriva la importancia de la democracia en la economía. Hacer que los polos opuestos se puedan armonizar. Su política conciliadora se reduce a esto: ayudar al empresariado a salir adelante garantizando la modernización de la industria y una buena remuneración salarial para los trabajadores. Para eso juegan un papel importante los sindicatos, pues estos son como una especie de representantes y negociadores de la clase obrera. En sus palabras, los sindicatos: "Representan el elemento democrático de la industria. Tienen la tendencia a destruir el absolutismo del capital y a lograr para el trabajador un influjo directo en la dirección de la industria" (Ibídem, p. 216).

Ahora bien, ¿cuál sería el papel de los sindicatos en la lucha hacia el socialismo? Para EB, invocando a los teóricos ingleses de las *Trade Unions*, los sindicatos son “órganos indispensables de la democracia” (Ídem). Pueden participar en la dirección de la industria, pero limitadamente. Si ellos se hacen al control de la industria, como patrones, pueden devenir monopolios perniciosos para el mismo socialismo. Y generarían un impacto negativo en la misma democracia.

Aquí vale la pena hacer una mención a lo que entiende por democracia. La idea de democracia como “gobierno del pueblo” se le hace bastante vaga, por lo que empieza a conceptuarla negativamente. La primera idea que nos arroja es la de democracia como “ausencia del dominio de clase”. En ese registro, ninguna clase puede estar por encima de otra. Ni siquiera los obreros por encima de los explotadores. Con esto se torna más clara su aversión contra *la dictadura del proletariado*.

Si esto es así, uno de los presupuestos de la democracia es la representación jurídica de todos los ciudadanos. La vinculación de sus representantes en las instituciones del Estado. Al mismo tiempo se entiende que una sociedad es democrática si representa la idea de la *igualdad de derechos* ante la ley. Por consiguiente: “A medida que la igualdad se convierte en el clima natural y domina la conciencia general, la democracia se convierte en sinónimo de máximo grado de libertad para todos” (Bernstein, 1982, p. 218).

Según EB, en una sociedad democrática se requieren leyes que garanticen la igualdad jurídica. Y es democrática aquella sociedad que permite “el voto de la mayoría que decide y le exige a cada uno que reconozca la ley votada por la mayoría” (Ídem). Es decir, esta versión de democracia es una reivindicación a su modalidad estrictamente sufragista. Democracia en su modalidad representativa y electoral. Cree que a través



del voto las mayorías van a expresar sus demandas y todos van a respetar sus resultados. Así se pondría en cintura al despotismo del capital y la opresión de unos sobre otros ya que ninguna sociedad democrática:

“(...) hará ley alguna que atente permanentemente contra la libertad personal, ya que la mayoría de hoy puede convertirse en cualquier momento en la minoría de mañana y entonces cualquier ley perjudicial para las minorías afectaría a los miembros mismos de la mayoría temporal” (Ídem).

Con esta idea devela su perspectiva despolitizada o acrítica de la democracia. Considera que, en aras del bien común, los antagonismos de clase se van a neutralizar a través de sus instituciones. Con la democracia se evita la violencia y los disensos de la sociedad se pueden tramitar civilizadamente. Por lo tanto, la lucha por la democracia es un objetivo de alto valor para el revisionismo. Como él mismo lo dice “La democracia es al mismo tiempo un medio y un fin. Es un medio para la lucha en pro del socialismo y *es la forma de realización del socialismo*” (Ídem, el subrayado es mío).

Luego entonces, se torna claro el sentido bernsteiniano de los partidos comunistas que reemplazaron la idea de la revolución por la de la democracia. Junto a él, la izquierda actual cree que la democracia es un campo neutral desprovisto de intereses de clase. Por eso su objetivo fundamental, medio y fin de su lucha, es “alcanzar” la democracia.

Siguiendo el legado de EB, aunque de manera vergonzosa, la actual izquierda persigue la “ausencia de dominio de clase” o la “reconciliación entre todos los compatriotas o hermanos”, o sea, la renuncia a la lucha de clases. Luchan por la igualdad jurídica, es decir, por una ficción contractual de derechos que



no se patenta en la vida real de los seres explotados por el capitalismo. Y al final todos sus empeños se reducen a la cuestión representativa, que no es más que convertir en nuevos reyezuelos a los elegidos en las urnas. Suponen que el derecho al voto le da participación y control de la sociedad a la gente. Creen que ubicando a los representantes de los oprimidos en las instituciones del capital, se van a reducir los embates del sistema económico. Y creen que una vez en el gobierno, o en el parlamento, se pueden mejorar sin traumatismos la vida de todos. Sin desmedro de los poseedores ni en detrimento de los desposeídos.

Con todo, EB argumenta que el objetivo es el de transitar sin violencia de la sociedad capitalista a la socialista. Por ende, no se trata de destruir lo existente. Se trata de *construir sobre lo construido*. La lucha es contra el capitalismo y no contra el burgués, si se entiende por burgués al ciudadano privilegiado. Su aspiración es que todos tengan los mismos privilegios. La lucha no es contra la sociedad civil, sino contra formas desmesuradas que atentan contra los derechos de los ciudadanos. ¡Edificar una sociedad más humana!

Hay algo curioso en esta parte de la disertación de EB. Su elogio por el liberalismo como doctrina económica y filosófica. Lo ha hecho entrelíneas todo el tiempo, pero acá lo hace sin cortapisas. Parte por decir que la democracia no es más que una forma política del liberalismo y que de este “(...) el socialismo es el heredero legítimo, no solo desde el punto de vista cronológico sino también desde el punto de vista de su contenido social” (Ibídem, p. 223). EB asume que el socialismo siempre ha puesto por delante la lucha por la libertad personal. Argumenta que, por ejemplo, la lucha por disminuir la jornada laboral es una lucha por aumentar la libertad de los trabajadores. Pero la libertad por sí misma no es suficiente. Por eso su complemento socialista tiene que ver con la responsabilidad. Esto último viene a ser como una

norma ética que se autoimpone el ciudadano libre para socorrer a los menesterosos. En síntesis:

“El liberalismo tenía como tarea histórica la de derribar los obstáculos que la economía cerrada y sus correspondientes instituciones jurídicas de la edad media habían levantado al desarrollo ulterior de la sociedad. El hecho de que haya asumido en un primer momento la forma de liberalismo burgués, no obsta para que sea el portavoz de un principio social general mucho más amplio, cuya realización será el socialismo. El socialismo no puede crear un nuevo sistema cerrado, de cualquier tipo que sea. El individuo debe ser libre – no en el sentido metafísico en el que sueñan los anarquistas, es decir, libre de todo compromiso de la comunidad- sino libre de toda constricción económica en sus movimientos y en su elección profesional. Esta libertad para todos sólo puede lograrse por medio de la organización. En ese sentido, se podría definir al socialismo como un liberalismo organizador” (Bernstein, 1982, p. 225).

Si esto es así, un revisionista en esencia es un liberal. Por eso, se puede afirmar que los partidos bernstenianos, de la izquierda institucional, no son comunistas, aunque lleven ese nombre. Son simple y llanamente partidos liberales, así algunos prediquen de dientes para fuera el marxismo. Y adornen sus logos con la hoz y el martillo. En sentido estricto buscan la conjunción de la sociedad, es decir, la unidad<sup>47</sup> y no la división, el antagonismo o la lucha de clases.

---

*47 En Colombia muchos hablan de convergencia, pacto nacional e histórico sobre las necesidades fundamentales de la sociedad como ideas para llegar “unidos” a las elecciones.*

Después de estas ideas, trabaja la segunda parte del acápite: *El principio federativo de la democracia*. Palabras más o menos, argumenta en favor de crear entes territoriales o locales de autogobierno que limiten la burocracia del poder centralizado. Esto lo dice no para fomentar la democracia directa y la organización de “los de abajo”, sino para dar libertad de organización y de empresa a las distintas unidades administrativas. En consecuencia, a nivel de la producción, plantea una suerte de economía mixta. Es decir, junto a la propiedad pública y las cooperativas deben existir las empresas privadas que jalonen el desarrollo social.

Le preocupa que se afirme una apropiación exclusiva de los medios de producción por parte de los obreros, pues se caería en un simple poder distribuidor de la riqueza. Dictatorial y terrorista, como lo proponía la táctica blanquista y el *Manifiesto Comunista*. Como ese programa es anacrónico, se trata que la administración centralizada otorgue poder a las “municipalidades” para ampliar las libertades comunales e individuales. Las comunas, entendidas como entes territoriales o regionales, se vuelven entonces una palanca en favor del socialismo.

Se debe subrayar que las comunas no son entes autónomos, tienen responsabilidad para con la nación y el poder central. “Los bienes nacionales, los bosques, los derechos fluviales, etc., pertenecen en última instancia a la nación y no a las comunas o a las regiones que son simples usufructuarios” (Ibídem, p. 229). En todo caso, aspira a que con el tiempo estas tengan mayor poder. Mayor autonomía. Para ir reduciendo el poder centralizado y sus peligros burocráticos.

EB reconoce que estas aspiraciones se basan en supuestos, postura que contraviene las tesis de un defensor del realismo político. A ciencia cierta desconoce si las comunas podrán frenar los desafueros de la administración central. Y omite la

capacidad administrativa de las comunas. Aunque, como consuelo, pone el ejemplo de los sindicatos y su experiencia directiva. Los sindicatos son como pequeñas comunas que van mostrando cómo podría ser, en sentido ideal, el decurso del autogobierno.

Más allá de esto, el revisionismo plantea que, independientemente de cómo se vayan desarrollando las comunas, es claro que ellas no pueden tomar el control inmediato de la producción y de la economía. Se requiere de un proceso largo y paulatino para ir adecuando la transición. Por tanto, hay que desincorporar las ideas socialistas de la expropiación.

En síntesis, la lucha por la democracia pasa por crear entes autónomos a nivel político y económico para ir “empoderando” a la gente. Este va a ser el proceso seguro hacia el socialismo. Un proceso civilizado, sin violencia. Por etapas y gradualista. Un proceso que une a la burguesía y a las distintas clases en función de una causa común y general. Los explotadores se convertirán en aliados de los oprimidos si se les plantea que el tránsito del capitalismo hacia el socialismo: “(...) no se trata de una expropiación general, simultánea y violenta, sino de una gradual disolución legal y organizada” (Bernstein, 1982, p. 231). No se trata de destruir las instituciones al servicio del capital, se trata de desarrollarlas. Moderarlas y humanizarlas. Y el medio más expedito para lograrlo es la democracia. “Dicha evolución democrática nos ayuda a sustituir gradualmente la lucha de clase con la difusión de la democracia social” (Ídem).

Entramos ahora al último acápite de este cuarto capítulo, a saber: *Las tareas inmediatas de la socialdemocracia*. Aquí traza una especie de programa mínimo para el partido político. Como una suerte de reivindicaciones políticas para encaminar su acción. Para mayor ilustración, las voy a enumerar:

1. El problema de la defensa, política exterior y la cuestión colonial.
2. La cuestión agraria.
3. La política cooperativa.
4. La política comunal.

Frente al primer punto. Parte por decir que hay diferencias en el desarrollo de cada nación. A pesar que los partidos socialistas en todas las naciones tienen similares postulados, se van desenvolviendo premisas alrededor de sus propias realidades. Pero pensando sobre los postulados generales, aplicables a cualquier contexto y país, considera a la democracia como una pieza inamovible. Sin democracia, arguye, no es posible el socialismo. Especialmente porque la democracia es la que permite dotar de derechos políticos y civiles a los obreros. O sea, todos los partidos socialistas deben plantear como punto inicial la lucha por la democracia.

Pasando esto, empieza a reflexionar sobre algunos puntos del programa de Erfurt<sup>48</sup>. Uno de ellos tiene que ver con la defensa de la patria una vez alcancen el gobierno. Allí se consignan unos cambios importantes en el lenguaje y en la concepción militar. El debate consistía en si milicia popular o ejército permanente. Pero él propone que es mejor llamarlo ejército gubernamental o popular. El cual, políticamente, esté al servicio del bien general. Ya en términos técnicos, un ejército implica mayor profesionalismo que una simple milicia. “Con una adecuada preparación de la juventud en la defensa y con la eliminación de los residuos de la herencia del fetichismo militarista se puede reducir considerablemente el periodo de

---

<sup>48</sup> Programa de la socialdemocracia alemana aprobado en 1981. Se llamó así porque Erfurt fue la ciudad donde sesionó el Congreso del partido. Se debe aclarar que este texto fue redactado por Kaustky y Bernstein.

reclutamiento sin perjuicio del potencial defensivo de la nación” (Bernstein, 1982, p. 236). Con esta idea, no solo piensa en la reducción de las fuerzas militares sino además está pensando en la humanización del ejército. Cree que ellos pueden estar al servicio de la nación y no del capital. De la patria, de los derechos humanos y no de la represión. Y que esto se podría ir generando en la medida que se vayan cambiando democráticamente las concepciones de esta institución. Lo mismo sostienen los bernstenianos contemporáneos cuando argumentan que al cambiar la doctrina militar se modifican las apuestas despóticas de la institución castrense.

Con estas valoraciones también se leen sentencias en favor de la defensa de la patria. Ideas que podrían derivar en un chovinismo decadente. O un nacionalismo pernicioso. No obstante, según él, esto no implicaría menguar el internacionalismo proletario, pues, al final, el movimiento nacionalista se volverá socialista. De hecho, algunos plantean la tesis de la nacionalización del suelo, en aras de luchar contra la injerencia extranjera, en lugar de la socialización del mismo. Esto significa que, aunque su posición es la de la paz, en caso de conflictos con otras naciones, reivindica el derecho de salvaguardar los intereses de la patria y defender su territorio. En consecuencia: “el internacionalismo no puede ser pretexto para una dócil condescendencia con las pretensiones de los intereses extranjeros” (Ibídem, p. 238).

EB supuso que los conflictos bélicos a nivel internacional serían cada vez más escasos. Aunque, paradójicamente, tiempo después estalló la primera guerra mundial. Una guerra de rapiña entre las potencias, por la repartición de territorios, que involucró a los alemanes. De todas maneras, en su vena patriótica, proponía desatar una política imperial como medida para salvaguardar los propios intereses de la patria. Anexionar un territorio significaba evitar

que otra potencia lo apropiara. Por eso se ubica dentro de los defensores del colonialismo como apuesta de una política exterior. A fin de cuentas, los intereses de la patria son los bienes supremos.

Entramos al punto dos, la cuestión agraria. El debate que encara acá es cuál debe ser la actitud del partido frente al campesinado. Si se puede o no entablar una alianza con ellos contra el capitalismo. Para él, los intereses de las masas campesinas se acercan más a la de los obreros. Aunque algunos sean propietarios. En esencia, el revisionismo no tiene motivo para afectar su propiedad sobre la tierra. Debe aspirar a tecnificar el campo y mejorar las condiciones del campesinado. Esto es posible solo si, al mismo tiempo, se protege a los trabajadores agrícolas y si se genera mayor democracia en los territorios rurales. Es decir, si se fomentan las comunas agrícolas.

Vale resaltar algo, el apoyo hacia los campesinos es instrumental y pragmático. Lo hace con calculadora en mano. Él mismo dice, con todas las letras, que son una masa enorme y constituyen un elevado caudal electoral. Si se trabaja en función de sus reivindicaciones, ellos van a estar de lado de la política socialista. Y los respaldarán con sus votos.

Al final ubica tres puntos nodales de su política agraria. **I) Lucha contra todos los residuos y apoyos que todavía existen de la propiedad feudal del suelo y lucha por la democracia dentro de la comuna y dentro del distrito.** Es decir, lucha por la modernización del campo. También contra el latifundio. Y lucha por el autogobierno democrático. **II) Protección y alivio de las cargas de las clases trabajadoras agrícolas.** O sea, protección a los obreros del campo. Garantizar derechos. Por ejemplo, eliminación de la servidumbre, mejoras salariales y aceptables jornadas de trabajo, etc. **III) Lucha contra el absolutismo propietario y promoción de sistema cooperativo.** Esto es el pasaje paulatino, por medio de leyes, hacia la colectivización de la riqueza.



La última reivindicación en el campo nos lleva a la parte tres de su programa mínimo: La política cooperativa. Como ya se trabajó este tema, solo voy a resaltar su idea: que las cooperativas van a existir y se van a desarrollar independientemente de lo que piensen los socialistas. Por tanto, hay que fortalecer la influencia e incidencia del Partido en las cooperativas de producción, de consumo y las agrícolas. En relación a las últimas: “(...) a la socialdemocracia le corresponde la tarea de señalar por lo menos un camino que ponga a los obreros agrícolas en condiciones de utilizar a su modo el instrumento cooperativo” (Bernstein, 1982, p. 249). Lo propio se debe hacer en el contexto urbano.

Con todo, en sentido cabal, el programa revisionista pide eliminar el sesgo “extremista” contra las cooperativas de consumo. Y, en últimas, ayudar a eliminar las trabas legales y las malas percepciones que se han abrigado sobre el cooperativismo. De lo que se trata es de ayudar a desarrollarlas porque serán un instrumento o herramienta en la que los obreros pueden empezar a administrar, dirigir y organizar lo que sería la nueva sociedad.

La cuarta y última medida de esta perspectiva reformista remite a la política comunal. Parte por decir que algunos perciben como una postura pequeñaburguesa la utilización de las comunas como *palanca* hacia el socialismo. Y, en realidad, la crítica puede ser plausible. Especialmente porque el autor no piensa en desarrollar las comunas en clave de *poder local* o *territorial*. O como formas de democracia directa, sino como subsunción de los territorios a las instituciones del Estado. Esta política se despliega no para generar soberanía en los oprimidos, sino para formar plantel electorales que ayuden a conseguir los votos que se requieren para el parlamento. Esto se ve claro cuando hace hincapié sobre los representantes comunales. Muy parecido a la actualidad. Si se hiciera un parangón con los bernstenianos contemporáneos,



estos hablan de poder local pensando sólo en las elecciones de juntas de acción comunal, ediles y etc. A eso se reduce su política “comunal”.

El programa de Erfurt pedía para las comunas “autodecisión y autogobierno del pueblo en el Imperio, en el estado, en la provincia y en la comuna, elección popular de los cargos públicos” (p. 251). O sea, centraba el debate en pedir sufragio universal para todas las elecciones, generales o locales. Es decir, lucha por la democracia electoral. Ideas que comparte plenamente EB. Pero quizá sus faltas radicaban en que no se establecían las relaciones jurídicas entre estos distintos entes.

El problema que encuentra es que el programa no planteaba los niveles de jerarquía y autonomía de cada ente. Se sabe que para él la decisión nacional constituye el bien supremo, pero esto no implica menoscabar el desarrollo local. Debe haber una cierta soberanía en las comunas para autodirigirse siempre y cuando no se atente contra el interés general. Por ejemplo, en el caso de la expropiación comunal, este derecho tiene muchas trabas. A nivel nacional se ve atascado por cuestiones político-económicas. Además, por la resistencia que interponen los dueños de la tierra. Por eso: “Una ampliación del derecho de la expropiación debería constituir, pues, una de las primeras reivindicaciones de los socialistas en la esfera de la comuna” (Bernstein, 1982, p. 251). No obstante, resaltar de nuevo que las medidas violentas son inaceptables. En ese sentido, la expropiación debe estar bien regulada y consensuada. Más bien apelando a la confiscación indemnizada en situaciones extraordinarias o de emergencia.

En relación a la cuestión económica, se le debe dar a la comuna “plena independencia de la administración” (Ídem). A nivel local se trata:

“(...) que todas las empresas que tienen

carácter monopolista y tienen que ver con las necesidades generales de los habitantes de las comunas sean administradas autónomamente por la comuna misma y que en lo demás la comuna se dedique a ampliar continuamente la esfera de su competencia” (Bernstein, 1982, p. 252).

Ya en el ámbito laboral, se pide que las comunas generen empleo digno y bien remunerado. Todo acorde a las exigencias de las centrales obreras o sindicatos. Se deben instalar comisiones paritarias de concertación pacífica entre empresarios y trabajadores<sup>49</sup>. Hay que dar “(...) buen ejemplo a los empresarios privados en lo que se refiere a las condiciones laborales y ambientales” (Íbidem, p. 253). Se debe, desde la institucionalidad y legalidad: “garantizar un derecho democrático del trabajo” (Ídem). Pero hay que cuidarse de no generar privilegios que hagan inviable el proyecto empresarial de las comunas. Tampoco se podrá garantizar la atención a los desempleados. Sobre todo, si el nivel de desarrollo no lo permite. Esto último, muestra la postura del revisionismo sobre el asistencialismo

Para terminar esta parte del texto, haciendo gala de su obsesión electoral, insiste en la importancia del sufragio y del parlamento. Dice que el movimiento socialista existe y existiría aún si está fuera del campo parlamentario. Pero al margen de este terreno perdería su fuerza e incidencia. Estar por fuera del plano institucional conlleva a que los partidos socialistas pierdan:

“(...) gran parte de su cohesión interna que une actualmente a sus miembros dispersos,

---

49 En la actualidad son muy comunes las “Mesas de negociación obrera” con los patrones. Teatros en donde los dirigentes traicionan y “venden” las reivindicaciones colectivas. Si quieres sofocar una lucha obrera, instala una mesa de negociación.

adquiriría un carácter caótico y su marcha a pie firme, tranquila e incontenible, se vería seguida de saltos hacia adelante acompañados por inevitables fases de retroceso y debilitamiento” (Ídem).

Esta idea da cuenta de la propensión revisionista no solo hacia el fetichismo institucional sino, especialmente, hacia el caudillismo de los representantes. Son los parlamentarios, o los dignatarios de la comuna, los que cohesionan y dirigen los partidos. No sus direcciones internas. Estos individuos son los que hacen “política”. Los demás militantes, sobre todo de base, son los ejecutores de la línea trazada por los que están en los cargos de representación. En consecuencia, el gran aporte de los de abajo consiste en arrimar votos y ayudar a elegir a sus cuadros cada que se presenten las contiendas electorales.

Dicho todo lo anterior, queda claro que este programa propone un camino por etapas, lento, gradualista, civilizado, democrático e institucional hacia el socialismo. Como el orden social no es eterno, sino que va avanzando, desarrollándose en función de una nueva sociedad, se requiere de una organización que interprete y se acomode a estas transformaciones. De un partido que camine al mismo ritmo de la realidad económica y social. Que ayude a reformar pacíficamente, de manera progresiva y paulatina, el estado actual de cosas. Por eso el partido de los socialistas debe ser “*un partido de reformas socialista democrático*” (Bernstein, 1982, p. 255). Esto implica desembarazarse de los conceptos y la fraseología revolucionaria. Por lo mismo y tanto hay que ubicarse en el campo de las reformas. En síntesis:

“Cuando más decidida esté la socialdemocracia a manifestarse tal cual es, más aumentarán sus perspectivas de llevar a cabo las reformas políticas. En política, el

miedo es ciertamente un factor importante, pero se engañan los que creen que pueden lograr todo despertando el miedo. Los obreros ingleses no obtuvieron el derecho de voto cuando el movimiento cartista llevó con el extremo su actitud revolucionaria, sino cuando fue desapareciendo el ruido de los tiroteos revolucionarios y *cuando se alienaron con la burguesía radical en la lucha por las reformas*" (Bernstein, 1982, p. 257).

Se cierra el libro con dos apartados: *Objetivo final y movimiento* y con un *Epílogo*. El último tramo lo omitiré porque considero que es una reconstrucción de su teoría ampliamente explicada. La otra parte la esbozaré, aunque muy lateralmente. Me llama la atención el subtítulo: **Kant contra Kant**. Aunque parezca una disertación filosófica, realmente es un excursus para justificar su tesis polémica donde *el movimiento lo es todo y el fin es nada*.

Parte por criticar la tradición revolucionaria. La costumbre del blanquismo y esas posturas extremistas, violentas y utópicas. Contra la tradición es indispensable el papel de la crítica. Entendiendo por crítica el revisionismo. No quiere decir esto que haya que desdeñar las armas de la crítica y abrigar un dogmatismo pétreo. Lo que pasa es que, usurpando el sentido de ella, intenta justificar su desviación y deslinde de las orillas revolucionarias. Sería mejor que expresara, claramente y con elocuencia, que su visión política nada tiene que ver con el marxismo. Así se evitaría tantas justificaciones.

Me parece notoria la mención sobre la palabra inglesa *Cant*. Que refiere a charlatanería o fraseología, credo político, utilizado por los revolucionarios para mantenerse en la tradición. *Cant* significa: "(...) retórica insincera repetida maquinalmente de manera inconsciente o utilizada con plena consciencia de su

falta de sinceridad, para lograr un objetivo cualquiera” (Ídem). Es decir, el Cant refiere a los demagogos que en su discurso engañan. Pero también a aquellos socialistas que siguen la misma jerga o consignas revolucionarias de manera acrítica. Producto de la costumbre.

Así las cosas, los representantes del Cant son aquellos que no han visto, o no quieren ver, la evolución de la sociedad. Los que creen que debe haber un objetivo final. Pero como EB no cree en esto, se inclina más por los objetivos político-prácticos más cercanos. Los fines “pragmáticos”. Por la inmediatez y la coyuntura. Lo que dé réditos y ayude en el electoralismo. Por eso las acciones, el activismo, las pequeñas victorias, las curules alcanzadas, son el fin de la acción política. No hay un más allá último, no hay una utopía que perseguir.

Como sabe que por estas posiciones algunos lo acusan de abandonar el socialismo científico, responde diciendo que aquella científicidad del socialismo es un mero Cant. Ideas como las de la “situación menesterosa y desesperada de los obreros” son caducas. Anacrónicas y equivocadas. No se corresponden con el desarrollo real del capitalismo moderno. “Un error no merece que se siga conservando solo porque alguna vez lo compartieron Marx y Engels” (Bernstein, 1982, p. 262). Vale recordar que él cree que el progreso capitalista permite el bienestar de todos los seres humanos. Tanto burgueses como obreros cada vez viven mejor. Por tanto, no es cierta la tal desesperación de los obreros como para esperar de ellos el derrumbe de la sociedad y la revolución.

Para EB insistir en lo contrario, o sea en la lucha de clases, en la crisis, en el antagonismo, es recaer en los equívocos del marxismo. Estas ideas deben ser abandonadas. Pero esto implicaría demoler el andamiaje conceptual de Marx, fundamentado con

el método dialectico. Se trata de aceptar que no hay contradicciones violentas entre los antagonistas. No se reducen los propietarios. La riqueza se socializa y los obreros beben también de esa miel. Hay mayores consensos y convergencias. Por ende, la idea de la violencia como vía de lucha queda refutada. La vía es, entonces, la reforma legal.

En este registro, sobre las vías de la revolución, el autor debate sobre la lentitud o rapidez de las reformas legales para llegar al socialismo. Algunos dicen que la vía más rápida es la insurreccional. Pero no siempre es así. Todo depende de las costumbres del pueblo. Es decir, por vía de la reforma se puede andar rápido siempre y cuando el pueblo tenga una cultura democrática y vote bien a sus representantes. De todas maneras, no importa si el camino legal e institucional es lento. Importa que es una vía: “(...) del compromiso, de la transacción con los derechos adquiridos y no el de la destrucción” (Bernstein, 1982, 270).

No obstante, a la larga, para el revisionismo, el camino insurreccional se torna más largo y traumático porque destruye y estanca el progreso social. Se quiebran las empresas. Se pierden las fuentes de empleo. Y toca volver a empezar. Por eso la invocación a la revolución violenta e insurreccional es un mero Cant, mera palabrería y demagogia.

El revisionismo tiene un sesgo y es que cree que el pueblo no está preparado para dirigir una revolución, pero sí para votar bien y hacerlo sin enajenaciones. Ellos no tienen cultura y conocimiento suficiente para dirigir la sociedad, pero sí para discernir entre buenos y malos candidatos. Y entregarles a ellos la tutoría de sus destinos.

Es curioso que un epígono kantiano no invite a los oprimidos al *Sapere Aude*, esto es a tener el coraje de servirse de su propia razón, sino a mantenerse en la

minoría de edad. A que los tutores –representantes y parlamentarios- les digan cómo vivir. Y a que los burgueses les sigan dirigiendo y tutelando su vida económica. Aquí realmente cualquiera podría sugerir un Kant contra Kant. Por falsear el espíritu crítico del filósofo alemán. Puesto que el Kant que invoca es aquel que pueda someter a juicio, llevarlo al tribunal de la razón como en la *Crítica de la razón pura*, al Kant de fraseología dogmática y tradicional. Un Kant que también combata contra Hegel y su método dialéctico. Esto establecería una teoría acorde con el momento histórico.



*Rosa Luxemburgo en su adolescencia*



## II. **Rosa Luxemburgo y la defensa del marxismo.**

*“La sugestión de Fourier de convertir en limonada el agua del mar por medio del sistema del falansteriano fue, ciertamente, fantástica. Pero la idea de Bernstein de transformar el mar de la amargura capitalista en uno de dulzuras socialistas, vertiendo a vasos la limonada reformista, además de ser un dudoso gusto, no cede en fantasía a la otra”.*  
**Rosa Luxemburgo.**

Rosa (RL en adelante) fue una revolucionaria polaca. Una de las figuras más representativas y connotadas del marxismo. Nació el 5 de marzo de 1871 en la ciudad de Zamosc, pequeña ciudad de Lublin controlada por el Imperio ruso. Un territorio en el que sus: “(...) condiciones de vida son precarias y miserables, y el nivel cultural de la población es bajo”<sup>50</sup> (Frölich, 2015,

---

<sup>50</sup> A diferencia de esta versión, Peter Nettl (1974) sostiene que esta región era acomodada. No se vivía tal pobreza, sino que tenía buenas condiciones de vida.

p. 11). Recordando el trabajo emblemático de Marx<sup>51</sup>, estas circunstancias eran mucho más desfavorables para la comunidad judía. De hecho, el mismo filósofo de Tréveris tuvo que padecer, junto a su familia, un sinnúmero de exclusiones por esta condición de ascendencia. A ellos les prohibían el acceso y ejercicio de todas las profesiones. En ese contexto: “(...) los judíos son los perros más miserables y todas las patadas que se dan en lo alto de la pirámide las recibe, en último término, él. Es acosado, intimidado y sojuzgado por un antisemitismo feroz” (idem).

La familia de RL tuvo también que padecer de los embates de esta grosera metáfora. Es más, siguiendo las reflexiones del filósofo Hernán Ouviña (2019), nuestra revolucionaria sobrellevó en carne propia la imbricación de múltiples sistemas de dominación, en tanto judía, polaca migrante, mujer. Además, sufrió una discapacidad motriz.

Pero nada de esto fue un obstáculo para descollar. Nunca asumió la voz casi que confortable de las víctimas. Ni reivindicó el registro identitario de alguno de sus males. Ni se relegó, como le pedía Bebel, a hablar solo del tema de las mujeres. Afirmó, en cambio, su posición de pensadora universal. De revolucionaria integral.

A modo de retrato, según uno de sus biógrafos, se puede describir como una mujer:

“Menuda, sumamente pulcra, consciente de su feminidad. Nadie la vio jamás desarreglada, temprano en la mañana o tarde en la noche; su larga cabellera era peinada cuidadosa pero sencillamente hacia arriba para aumentar su estatura. No había sido una niña bonita

---

<sup>51</sup> Me refiero al texto *Sobre la cuestión judía*. Ver: Marx, K. (1970). *Los anales franco-alemanes*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca S.A.

y nunca fue una mujer hermosa: fuerte, con facciones afiladas y nariz y boca levemente torcidas para indicar tensión. Su apariencia siempre inspiraba respeto, aun antes de que abriera la boca. Sus ojos oscuros revelaban el estado de ánimo del momento, chispeantes en el combate o introspectivamente retraídos, o —si había soportado algo más de la cuenta— nublados por la ira o el aburrimiento” (Nettl, 1974, p. 29).

Una mujer humana, demasiada humana. Aunque fuerte y de carácter incendiario, nunca reparó en sus defectos ni virtudes físicas. “En público, su apariencia era neutra; no la utilizaba para lograr ningún efecto, pero tampoco se dejaba inhibir por ella en ningún momento” (Íbidem, p. 30). En cambio, los ámbitos espirituales merecían todo su cuidado. En varias cartas a Jogiches<sup>52</sup> narraba su anhelo por construir un espacio vital acorde a sus pasiones intelectuales, culturales y artísticas. Se dice que guardaba mucha organización con sus materiales. Libros estrictamente ordenados en su biblioteca y manuscritos sin traspapelar.

“Su departamento favorito fue el del número 58 de la Cranachstrasse en Berlín: la sala roja y la sala verde, el mobiliario viejo, pero bien conservado, las alfombras, la colección de regalos grandes y pequeños que, una vez aprobados por su gusto crítico en primera instancia, eran atesorados para siempre” (Ídem).

---

<sup>52</sup> **Leo Jogiches** (1867 - 1919) fue un marxista y revolucionario lituano. Destacado por su labor política en Lituania, Polonia y luego en Alemania. Por mucho tiempo fue el compañero de vida de Rosa Luxemburgo.

Una vida con tendencias suntuosas. Quiere decir que, pese a los infortunios que sufrían los judíos, Rosa y su familia tuvieron una vida relativamente cómoda. Se dice que su abuelo comerciaba con madera y, en ese rol, pudo viajar, conocer otras culturas y conectar con algunos sectores de la intelectualidad. Pudo brindar a sus hijos una buena educación. Gracias a esto, el padre de RL bebió de las ideas liberales distanciándose de la confesión judía. Pero nunca renegando de su pueblo. Consciente del oprobio que vivían, abrigó el camino ilustrado y una animadversión contra el zarismo. Se dice de Elías Luxemburgo que: “Sus simpatías estaban al lado del movimiento polaco por la revolución nacional, pero no era activo políticamente, sino que se dedicaba a las tareas culturales, favoreciendo especialmente a la organización escolar polaca” (Frölich, 2015, p. 13). Su pasión por la literatura y la poesía probablemente influyeron en la vena intelectual de la hija.

Aunque sería su madre, Line Löwenstein, la encargada de impartirle aquella educación temprana. Máxime cuando, al cumplir cuatro primaveras, quedó postrada en cama por un año. Todo por culpa de un procedimiento médico que le diagnóstico equivocadamente tuberculosis ósea. Este error no sólo le causó una cojera de por vida, sino también produjo sus primeros encuentros con la lectura y la escritura. Parece que a los cinco años ya sabía leer y escribir. Se cuenta que “Envío a una revista infantil sus primeros ensayos literarios” (Ibídem, p. 14).

Se trasladaron a Varsovia cuando RL tenía apenas tres años. La idea de Elías y Line consistía en buscar un buen destino educativo para sus cinco hijos. Se puede decir que la etapa colegial, de la menor de todos, fue bastante enriquecedora. “Es casi seguro que el régimen escolar de la oprimida Polonia la arrastró al camino de lucha que más tarde se convertiría en la razón de su vida” (Ibídem, p. 16).





## 2.1 Las primeras batallas políticas de Rosa.

Aunque en Polonia políticamente predominaba la influencia de los populistas de la *Narodnaya Volya*<sup>53</sup> (Voluntad del Pueblo, en adelante), se inclinó militantemente hacia el partido Proletariado. Este, a diferencia de la Voluntad del Pueblo, se acercaba más a una perspectiva de organización de masas y no a línea de los ataques individuales. Ni a la táctica terrorista ni al heroísmo de un puñado de hombres y mujeres. Proletariado intuyó que: “El más alto heroísmo de unos pocos no puede conseguir lo que las masas deben conquistar por sí mismas: la emancipación” (Frölich, 2015, p. 29).

Proletariado se proclamó como un partido de clase obrera internacionalista. Fue fundado hacia 1882 por Ludwik Warynski<sup>54</sup>. Este era:

“(…) un hombre de personalidad magnética que viajó por toda Polonia (tanto la rusa como la austriaca) y también pasó algún tiempo en Suiza, que en aquel entonces era la sede de la fuerza intelectual de la que se nutrían todos los movimientos revolucionarios de Europa oriental” (Nettl, 1974, p. 52).

Cuenta Nettl que Proletariado se enfocó más en las necesidades económicas que políticas. Cabe subrayar

---

53 Según uno de los biógrafos de Rosa, **Narodnaya Volya** era: “Un movimiento de intelectuales, sin apoyo en las masas populares, ignorante de los procesos sociales, carecía incluso de un programa claro sobre el futuro de Rusia. Un pequeño grupo de hombres que, movidos por una magnánima temeridad, afrontaban el duelo con el absolutismo y pensaban conquistar con sus revólveres y sus bombas la libertad para un pueblo de cien millones de hombres”. Ver Paul Frölich, *Rosa Luxemburgo. Vida y Obra*, p. 29.

54 **Ludwik Tadeusz Waryński** (1856-1889) fue un activista y revolucionario polaco.

que para la época, el Partido del Pueblo Polaco<sup>55</sup> también se disputaba la militancia de la izquierda. Pero lo hacía más hacia una deriva nacionalista. En todo caso: “Las ideas de ambos grupos, Proletariado y Pueblo Polaco, eran embrionarias; uno y otro eran asociaciones de personas con ideas, más que partidos con programas; más aún eran seguidores agrupados en torno a una personalidad individual” (Ibídem, p. 53).

Hubo un hecho importante en el proceso político de la izquierda polaca, a saber: la alianza entre Proletariado y Voluntad del Pueblo, un pacto firmado en 1884. Un acuerdo que sumergió a los polacos en la táctica y las orientaciones de los populistas rusos. Producto de esto, arreció la represión. Máxime después que dirigieron varias huelgas y acciones políticas. A partir del ascenso de la lucha: “El gobierno movilizó tropas contra los huelguistas y, durante los dos años siguientes, la nueva política “dura” de las autoridades dio como resultado arrestos en gran escala” (Ibídem, p. 54).

La represión, en el marco de la lucha de clases, casi que aniquiló por completo a Proletariado. Varios de sus dirigentes fueron encarcelados y otros más fueron ahorcados en plaza pública. El mismo Warynski fue apresado y condenado a realizar trabajos forzados. Murió en cautiverio en el año de 1889.

Por estas razones, hubo necesidad de rehacer el partido y replantear la táctica, así lo reivindicaban varios grupúsculos que seguían ondeando la bandera de Proletariado. Para la época, RL, de apenas quince años, abría sus alas al activismo. Se dice que, desde la época estudiantil, entabló contactos con células revolucionarias en Varsovia. Cuentan que:

---

<sup>55</sup> Partido político fundado por el escritor Boleslaw Limanowski. Esta organización priorizaba en el problema nacional y en la independencia de Polonia más que en la cuestión obrera y la lucha contra el capital.



“En su último año en la escuela era conocida como políticamente activa y se la juzgaba indisciplinada. En consecuencia, no le concedieron la medalla de oro por aprovechamiento académico, a la que era acreedora por sus méritos escolares. Pero la alumna más sobresaliente en los exámenes finales no solo era un problema en las aulas; para entonces era, de seguro, un miembro regular de las células subsistentes del Partido Revolucionario Proletariado, que habían escapado a las pesquisas policíacas y que formaron el número del Segundo Proletariado” (Nettl, 1974, p. 60).

Pese a las vicisitudes, Marcin Kasprzak<sup>56</sup> emprendió una labor titánica para reconstruir el proyecto político de Proletariado. En ese trabajo de masas estrechó lazos con RL. Parece ser que la amistad entre los dos duró hasta el día de la muerte del dirigente obrero. De cualquier forma, se podría decir que en 1888 se reactivó la lucha de clases en Polonia, gracias al despliegue del segundo Proletariado y al aporte de otras organizaciones, como el de la Unión de Obreros Polacos. Lógicamente, también la represión se intensificó. Las fuerzas del orden dismantelaron, por segunda vez, a Proletariado. Así que muchos dirigentes fueron encarcelados y otros se exiliaron. También migraron algunos cuadros de la Unión de Obreros Polacos.

Ella, ante su inminente arresto, partió a Suiza en 1889. Se exilió clandestinamente con ayuda de su amigo Kasprzak. El camarada:

“(…) convenció al sacerdote católico local de que una joven judía deseaba ser bautizada para

---

<sup>56</sup> **Marcin Kasprzak** (1860-1905) fue un revolucionario marxista polaco. Destacado por mantener viva la llama de Proletariado.

así poder casarse con su novio, “pero debido a la violenta oposición de su familia solo podía hacer tal cosa en el extranjero”. El sacerdote, inspirado por una mezcla de buena voluntad nacional y sentido del deber religioso, prestó su ayuda y dispuso que la muchacha fuera escondida bajo una carga de heno en una carreta campesina” (Nettl, 1974, p. 62).

Ya en Zúrich estableció nuevos contactos y relaciones políticas<sup>57</sup>, aunque nunca sin perder de vista el horizonte polaco. Siguió de cerca el desenvolvimiento de las tendencias revolucionarias que se dispersaban ante la reacción. Los militantes o células restantes empezaban a flotar en el exterior, funcionando en el ostracismo casi que de manera autárquica o cuando menos desunida. El motivo de las divisiones no obedecía tanto a recelos organizativos sino más bien a un problema ideológico de principio, a saber: la cuestión nacional.

### **El debate acerca de la cuestión nacional.**

Cabe agregar que este debate sobre nacionalismo o internacionalismo, es decir sobre la independencia o no de Polonia, sedujo enormemente a nuestra revolucionaria. Se convirtió en un problema estratégico. Parece que para RL las fronteras nacionales o geográficas no tenían gran importancia para la perspectiva obrera. Siguiendo las enseñanzas marxistas, afirmaba que los explotados no tenían patria. Así como el capital no distinguía fronteras para explotar a los trabajadores. Por eso consideró que: “(...) el patriotismo polaco ponía inevitablemente a la clase trabajadora al remolque de las demás clases. Y se trataba precisamente de separarlas de las otras

---

<sup>57</sup> Se dice que conoció a **Georgui Plejanov** (1856-1918), a **Vera Zazulich** (1849-1919) y a **Pavel Axelrod** (1850- 1928).

clases sociales y de despertar en ella la conciencia de su propia misión” (Frölich, 2015, p. 30).

RL sabía muy bien que la burguesía polaca era la representante del proyecto nacional. Y significaba descabellado, y lógicamente antimarxista, convertir a la clase trabajadora en gregaria o coequipera de su antagonista. De esa manera, las ideas abstractas -desclasadas o despolitizadas- acerca de la unidad nacional, en la lógica de estar *todos en el mismo barco*<sup>58</sup>, solo le servían a la reacción.

En todo caso, este debate fue objeto de discusión medular entre los polacos emigrados, al punto que en 1892 se convocó un Congreso extraordinario para tomar postura al respecto. Al magno evento asistieron antiguos militantes de Proletariado y del Pueblo Polaco. En un intento de reunificación, se constituyó el Partido Socialista Polaco (PPS).

“(…) el nuevo partido, el PPS, abarcaba solo los territorios rusos de Polonia. Estaba estrechamente ligado a los otros dos partidos, el Partido Socialista Polaco de Prusia y el Partido Socialdemócrata de la Galitzia austriaca. En los congresos internacionales los polacos aparecían como una unidad, cuando menos hasta que Rosa Luxemburgo fundó el SDKP” (Nettl, 1974, p. 65).

Pese a la unificación en el PPS, la polémica entre nacionalistas e internacionalistas nunca llegó a zanjarse. De hecho, originó nuevas escisiones y la consti-

---

<sup>58</sup> Esta ha sido una de las ideas más afirmada por parte de los bernstenianos contemporáneos. En el contexto actual, en el marco de la Pandemia del Coronavirus, los revisionistas proponen unidad y una gran alianza con las clases dominantes amparados en el manido argumento que todos estamos sobreaguardo la crisis mundial en el mismo barco.

tución de nuevos proyectos. Se podría afirmar que tanto RL como su compañero Leo Jogiches impugnaron desde el principio la nueva organización política. Nuestros revolucionarios creían que el programa del PPS era uno de transacción:

“(...) ni rigurosamente marxista ni particularmente nacionalista. Al igual que los de la mayoría de los partidos socialistas occidentales, ofrecía una declaración de plena fe marxista como su programa máximo, así como orientaciones para las tácticas más inmediatas, el llamado programa mínimo” (Ibídem, p. 71).

Esto es importante resaltarlo. Un programa de “transacción” significaba una colcha de retazos para armonizar, aunque sea artificialmente, a las distintas posiciones o posturas que se movían al interior del partido. Lo cual significa que, en el fondo, dicha organización no tenía una vocación o una línea estratégica rigurosamente definida. Ni unificada. Además, lo del programa máximo y mínimo era una manera muy sutil de echar por la borda las aspiraciones estratégicas y de acentuar solo las tareas inmediatas y coyunturales. Así pasa en la actualidad, especialmente con los partidos bernstenianos. Lo importante es el programa mínimo, es decir las tareas del momento que significan las cuestiones electorales. El programa máximo, la revolución y el socialismo, queda relegado al último término, convertido en un elemento puramente declarativo.

Más allá de esto, volviendo a la polémica, en 1893 se creó un órgano informativo llamado *Sprawa Robotnicza* (La Causa Obrera, en adelante) para plantear desde esa tribuna los temas candentes del movimiento polaco. Periódico dirigido y financiado por Jogiches y en el que RL fungiría como una de las colaboradoras más notables<sup>59</sup>.

---

59 Aunque escribiría con el seudónimo de R. Kruszyńska.

Desde el principio, La Causa Obrera desestimó la independencia polaca formulando una alianza con los revolucionarios rusos. Quiere decir que:

“El periódico se presentó a sí mismo con un editorial que definía su propósito y la línea que seguiría: estricta adhesión a la causa de las clases trabajadoras en su lucha contra el enemigo de clase. El énfasis recaía en la lucha contra el capitalismo, la solidaridad con las clases trabajadoras rusas en su lucha contra el absolutismo zarista, y el carácter internacional de todos los movimientos de clase obrera, incluido el polaco” (Ídem).

Desde luego, tales planteamientos distanciaron al periódico del PPS, agudizando la crisis entre los revolucionarios emigrados. Las tensiones llegaron al punto que La Causa Obrera solicitó representación independiente en el Congreso de la Internacional,<sup>60</sup> dentro de la delegación polaca. Sin embargo, después de muchas contradicciones e *intrínquilis*, a RL se le denegó el mandato y la participación a nombre del periódico naciente. Tanto Ignaci Daszynski<sup>61</sup> como otros delegados del PPS auparon, casi entre corrillos, el desconocimiento contra la joven revolucionaria. El mismo Plejanov<sup>62</sup>, y la delegación rusa, votaron en contra de su mandato.

Pese a que ella no pudo mantener su asiento en la Internacional, de todas maneras, ganó un reconocimiento y prestigio dentro de los delegados al Congreso. Se puede decir que su bautismo de fuego le

---

60 Congreso realizado en Zúrich, en agosto de 1893.

61 Dirigente del PPS que libró una lucha encarnizada contra Rosa Luxemburgo. Por momentos esta lucha política recayó, por ausencia de argumentos políticos, en intrigas y acusaciones personales.

62 Gueorgui Valentínovich Plejánov (1856-1918) fue uno de los fundadores del movimiento revolucionario en Rusia.

otorgó una pequeña victoria moral ante sus enconados adversarios. Pero la disputa no paró allí. Al contrario, se agudizó obligando a la escisión entre los seguidores de La Causa Obrera y el PPS<sup>63</sup>. Producto de ello:

“Se decidió formar un partido completamente nuevo llamado *Socialdemokracja Krolestwa Polskiego* (La Socialdemocracia del Reino de Polonia: SDKP). El nombre lo eligió Rosa Luxemburgo, y definía en sí mismo la actitud del nuevo partido: al adoptar deliberadamente las limitaciones geográficas del Reino de Polonia, incluso la sugestión de Polonia rediviva se eludía cuidadosamente” (Ibídem, p. 75).

Naturalmente, La Causa Obrera se convirtió en el órgano oficial del nuevo partido que basó su programa en la línea editorial plasmada en su primer número. La nueva organización política se reclamó como heredera legítima del partido Proletariado y en nuevos contextos y nuevas arenas siguió batallando por la causa de los trabajadores. Este partido se alejó del espejismo nacionalista proclamando una especie de articulación, casi federada, entre los socialistas rusos, polacos y austriacos. Eso sí, con la perspectiva, a futuro, que los rusos constituyeran un partido unificado que coaligara las distintas seccionales. En todo caso, la lucha no era por la independencia nacional sino por la emancipación del obrero. Y la unidad entre ellos sería la punta de lanza para librar esta disputa de clases.

Huelga decir que la polémica entre los nacionalistas y los internacionalistas nunca cesó. Ni siquiera se

---

63 Nettl cuenta que Rosa y sus camaradas jamás quisieron alentar una fracción, como para ser tildada de divisionista. Sin embargo, la virulencia de los ataques de los dirigentes del PPS no le dejaron otro camino que abrir nuevas alamedas organizativas para representar los postulados políticos del internacionalismo proletario.

cerró el tema después de las sesiones del Congreso de La Internacional<sup>64</sup> donde se reconoció, pese a las protestas de Daszynski y sus camaradas del PPS, la justeza de la perspectiva internacionalista, el mandato y membrecía del SDKP. En sentido cabal, pese a sus desarrollos, ningún debate se dio por terminado en los congresos del movimiento socialista “(...) hasta que Stalin convirtió a la policía secreta en alguaciles de los congresos tanto para las ideas como para los hombres” (Nettl, 1975, p. 94).

Como quiera que sea, pese a muchos reveses, el SDKP fue un partido notable. En poco tiempo se fundió con un grupo de dirigentes lituanos, ampliando su denominación –SDKPiL- y su radio de incidencia. De esta estructura se levantó, en 1918, el Partido Comunista polaco. La huella que dejó RL en él es invaluable.

### **De Zúrich a tierras alemanas.**

De la mano de su activismo político desarrolló su carrera académica en Suiza. Estudió en la Universidad de Zúrich. Primero en la Facultad de Filosofía y luego en la de Derecho, facultad que incluía Ciencias Sociales. En 1897 obtuvo su Doctorado en Ciencias Sociales con una tesis sobre *El desarrollo Industrial en Polonia*.

“Utilizando fuentes hasta entonces desconocidas, analizó el desenvolvimiento de la industria polaca en el siglo XIX. Ese fue, en rigor, el primer análisis económico serio sobre el tema. Rosa Luxemburgo demostraba que, hablando en términos económicos, la Polonia rusa se había convertido en parte integrante del imperio ruso, que el desarrollo económico de Polonia no habría podido tener lugar sin el sustancial mercado ruso, y que la economía

---

64 Evento realizado en Londres en julio de 1896.

de Polonia no tenía sentido en ningún otro contexto” (Ibídem, p. 97).

Este trabajo era la culminación de las ideas que Rosa venía afirmando mucho tiempo atrás. Desde la óptica de la economía política, quería constatar y dar un sustento científico a todas las tesis que había formulado contra los nacionalistas del PPS. Para ella:

“(…) cualquier intento de separar a la Polonia rusa del imperio ruso y unirla a las otras regiones ocupadas de Polonia para formar un Estado polaco nacional o lingüístico, era una negación de todo el desarrollo y el progreso de los últimos cincuenta años” (Ídem).

Todo esto le significó a RL mucho prestigio y reconocimiento. De manera prematura iba ganándose un espacio dentro de los teóricos del socialismo internacional. Dicha prestancia iba a expandirse cuando decidió emigrar a Alemania, gracias a su relación con Robert y Mathilde Siedel. Robert había sido director del periódico *Sächsischen Arbeiterzeitung* (Periódico de los trabajadores de Sajonia, en adelante) y se había refugiado en Zúrich producto de la persecución contra los socialistas alemanes. Se dice que el camarada la motivó a partir a tierras teutonas.

Arribó a Alemania en 1898. Logró conseguir el permiso de residencia a través de un matrimonio ficticio. Se casó con el hijo de su amiga Olympia Lübeck, Gustav. Llegó a Berlín el 20 de mayo en pleno proceso electoral, las segundas elecciones parlamentarias después de la abolición de las leyes antisocialistas (1890). El Partido socialdemócrata alemán (SDP) estaba jugado en la táctica reformista de “tomarse las instituciones”.

RL se puso inmediatamente a disposición de la dirección de la organización para colaborar con las tareas electorales. Recordar que la polémica contra el PPS, sus intervenciones a favor de la lucha internaciona-



lista presentadas en el Periódico de los trabajadores de Sajonia y en El Nuevo Tiempo, la habían sacado del anonimato ante sus camaradas del SDP. Incluso las polémicas entabladas con Kautsky y Wilhelm Liebknecht<sup>65</sup> le otorgaron muchísimo prestigio. Por tanto, era una incorporación de lujo que no podían desaprovechar. Una vez aceptada su solicitud militante, se sumergió en el trabajo de base para contribuir con los propósitos del partido.

“Y Rosa se fue a Silesia. Ésta se hallaba en la periferia más oscura de la actividad del partido. Los secretarios distritales en Breslau y más al sur, en la región industrial de la Alta Silesia, se sentían aislados, ignorados y resentidos, algo así como pioneros rusos en Siberia. Ya era difícil trabajar con éxito entre los obreros textiles alemanes, que eran probablemente los peor pagados y los que menos conciencia de clase tenían en el Reich, y en consecuencia los menos atraídos por el socialismo. Entre los polacos, que constituían el grueso de la mano de obra en las minas, la situación ofrecía menos esperanzas aún. Existía una insuperable barrera idiomática y, además, el hecho de que el PPS trabajaba intensamente en favor de sus propios objetivos, que no coincidían con los del SPD, aunque resultaba difícil precisar por qué. En esta situación tan negativa, la llegada de una agitadora de primera clase que hablaba tan bien y hablaba polaco, que tenía ideas propias fundamentalmente opuestas a las tendencias separatistas del PPS, fue muy bien acogida” (Nettl, 1975, p. 119).

---

65 **Wilhelm Liebknecht** (1826-1900). Fue un político socialista alemán, uno de los jefes del SDP y padre del camarada Karl Liebknecht, espartaquista que compartió trincheras hasta su muerte con Rosa Luxemburgo.

Se cuenta que su gran capacidad dirigente atrajo distintos mineros y obreros en favor de la causa. Y de esa manera ingresó al epicentro del movimiento socialista con broche de oro. “Por lo que a su carrera alemana se refería, los resultados fueron totalmente positivos” (Ídem).

Ahora bien, a modo de contexto, la Alemania de esa época se caracterizaba por un ascenso económico. Muchas de sus instituciones, como el Reich, eran ilustres ejemplos para el resto de Europa. “Bismarck había creado, ante los ojos de sus contemporáneos, un imperio fuerte, rico y creciente a partir de una colección de principados de lengua alemana” (Nettl, 1975, p. 102). Una vez expulsada Austria y Francia del dominio alemán, Bismarck unificó Alemania bajo la égida del reino de Prusia. Esto implicó un elevado espíritu nacionalista. Naturalmente, todas sus instituciones democráticas estaban al servicio de la unidad nacional.

A nivel político, el Reichstag estaba dominado por las tendencias nacionalistas, de preferencias liberales y conservadoras. Por católicos centristas que trabajaban en función de la patria. Ciertamente es que hubo una pequeña facción de partidos progresistas, pero ellos tenían pequeñísima influencia. A fin de cuentas, en realidad, las labores parlamentarias eran poco decisivas en el devenir de la nación.

“Desde 1870 hasta 1914 los conservadores señalaron una y otra vez que el emperador podía, en cualquier momento, enviar a un oficial y diez hombres a dispersar aquella chusma de legisladores envanecidos y que la mejor manera de demostrar sus derechos y poderes era precisamente esa. El Reichstag existía para facilitar la función gubernamental, no para criticarla ni obstruirla” (Íbidem, p. 104).

Como muchos pueden comprender, esta situación desnuda la realidad de los parlamentos, desde esa época hasta nuestros días. Al igual que en la actualidad, realmente los parlamentos sirven solo para legitimar el poder político. Y al que se resista o se le compra –sobornos, repartijas, tajadas, etc.- o se le inhabilita. En casos extremos, se clausuran. Por tanto, la práctica tozuda desmorona los ideales de la separación de poderes y su independencia. Lo que hay es un absolutismo del capital y todos sus participantes son meras fichas acomodadas a su servicio.

En todo caso, pese a que no tenían gran incidencia, para la época, los parlamentarios alemanes eran elegidos por sufragio universal. Y hacia 1900, con la suspensión de las leyes antisocialistas, la socialdemocracia empezó a ganar terreno en esos campos de representación<sup>66</sup>.

Dichas representaciones se ganaban en un ambiente de bonanza económica para los alemanes. Se venía desarrollando el capitalismo industrial. La gran industria iba ganando terreno sobre la mediana y la pequeña. Se estaban coaligando los capitales en distintos carteles y trust, elevando la concentración de la riqueza. Y, como consecuencia, los obreros empezaban a migrar a las empresas más grandes.

“En Alemania la producción industrial tuvo un incremento del 45% entre 1893 y 1902, lo que significaba el mayor aumento en comparación con cualquier ciclo coyuntural desde los años sesenta. El desempleo, que entre 1891 y 1895 había fluctuado entre un 3 y 6%, descendió para el resto del decenio del 1 al 1.5%” (Gustafsson, 1975, p. 23).

---

<sup>66</sup> Cabe aclarar que durante las leyes antisocialistas de Bismarck -1878-1890-, la socialdemocracia no dejó de existir, solo que legalmente estaban proscritas varias de sus actividades. Pero con todo y eso, se mantuvieron activos en la clandestinidad.

Lo que significa que, por momentos, mejoraba la condición de los trabajadores. Esto me parece clave mencionarlo porque el aumento en las condiciones de vida, junto a la emergencia de una clase media, se convertía en caldo de cultivo para las ideas reformistas. Especialmente porque muchos socialistas empezaron a considerar que, con el desarrollo del capitalismo, los explotados serían redimidos. Los olvidados del mundo humanizarían su existencia y se alejarían de la pobreza. Tal como lo pronosticaba EB.

### **Genealogía del reformismo alemán.**

Los reformistas veían que la vida iría “reformándose” en beneficio de las mayorías. El progreso social y económico, junto a las ventajas de la democracia, extirparían la ignominia del capital. “El nuevo desarrollo significaba un paso hacia la realización del socialismo” (Ibídem, p. 21). Pero el nuevo mundo no nacería de la revolución proletaria, sino de la misma evolución del capitalismo.

Por esto, en el seno de la socialdemocracia, los postulados marxistas empezaron a tener detractores. Muchos exigían la revisión<sup>67</sup> de esta perspectiva política porque para ellos los cárteles o asociaciones empresariales podían contener las crisis del capital y regular la producción y los precios en el mercado. Asimismo, podían contener el despido de trabajadores y tasar salarios –vía consenso empresarial- de acuerdo a un costo digno de la reproducción de la fuerza de trabajo. Sin crisis, había que reevaluar la teoría marxista del derrumbe del sistema gracias a un colapso civilizatorio<sup>68</sup>.

---

67 *En el movimiento socialista tiene eco el reformismo siempre que se revise el marxismo. Esta sería una relación importante entre estos dos conceptos.*

68 *Estas ideas en el campo económico las defendía, por ejemplo, el*

Pero no solo el auge de los negocios alimentaba las tesis revisionistas. El retorno de los socialistas al parlamento y la influencia que iban adquiriendo entre los obreros, ayudaban a exigir el cambio de posición. Por ejemplo, si en 1888 habían 90.000 sindicalistas afiliados a la socialdemocracia ya en 1890 habían 301.000. Gracias a su desmesurada autoridad, según Gustafsson (1975), para el inicio de la primera guerra mundial ya contaban con 2,5 millones de obreros que se reclamaban como socialdemócratas. Estas cifras se corresponden también con el estado organizativo del partido. Comenta Hernán Ouviña (2019) que en 1899 el SPD contaba con más de 100. 000 militantes. Además de tener 73 órganos periodísticos con un tiraje de 400.000 ejemplares. Varios de ellos inundaban las calles seis veces por semana. Es decir, hablamos de un partido genuinamente de masas.

También a nivel electoral los socialdemócratas iban cosechando triunfos. Verbigracia: “(...) entre 1878 y 1881 las cifras muestran un ascenso constante de los votos recogidos por la socialdemocracia durante este periodo: 1881, 312.000 votos; 1884, 550.000 votos; 1887, 763.000 votos, y en 1890 un aumento del doble hasta 1.427.000 votos” (Gustafsson, 1975, p. 25). Estas cifras constataban el hecho de que era un partido exitoso, que marchaba con el viento a su favor.

Otro hito importante jugó a favor de los reformistas y revisionistas, a saber: el legado instrumentalizado de Engels. No digo esto solo por la relación estrecha

---

*economista alemán Lujo Brentano (1844-1931). Cabe aclarar que Bernstein no fue el único ni el primer reformista o revisionista, pero sí fue el más aventajado de ellos. Y se le referencia a él, como padre del revisionismo, por la incidencia política y teórica que alcanzó en la socialdemocracia alemana. Tuvo el mérito de “desviar” a buena parte de sus camaradas y conducirlos por un camino alejado del marxismo.*

entre “El General” y EB. Sabemos que este último hasta fungió como su secretario personal. A decir verdad, era como una especie de discípulo consentido. Pero también lo digo por las lecciones extraídas, desde luego “acomodadas”, de su *Testamento político*.

El texto que se conoce como *Testamento* es realmente una introducción a la obra de Karl Marx titulada *Las luchas de clases en Francia*. Un trabajo sobre la revolución francesa de 1848. En este escrito formuló:

“(…) que la vieja táctica de barricadas, basada en una estrategia defensiva de desgaste contra el ejército, había quedado inhabilitada por el desarrollo de la tecnología de armamento y la construcción de las ciudades. Los futuros levantamientos deberían revestir otro carácter, *el de asaltos ofensivos contras las fuerzas militares, protagonizado por las grandes masas*” (Frölich, 2015, p. 62).

Cabe decir que esta nueva táctica obligaba nuevos desarrollos. Una formación de las masas mucho más rigurosa en el campo militar para evitar la derrota. Sin embargo, este “replanteamiento” se tomó ligeramente como una condena hacia la lucha revolucionaria y la autorización para luchar solo a través de los medios legales. Ciertamente una distorsión porque, en realidad, Engels orientaba a que, mientras se preparaba el ejército proletario para el nuevo combate insurreccional, se le podía apostar a la lucha legal de masas. Pero sin descuidar nunca la perspectiva revolucionaria.

En todo caso, la dirección del SPD manipuló el documento y desterró las menciones sediciosas. Creían que el tono revolucionario de Engels podría alimentar la vocación antisubversiva del gobierno. “Por esto la dirección del partido decidió tachar todas las frases que aludiesen a futuras luchas armadas”

(Ídem). En cambio, resaltaron las partes de la orientación hacia la lucha institucional y electoral. De esa manera convirtieron el *Testamento*<sup>69</sup> en la biblia del revisionismo y el reformismo mostrando allí “(...) una condenación de toda violencia y de toda revolución futura y una entronización de la legalidad” (Ídem).

La biblia generó gran influencia en los socialistas alemanes afiliados al SPD, insuflando a las tendencias reformistas. Vale anotar que el SPD se creó en 1875, en el famoso Congreso de Gotha. Surgió unificando a dos tendencias, a saber: la de Lassalle (la Unión general de trabajadores de Alemania) y la marxista (partido obrero socialdemócrata). Reformistas y revolucionarios. Los primeros hablaban de lograr “el estado libre por todos los medios legales”; los segundos no hablaban de “estado libre” sino de “dictadura del proletariado” (Gustafsson, 1975, p. 37). Por tanto, desde su origen, más aún desde el Congreso de Erfurt en 1891, el partido adoptó una táctica dual: institucional-reformista y revolucionaria. Así lo refrendaba su programa, elaborado por Kautsky y EB.

En ese texto programático, aunque se mencionaba al socialismo, nunca se aludía a la idea de revolución. Ni a la perspectiva insurreccional. Es más, su énfasis, plasmado en el programa mínimo, se encaminaba hacia la lucha estrictamente legal y democrática. Se podría decir que el esquema del programa mínimo (táctica reformista) y el del programa máximo (estrategia revolucionaria) siempre entraban en contradicción por versar sobre perspectivas totalmente diferentes. Posiciones casi que opuestas. Lo que significa es que a la final se escoge un camino o el otro. Y casi siempre, en virtud de las coyunturas, se impone la táctica.

---

69 Esta versión reformista fue corregida en 1924 cuando el revolucionario David Riazanov descubrió la versión original y enmendó las erratas de la manipulación.

Volviendo al contexto del SPD, se dice que al interior de la socialdemocracia las contradicciones eran manejables. Sin embargo, las tensiones comenzaron cuando la tendencia revisionista encontró audiencia. Parece que la primera formulación de esta estirpe se desarrolló en 1891, en el marco del debate sobre la cuestión agraria. En particular cuando Von Vollmar<sup>70</sup>, dirigente bávaro, propuso un programa especial del partido para este tema. Al respecto, Vollmar:

“(…) no aceptaba la necesidad de que el campesino se “proletarizara” totalmente mediante la creación de grandes haciendas. La inevitabilidad histórica no era la política adecuada para un partido que se interesaba en el bienestar de los seres humanos: lo que se necesitaba, por el contrario, *eran reformas inmediatas y profundas*” (Nettl, 1975, p. 112).

En consecuencia, se abrió paso a una política reformista solicitando presupuestos gubernamentales para estos sectores de la sociedad. Todo en aras de mejorar sus condiciones de vida. En lugar de combatir el sistema, se le embellecía. La tesis era aliviar los dolores de parto de la nueva sociedad. Vollmar exigía “(…) que la socialdemocracia ahora tenía que luchar por introducir, sobre la base de la ordenación social y estatal actual, mejoras de todo tipo político y económico” (Gustafsson, 1975, p. 28).

La polémica sobre la cuestión agraria trascendió y obligó a que el partido tomara una posición sobre los presupuestos gubernamentales, en especial desde la agenda parlamentaria. Es decir, definir si el SPD votaría a favor o en contra de los presupuestos económicos del gobierno en el Reich. Ahora bien, aunque en

---

<sup>70</sup> **George Von Vollmar** (1850-1922) fue un político socialista democrático de Baviera.



1901<sup>71</sup> la disputa se dirimió salomónicamente-dejando en libertad a la militancia sobre el tema-, se inauguró una disputa entre dos tendencias: los revisionistas-reformistas y los revolucionarios.

Los primeros, representados por los camaradas del sur de Alemania, votaban a favor de los presupuestos para mejorar gradualmente la vida de las personas. Los segundos, evocaban la vieja máxima de August Bebel de “ni un solo hombre ni un solo centavo a favor del sistema”, argumentando que hacer lo contrario favorecía a la clase dominante y al poder constituido. Los revolucionarios comprendían que:

“Los fondos públicos se usaban necesariamente, en parte, precisamente para combatir al SPD manteniendo la policía, los tribunales y, sobre todo, el último recurso antisocialista: el ejército. La acción de los alemanes del sur no era, pues, una desviación secundaria de la conducta formal del partido, sino un golpe al principio vital del aislamiento, de la oposición total” (Nettl, 1975, p. 113).

Esto significa que el debate no era de poca monta. Era una cuestión de principio que intensificaba la polémica entre reforma y revolución en las filas del partido y del movimiento obrero. Quiere decir que el terreno estaba abonado cuando RL y EB trabaron su confrontación.

---

<sup>71</sup> En el Congreso del SPD realizado en Lübeck.



## 2.2 Rosa y el camino de la reforma o la revolución.

Luego de la entrada triunfante de RL al SPD, fue invitada a colaborar con varias publicaciones. No solamente la invitaron a escribir en el *Leipziger Volkszeitung* (Periódico popular de Leipzig, en adelante) sino también en el periódico de los trabajadores de Sajonia (*Sächsischen Arbeiterzeitung*) que dirigía, para ese entonces, el camarada Parvus<sup>72</sup>. Muchos sabían de las cualidades teóricas de ella y comprendían que sus aportes contra el revisionismo y el reformismo no solo serían oportunos sino también claves. Además: “Su aportación a la controversia revisionista no solo tenía que ser buena, sino oportuna; tenía que aparecer poco antes del congreso del partido en septiembre, para que sirviera como base de discusión en este” (Nettl, 1975, p. 120). RL comprendía la importancia del debate y al respecto le escribió a Jogiches lo siguiente:

“Es preciso trabajar con rapidez: 1] porque todo el trabajo sería inútil si alguien lo hace antes, y 2] hay que dedicar más tiempo a pulir que a redactar. En términos generales he acometido la tarea muy bien. Los trabajos escritos en Zúrich eran ya de la harina indicada (no horneada aun, por supuesto). Si solo supiera lo que tengo que escribir, la forma adecuada vendría por añadidura; lo sé. Estoy dispuesta a dar la mitad de mi vida por ese artículo” (Luxemburgo, 1962, p. 162. En Nettl, 1975, 123).

RL se refiere en esta carta a la primera versión de *Reforma o Revolución*. La obra en la que enfiló todas sus energías contra el reformismo. Vale aclarar que la polémica contra ellos venía desde 1891, pero contra EB

---

<sup>72</sup> Aleksandr Lvóvich Parvus (1867-1924). Socialista revolucionario bielorruso. También de origen judío. Fue uno de los que inauguró la polémica contra los reformistas y revisionistas. También se le recuerda por su estrecha y complicada relación con Lenin.

arrancó en 1898. La inauguró en Dresde el camarada Parvus, como respuesta a los artículos de *Problemas del Socialismo* publicados en El Nuevo Tiempo. Parvus utilizó el Periódico de los trabajadores de Sajonia como ariete contra las tesis lejanas del marxismo. Desde enero hasta marzo de 1898 se fue lanza en ristre.

“(...) Parvus inició su serie con el título “*El derrocamiento del socialismo por Bernstein*”, y en casi cada uno de los números siguientes apareció un nuevo despliegue de petardos. La arremetida fue tal que Bernstein se vio obligado a interrumpir su propia serie para responderle” (Nettl, 1975, p. 131).

Este debate instaló la polémica al interior del partido, pero Parvus desistió de ella. Parece que el objetivo de este último era simplemente ganar audiencia en el movimiento obrero apaleando a un “desertor del socialismo”. Y nada más. En cambio, RL vio en este tema una veta trascendental para el futuro de los revolucionarios. Tomar partido en la discusión no era un juego teórico para medir capacidades argumentativas. Ni para destruir a los “desviados”, sino para iluminar el abismo en el que caerían los llamados a transformar el mundo.

### **El desarrollo del debate en los congresos del SPD.**

El debate teórico tuvo un desarrollo práctico: en los Congresos del partido. La primera escena se presentó en el Congreso de 1898. Allí se empezaron a clarificar las posiciones y casi que por primera vez los militantes no asistieron a una reunión de trámite. Huelga decir que RL participó como delegada conocedora de asuntos polacos. Mientras que Parvus lo hizo como un simple invitado.

La polémica se agitó antes del magno evento. Con las apariciones de los artículos de Rosa en el

Periódico popular de Leipzig (*Leipziger Volkszeitung*). Sin embargo, mientras muchos tomaban posición por alguna de las orientaciones, los altos jerarcas del partido intentaban enmudecer el debate. Pacificar en aras de la unidad. En realidad, era una forma de inclinarse solapadamente hacia la orilla revisionista.

RL intervino dos veces en el Congreso. Pero, como su adversario no asistió a la reunión, enfiló sus dardos contra Wolfgang Heine<sup>73</sup>. Un reconocido reformista que proponía al partido ocuparse exclusivamente del tema electoral. Mientras ella lo despedazaba cuestionó la máxima bernsteniana diciendo que: “(...) Al contrario, el movimiento en cuanto tal, sin tomar en cuenta el fin último, no es nada, pero el fin último lo es todo para nosotros” (Nettl, 1975, p. 132).

La presión ejercida producto de la controversia obligó a que la dirección del SPD cambiara de posición respecto a EB. Muchos, en privado, empezaron a espetar a su camarada. Lo iban dejando solo y sin respaldo. Pero parece que lo hacían para conservar una buena imagen ante las mayorías. No obstante, otros dirigentes prácticos, regionales, cerraban filas en favor de las tesis revisionistas. Quiere decir que un debate, interpretado como teórico, hizo mella en toda la estructura del partido. Es decir:

“Los intelectuales —Kautsky, Parvus, Rosa por una parte y Bernstein, Schippel y Heine por la otra—habían peleado unos contra otros sin ningún resultado, como suelen hacer los intelectuales independientes. Pero, aunque no hubieran resuelto nada, habían hecho suficiente ruido para hacer intervenir

---

<sup>73</sup> **Wolfgang Heine** (1861-1944) fue un político socialdemócrata alemán. Uno de los representantes del ala derecha del partido. Integrante del parlamento imperial y de la Asamblea Nacional de Weimar.

a los verdaderos poderes del partido, los “prácticos”, los dirigentes” (Ibídem, p. 143).

La polémica se desarrollaba en el día a día, contagiaba a toda la militancia. Se extendió a los otros Congresos del SPD, hubo otros rounds. Unos con mayor virulencia que otros. Por eso muchos militantes, sobre todo los parlamentarios, acusaban a los radicales y reformistas de haber creado esa disputa incómoda, que a veces rayaba en el plano de lo personal y la “grosería”. A raíz de eso, pedían aplicar medidas disciplinarias para imponer cierto orden interno<sup>74</sup>. No obstante, las tensiones no cesaron. Las batallas llegaron hasta el Congreso de la Internacional de 1904, realizado en Ámsterdam.

RL asistió al magno evento con doble mandato: “(...) de delegada alemana con un mandato de Bydgoszcz (Bromberg) y de delegada polaca con un mandato del comité central del SDKPiL en Poznan” (Nettl, 1975, p. 162). Con las suficientes charreteras alcanzadas en su labor revolucionaria. Autoridad que le otorgaba, entre otras cosas, su claridad teórica en defensa del marxismo.

Se dice que este combate intelectual y teórico lo dirigió RL. Pese a su juventud, su fogosidad era descollante. Contra los revisionistas, sobresalía por encima del mismo Kautsky (considerado la máxima autoridad teórica del marxismo en Alemania). “Su fuerza radicaba en que elaboraba todas las cuestiones en profundidad y en que estaba dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias” (Frölich, 2015, p. 64).

---

<sup>74</sup> Actitud muy parecida a la que asumen los bernstenianos contemporáneos. Especialmente cuando resuelven sus polémicas internas y sus debates ideológicos por medio de las comisiones de ética y las sanciones estatutarias.

Por tanto, su trabajo ayudó a que la Segunda Internacional cerrara filas en este Congreso contra las posiciones revisionistas. A ella se le sumaron en la batalla las autoridades alemanas, Plejanov, Antonio Labriola<sup>75</sup> y el mismo Jean Jaurès<sup>76</sup>. Parecía, entonces, que “La línea ortodoxa triunfaba ante el más alto tribunal socialista” (Ibídem, p. 163). Pero RL creía que era una victoria pírrica, plasmada solamente en proclamas y resoluciones. En realidad, la práctica revisionista-reformista se niega a morir. Por eso la lucha sigue y es más vigente que nunca.

### **La obra de reforma o revolución: estudio introductorio.**

Una de las armas más potentes contra el revisionismo y el reformismo lo constituye la obra de RL. Una verdadera joya del pensamiento marxista. Escrita, como ya se dijo, entre septiembre de 1898 y abril de 1899. Publicada en el Periódico popular de Leipzig. El texto se compone de dos partes. Una dedicada a los artículos de EB conocidos como *Problemas de socialismo*. La segunda destinada a criticar el libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Recordar que hubo una segunda edición de Reforma o revolución que apareció en 1908.

Como ya se ha venido diciendo, el texto no obedeció a una motivación estrictamente teórica. O a un delirio academicista. Fue una polémica que atravesaba el futuro del movimiento social y la lucha de clases. Especialmente porque EB invitaba a despojarse de las concepciones “dogmáticas” sobre el socialismo.

---

75 **Antonio Labriola** (1843- 1904) fue un pensador y revolucionario italiano. Una de las mentes más brillantes del socialismo que llegó a influir en el camarada Antonio Gramsci.

76 **Jean Jaurès** (1859-1914) fue un socialista francés. Fundador del periódico *L'Humanité*.

Revisar la táctica revolucionaria y encaminarse hacia una práctica reformista que mitigara los dolores de parto de la nueva sociedad.

Contra la propuesta revisionista, RL comenzó a reflexionar si para los marxistas existía o no un antagonismo entre la reforma y la revolución. Para ella no había tal antagonismo. De hecho, quienes han contrapuesto la reforma al proceso revolucionario son justamente los reformistas y revisionistas. Para los partidarios de EB las reformas legales, la política institucional y electoral constituyen la única vía posible de la acción política. “Mientras que la revolución se les aparecía, en su opinión, como un medio que quizá fuese necesario contra el absolutismo, pero inaplicable bajo un régimen democrático”. (Frölich, 2015, p. 64).

Este es justamente el punto por el que me permito decir que los partidos comunistas<sup>77</sup>, en la actualidad, son reformistas y bernstenianos toda vez que, asumiendo a la democracia como un régimen perfecto y además inmodificable, aspiran a mejorar la vida de las personas solo a través de las reformas. Esa es la única vía *posible*.

En cambio, los revolucionarios hablan de reforma y revolución. Combinando todas las formas de lucha. Por tanto, Rosa no era enemiga *absoluta* de las reformas. No solo comprendía que eran necesarias y probablemente útiles, sino que, además, eran medios para mostrar que eran insuficientes y que solo la revolución podría emancipar al ser humano. Sin embargo, y esto es importante resaltarlo, nos advertía que al socialismo

---

77 Los partidos comunistas en la actualidad, hijos del eurocomunismo y epígonos del progresismo, no solamente no creen en la revolución sino además condenan los procesos revolucionarios e insurreccionales. Muchas veces catalogándolos de aventureros e infantiles. Para estos comunistas modernos los revolucionarios son utópicos y violentos, tal cual como lo planteó el amigo Bernstein a inicios del siglo XX.



no se llega “acumulando” reformas<sup>78</sup>. De hecho, quien escoge solo el camino de la reforma –como única vía para el socialismo- excluye necesariamente el camino de la revolución. Así sea de manera inconsciente.

Por esa razón uno podría decir con Slavoj Žižek (2011) que el camino exclusivo de las reformas democráticas despolitiza, normaliza o naturaliza el capitalismo, y aleja cada vez más las posibilidades de la llegar a una situación revolucionaria.

“Es aquí que la idea clave de Marx sigue siendo válida, hoy tal vez más que nunca: para Marx, la cuestión de la libertad no debería ser localizada principalmente en la esfera política propiamente dicha (¿tiene un país elecciones libres?, ¿son los jueces independientes?, ¿está la prensa libre de presiones ocultas?, ¿son los derechos humanos respetados? y una lista similar de preguntas que diferentes instituciones occidentales “independientes” –y no tan independientes– aplican cuando quieren pronunciar un juicio sobre un país). La clave de una libertad real reside más bien en la red “apolítica” de relaciones sociales, del mercado a la familia, y en la que el cambio requerido si queremos una mejora real no es una reforma política, sino un cambio en las relaciones sociales “apolíticas” de producción. LO QUE QUIERE DECIR: lucha de clases revolucionaria, no elecciones democráticas u otra medida política en el sentido estrecho del término. No votamos para definir a quién le pertenece qué, no votamos sobre las

---

<sup>78</sup> Este es uno de los lugares comunes que se encuentran en los programas de los comunistas contemporáneos, a saber: a mayor número de reformas, mayor cercanía con el socialismo. Por eso piden más democracia, luchan por llegar al parlamento, etc.

relaciones en una fábrica, etc.: todo esto es procesado fuera de la esfera de lo político y es ilusorio esperar que uno pueda cambiar efectivamente las cosas “extendiendo” la democracia a esa esfera, digamos, organizando bancos “democráticos” bajo el control del pueblo. Cambios radicales en este campo sólo pueden ser inscritos fuera de la esfera de los “derechos” legales, etc.: en semejantes procedimientos “democráticos” (que, claro, pueden jugar un rol positivo), y no importa cuán radical sea nuestro anticapitalismo, la solución es buscada aplicando mecanismos democráticos que, no se debería olvidar, son parte de los aparatos estatales de ese Estado “burgués” que garantiza un funcionamiento sin trabas de la reproducción capitalista. En este preciso sentido, Badiou tenía razón en su afirmación de que, hoy por hoy, el enemigo fundamental no es el capitalismo ni el imperio ni la explotación ni nada similar, sino la democracia: es la “ilusión democrática”, la aceptación de los mecanismos democráticos como marco final y definitivo de todo cambio, lo que evita el cambio radical de las relaciones capitalistas” (p. 22).

El filósofo esloveno nos invita, junto a Alain Badiou, a cuestionar radicalmente a la democracia y a la práctica reformista. Pero tal vez habría que añadir que el problema de fondo es el tipo de democracia que tenemos -liberal-parlamentaria- y los fines que persigue. La actual democracia es funcional al capitalismo. Y sería bastante ilógico que algo que garantiza el funcionamiento del estado actual de cosas se preste para su propia destrucción<sup>79</sup>. Por eso muchas

---

<sup>79</sup> Muchos quieren cambiar el sistema desde adentro y con sus propias armas. Sin embargo, más temprano que tarde, resulta ser al

veces los retoques que se intenten realizar, vía política institucional, quedan en nada. Especialmente si se trata de remiendos económicos, sobre las relaciones de producción, de explotación y de apropiación de las riquezas sociales.

En consecuencia, recordando la vieja enseñanza marxista, necesitamos una nueva estructura económica que edifique nuevos estamentos en la superestructura social. Se requiere una democracia, pero una que sea socialista o anticapitalista o antisistema. Y, probablemente, esa versión sea totalmente distinta a la que conocemos y padecemos en la actualidad. Quizá se trate de una democracia directa. Realmente participativa y no formal y aparente. Constituida desde abajo, priorizando en las necesidades de las mayorías, que a fin de cuentas son las clases explotadas y oprimidas por el capitalismo contemporáneo.

Volviendo al tema de las reformas, para RL todas las reformas alcanzadas en el sistema actual tienen un efecto *boomerang*, porque a cambio de ellas se sacrifica el objetivo final: un nuevo modo de producción. EB era completamente consciente de esta situación, por eso decía con todas las letras que el objetivo final era nada. Eso no era importante. Lo que sí valía la pena era el desarrollo del movimiento.

Si se analiza un poco el debate sobre la práctica cotidiana y la meta final, o sobre táctica y estrategia, vale la pena subrayar una intervención de RL en el Congreso del SPD celebrado en Stuttgart en 1898. Un Discurso sobre la lucha política de la socialdemocracia alemana que confrontó directamente a Wolfgang

---

*revés. El sistema los va cambiando a ellos. Muestra de esto son los grandes dirigentes obreros burocratizados que, por satisfacer sus intereses personales o por arañar cualquier mendrugo, traicionan a su clase. Los casos son muchos, es innecesario nombrarlos.*

Heine. Como para ellos lo importante era la lucha práctica, el objetivo final –siendo nada- podía reposar en un breve párrafo del programa político. Un bonito apartado que no tenía nada que ver con la lucha práctica. Es decir, como si fueran dos cosas distintas<sup>80</sup>. En ese sentido: “(...) no existe una cuestión más práctica que la de la meta final” (Luxemburgo, 2015, p. 25). Quiere decir que todo debe estar en función del objetivo final, del socialismo.

Nuestra pensadora enumera tres partes en las que los reformistas dividen la lucha práctica, a saber: “**i) lucha sindical; ii) lucha por reformas** (parlamentarismo); y **iii) lucha por la democratización del Estado capitalista**. Ahora bien: ¿son estas tres formas de lucha, en sí mismas, el socialismo? ¡En absoluto!” (Ibídem, p. 26). De hecho, estas formas de lucha eran trabas para la revolución.

En relación al sindicalismo decía: “Miren a Inglaterra. Allí el movimiento sindical no solo no es socialista, sino que es, en parte, un obstáculo para el socialismo” (Ídem). Y claro, aunque cualquiera podría objetar diciendo que esta observación de Rosa tenía un contexto específico, de todas maneras, algunos sindicatos actuales corroboran esa afirmación. Hoy más que nunca, en sentido cabal, varios sindicatos son un obstáculo para el socialismo. Despolitizan las luchas, venden las aspiraciones de sus bases y son aliados–conscientes o inconscientemente–de las clases dominantes. Por ejemplo, en Colombia, a propósito del proceso de paro nacional,<sup>81</sup> muchos sindicatos le sirven

---

80 Ya se ha insistido, párrafos atrás, en que un partido revolucionario debería acoger una táctica y estrategia revolucionaria. No pueden ser asuntos incompatibles, bajo el argumento de “mientras tanto” o con el “por ahora”. O con el consabido mantra de las “correlaciones de fuerzas”.

81 El 21 de noviembre del año 2019, en Colombia, y casi que

a la reacción. Las centrales obreras son funcionales al sistema. No solamente las organizaciones patronales, sino también las que cargan con el mote de *clasistas*.

Recordar que para EB los sindicatos disminuían la tasa de ganancia del patrono: “(...) de tal forma que al final no quedase ya ningún plusvalor, con lo que cesaría la explotación capitalista” (Frölich, 2015, p. 75). En cambio, para RL, los sindicatos no dirigen la *ofensiva* contra el capital sino más bien devienen instrumento para *defender* las conquistas alcanzadas por los explotados. Es decir, su papel radica en batallar contra la pauperización (*verelendungstendenz*). Esto es: evitar despidos masivos o el aumento de la jornada laboral; luchar contra el desmonte de la seguridad social, etc. O probablemente alcanzar algunos beneficios. Por ejemplo: aumento del salario; bonos de alimentación, transporte, salud, entre otros. Sin embargo, y esto es un argumento clave en la perspectiva luxemburgiana, hay que tener en cuenta que: “Los sindicatos permiten la realización de la ley capitalista de los salarios, es decir, la compra del trabajo al precio que en cada momento tenga el mercado, y no son medio para abolirla” (Frölich, 2015, p. 76). Con otras palabras, el sindicato puede pelear (si no se vende a los patrones) y ser útil para mantener el salario mínimo o probablemente para subirlo un poco más, pero nunca

---

*simultáneamente en otros países de Latinoamérica, se desató un proceso de movilización social muy fuerte. Congregó a varios sectores. Tuvo contra las cuerdas al gobierno nacional y durante varios días se desestabilizó el “orden” institucional. Sin embargo, la efervescencia del momento fue sofocada por parte de los dirigentes políticos de la izquierda, representados en las centrales obreras. No fue la represión, ni la reacción, ni el gobierno nacional, los encargados de matar las reivindicaciones sociales, sino los mismos dirigentes obreros. Al final, todo ese proceso quedó en nada. Lo peor del caso es que en abril de 2021 se restableció la movilización y la dinámica del paro, esta vez con mayor intensidad. Y nuevamente el Comité de Paro, compuesto por organizaciones obreras y de izquierda, desmovilizó la lucha.*

servirá para acabar con el trabajo asalariado. De ahí se desprende la metáfora que la lucha sindical puede ser como los trabajos de Sísifo. Y es que el sindicato tiene una tarea constante y repetitiva de luchar para que el trabajador reciba su salario, en virtud de las distintas situaciones del mercado, y para contener el proceso de pauperización que el capital ejerce sobre el trabajo. Y siempre puede hacer lo mismo. Una y otra vez. Y a la final de la jornada volver a empezar de nuevo. Pero no pueden por sí mismos dar el paso para eliminar el trabajo asalariado. El sindicato: “(...) no puede ir más allá de la generalización del respeto de los capitalistas por el valor real de la fuerza de trabajo obrera, siempre como simple mercancía y por el tiempo que ella necesita para su reproducción “normal” (Echeverría, 1982, p.7).

Para cerrar esta parte por ahora, mientras los reformistas y revisionistas auguraban que al socialismo se iba llegando también cuando los sindicatos poco a poco fueran teniendo el control empresarial, por vía del mutuo acuerdo con los capitalistas, RL advertía que ese control de las empresas, en el modo de producción capitalista, se convertiría en un dominio cerrado para los obreros. Y si aspiraba a controlar la producción: “(...) no podía más que oponerse al desarrollo tecnológico, respondiendo así de manera reaccionaria y corporativa. (Frölich, 2015, p. 78). Pero, por otro lado, si el sindicato: “(...) se arriesgaba a negociar el precio de las mercancías en acuerdo con los patrones, esto significaba constituir un *cartel* entre obreros y patrones contra los consumidores” (Ídem).

En cualquiera de los dos casos, aunque se logren esas conquistas, el resultado final siempre será contraproducente para los intereses de clase. Es decir, la alianza obrero-patronal afectará el desarrollo de las fuerzas productivas, o a los consumidores –donde también se cuentan los explotados- y, como quiera que sea, perpetuará la relación capital-trabajo.

Por otro lado, en relación a las reformas sociales, con RL se puede tener claridad que todas ellas apuntan a la humanización del capitalismo, pero sin acabarlo. Y sobre la democratización del Estado, pues recordar que, en principio, es una bandera de la burguesía. De hecho, la democracia liberal-parlamentaria, representativa, es la forma histórica de la dominación capitalista contemporánea. Por tanto, la ampliación de la democracia no implica, de suyo, un cambio histórico. Hoy se corrobora que esa democratización puede darse sin que conlleve a cambios en la vida material de las personas. Se puede incluso asumir el poder político, tener mayorías parlamentarias y *poner Presidente*, pero eso no necesariamente se traduce en un cambio de época, sino, a lo sumo, en implementación de *reformas* provisionales que después serán desmontadas por una eventual alternancia de gobierno. Aquí también se aplica, perfectamente, la metáfora del mito de Sísifo. Un subir la cuesta y nunca llegar a la cima. Caer, volver a subir. Ir y venir. Un volver a empezar perpetuo, mientras el capitalismo sigue su marcha triunfal.

### **Reforma o revolución, primera parte.**

Ya se dijo que este texto tiene dos partes, me permito hacer una breve exposición sobre la primera de ellas. A modo de inventario, se compone de cinco acápites, a saber: **i) El método oportunista; ii) Adaptación al capitalismo, iii) Implantación del socialismo por medio de reformas sociales; iv) Militarismo y política aduanera; y v) Carácter general y consecuencias prácticas del revisionismo.**

Resaltar que del prólogo se extrae la sentencia según la cual, en medio del aparente antagonismo entre reforma o revolución, la reforma es el medio de la lucha y el socialismo es el fin. Ahora bien, la reforma es un medio, pero no es el único. Y quienes piensan en la reforma como único medio, aunque pongen



al socialismo, han elegido el campo reformista y revisionista. Están del otro lado de la trinchera, abrazados con el amigo EB.

Como se ha insistido, el debate sobre reforma o revolución no es un debate cualquiera. Para Rosa es un debate entre el *ser* y el *no-ser*. Es decir: “(...) no se trata, en último extremo, de esta o de aquella manera de luchar, de esta o aquella táctica, sino de la vida de todo el movimiento socialdemócrata” (Luxemburgo, 2015, p.29). Ella sabía muy bien que de esto dependía el futuro de la revolución. Eran las “barbas” de los explotados las que se iban a rasurar. Por tanto, de lo que se trataba era de combatir con todas las fuerzas a los colaboradores del capitalismo.

Estos colaboradores son reconocidos como oportunistas. Aquellos que se infiltran dentro del campo revolucionario para favorecer a la reacción. Este tema se analiza en el primer acápite, *El método oportunista*. Ahora bien, ¿cuál es el método de ellos? Para RL el problema de EB no está en lo que dice, sino en sus concepciones sobre el objetivo final. Especialmente sobre su lectura del capitalismo, fundamentada supuestamente desde la teoría marxista. Pueda ser que su oportunismo radique en esto: venderse como un marxista cuando pretende su liquidación.

Repasemos. EB cuestiona la teoría del derrumbe del sistema, producto de una gran crisis. Ya no habrá crisis generales, sino probablemente asistiremos a crisis situadas en algunas ramas de la producción. Por tanto, el capitalismo se va *adaptando* al mismo proceso histórico. Y lo hace diferenciando, cada vez más, la producción. La Gran Crisis se evitaría gracias al crédito, a las carteles o asociaciones empresariales, a las nuevas tecnologías (transporte e información) y a la democracia. Se supone que todo esto ofrece una mejor calidad de vida para los explotados.



Para RL estos planteamientos entran en total contradicción con el marxismo. Especialmente cuando se rechaza la teoría del derrumbe que sería el presupuesto de *arranque* para la revolución. Los marxistas consideran que las mismas contradicciones del sistema producirán su colapso. Algunos pensaron que la crisis comercial sería como el primer motor para generar este desbarajuste, pero esto sería algo intrascendente. En realidad:

“Las bases científicas del socialismo descansan, principalmente, y en forma muy conocida, en tres resultados del desarrollo capitalista, que son: el primero y el principal, la anarquía creciente de su economía, la cual lo lleva a declinar irremediabilmente; el segundo, en la progresiva socialización del proceso de producción, que marca los comienzos positivos del régimen social futuro, y el tercero, en la mayor conciencia de clase del proletariado y en su organización creciente, factor activo en la revolución que se avecina” (Luxemburgo, 2015, p. 31).

De estos tres presupuestos, EB omite o rechaza, principalmente, el primero. Para él ya no habría anarquía en la producción, sino que, en el marco del mismo desarrollo, asistiríamos a un proceso económico cada vez más planificado y consciente. Por tanto, negando el callejón sin salida o colapso que se produce *inmanentemente*, gracias a esta anarquía creciente, postularía que el socialismo nunca llegaría a instalarse objetivamente producto de la crisis.

Si esto es así, entonces probablemente se llegaría al socialismo a partir de los otros dos postulados. Para EB los cárteles, el crédito, los sindicatos –los llamados medios de adaptación del capitalismo– eliminaban las contradicciones internas del capitalismo. Sin embargo, la pregunta clave sería la siguiente: ¿cómo

es que estos elementos podrían salvar al capitalismo y, al mismo tiempo, generar esas condiciones previas para derrocarlo?

“Será porque conducen a que se haga más fuerte el carácter social de la producción (...) pero si este carácter social ha de conservar su molde capitalista, ¿no resulta cada vez más innecesario el paso de esta producción socializada a la forma socialista? (Ibídem, p. 33).

Según RL, pueda ser que estos medios de adaptación representen un comienzo del orden socialista, en tanto socializa la producción, pero solo de manera abstracta. Y nunca de manera histórica. Además, estos medios no solo no generarán los pasos previos hacia el socialismo, sino que lo harán estrictamente innecesario. Esto es: Si el capitalismo lo permite, para qué superarlo.

En consecuencia, tomando la teoría de EB, a la luz del marxismo, solo quedaría el último presupuesto como fundamento del socialismo. Recordar que este refiere a la mayor conciencia de clase y la organización creciente del proletariado. Si esto es lo que se sostiene, entonces, el tránsito hacia el socialismo reposaría en un plano meramente subjetivo. Sería simplemente un ideal y no una observancia científica sobre la sociedad.

En el segundo acápite de esta primera parte, *Adaptación del capitalismo*, RL analiza a fondo los mentados “medios de adaptación” los cuales serían el crédito, las mejoras en los medios de comunicación y la alianza empresarial. En relación al crédito, parte por decir que puede cumplir varias funciones pero que, quizá, la más relevante tenga que ver con “aumentar la capacidad expansiva de la producción, en mediar y facilitar el intercambio” (Luxemburgo, 2015, p. 34). Es decir, permite disponer del capital ajeno birlando

los obstáculos de la insolvencia. En tanto crédito comercial: “aviva el retorno del capital a la producción y perfecciona y cierra el ciclo del proceso de esta” (Ídem). El crédito permite que el consumo se active y que las personas puedan adquirir ciertas mercancías aun sin contar con los medios para “comprarlas”.

La fórmula bernsteniana sería sencilla: si las crisis se generan por contradicción entre la tendencia expansiva de la producción y la poca capacidad de consumo, el crédito ayudaría a eliminar tal contradicción generando una ilimitada capacidad para consumir. No obstante, el crédito sería justamente el medio que agudizaría tal contradicción porque elevaría cada vez más la tendencia expansiva de la producción. El crédito permite, según RL, rebasar los límites del mercado.

Pero, además, el crédito tendría otras valencias. Por ejemplo, el crédito alimenta la superproducción “(...) razón de más para que, en su calidad de intermediario en el cambio de mercancías, destruya durante la crisis las fuerzas productoras que él mismo convocó” (Ídem). Luego entonces, frente a los nuevos estancamientos económicos, el crédito se paralizaría. Particularmente porque no habría cómo prestar más, ni cartera que aguante acrecentar sus deudas.

Otro efecto del crédito, respecto a la generación de las crisis, tiene que ver con el paso hacia la especulación toda vez que: “(...) teniendo como base real una pequeñísima cantidad de dinero en metálico, hace del cambio un mecanismo artificial y complicadísimo, dispuesto a detenerse ante la menor causa” (Íbidem, p. 35).

Así las cosas, el crédito potencia las crisis. En sentido cabal, la función del crédito es “(...) desterrar toda estabilidad en las relaciones capitalistas en general y producir la mayor elasticidad posible, haciendo de las fuerzas capitalistas algo dúctil, sensible y relativo”

(Ídem). Por lo mismo y tanto, con el crédito las crisis se agudizan. Aunque se difieran y posterguen, volverán con mayor fuerza.

Podríamos decir, entonces, que el crédito no es un medio de *adaptación* del capitalismo, sino que sería un medio de *profundización* de sus mismas contradicciones. Recordar que el crédito profundiza o agrava la contradicción entre forma de producir y forma de cambiar ya que eleva la producción y restringe el intercambio. Ya en el marco de la producción, agrava las contradicciones entre forma de producir y forma de propiedad. En ese sentido, el crédito:

“transforma el carácter del capital, que pasa a ser social; pero, en cambio, una parte del beneficio toma la forma de renta del capital, es decir, que se convierte en un mero título de propiedad. Hace resaltar también la contradicción existente en las relaciones de producción y propiedad, al concentrar en pocas manos enormes fuerzas productoras por medio de la expropiación de muchos pequeños capitalistas. Aumenta la contradicción entre el carácter social de la producción y la propiedad privada capitalista, al hacer necesaria la intervención del Estado en la producción (sociedad por acciones)” (Luxemburgo, 2015, p. 36).

En síntesis, el crédito lejos de ser un medio de adaptación se convierte en un medio de desestabilización del capitalismo. Ocurre lo mismo con el segundo medio de adaptación bernsteniano, a saber: la coalición de las empresas.

Para EB, el pacto empresarial acabaría con las crisis al regular la economía. Con esto se le haría frente a la anarquía de la producción. Sin embargo, la única forma que se tiene para reducir dicha anarquía pasaría por la socialización de la producción. Cosa que

chocaría con la misma naturaleza de los monopolios ya que, como se sabe, el único fin de los monopolios es dominar ramas enteras de la producción y acabar con sus competidores.

De todos modos, el punto nodal de la argumentación de nuestra filósofa consiste en que:

“(...) los carteles consiguen en el mercado interior la indicada elevación de la cuota de beneficios, si aquellas porciones de capital excedentes que no pueden emplearse en las necesidades internas, son invertidas en el extranjero con una cuota de beneficios mucho más baja, es decir, si venden sus mercancías en el exterior a precio mucho más bajos que en el propio país” (Ibídem, p. 37).

Dicho de otra manera, las asociaciones empresariales no eliminan la anarquía de la producción, sino que la agravan y extienden al mercado internacional. El resultado de su coalición es: “(...) una mayor competencia en el extranjero, una mayor anarquía en el mercado mundial” (Ídem).

Para RL las coaliciones u organizaciones empresariales deben ser entendidas como una de las formas que adopta la producción capitalista. En verdad se realizan no para eliminar la anarquía de la producción, sino para hacerle frente a la baja de la tasa de ganancia. Y el método que utilizan es el de retirar una parte del capital acumulado. Pero este remedio, a la final, es peor que la enfermedad. Es decir:

“Saturado y exhausto el mercado mundial por los capitalistas competidores –y la llegada más o menos tardía de ese momento no puede ser negada-, la venta empezará a reducirse y la retirada parcial y obligada del capital tomará entonces tales proporciones, que la medicina se convierte en ayuda de la enfermedad, y

el capital que la organización socializó ya fuertemente retorna a su carácter privado... Ante las escasas posibilidades de hallar para sí un puesto en el mercado, cada porción privada del capital prefiere probar suerte por sí misma. Las organizaciones estallan como pompas de jabón, dando lugar a una libre competencia mucho más terrible” (Luxemburgo, 2015, p. 37).

Todo esto quiere decir que ninguno de estos medios de adaptación, ni el crédito ni los carteles, cumplen los propósitos de armonizar y eliminar las contradicciones del modo de producción capitalista. Lejos de reducir la anarquía de producción, la aumentan. Aumentan las contradicciones entre las formas de producir y de cambiar. Entre las formas de producir y de apropiar. Eleva las tensiones entre el carácter internacional y nacional de la economía. No son medios de adaptación, sino de agudización de las contradicciones del sistema.

Después de estas sentencias, RL se pregunta sobre las temporalidades de las crisis. Lo hace para contrargumentar las críticas a la teoría del derrumbe de EB en donde ellas ya no serían el pan de cada día. Entonces, ¿cómo entender que durante veinte años (desde 1873 a la fecha de su texto escrito) no se presentaran crisis comerciales? Para ella, no hay que confundir los “plazos propuestos” de diez años para las crisis cíclicas, con la misma teoría de la crisis. Los ciclos los entiende como detalles *externos y superficiales*.

Así pues, Marx y Engels, analizando los ciclos de las distintas crisis económicas, solo comprobaban y describían hechos que obedecían a leyes económicas. En ese sentido, las crisis deben entenderse como: “(...) el séquito de una nueva constitución de la economía capitalista, del establecimiento de nuevas bases para su desarrollo” (Luxemburgo, 2015, p. 39). Todas las crisis coinciden con la reorganización económica del

capital. Y no importa si ellas se realizan cada diez años. Estos son elementos externos y casuales. “No importa que estas crisis se repitan cada diez o cada cinco años, o cada veinte o cada ocho” (Ídem).

De fondo, el argumento es que esta teoría de la crisis es mucho más científica que la que propone EB. Sobre todo, porque seguimos asistiendo a periodos de crisis. Incluso, la crisis de 1907, mucho más devastadora que las de episodios anteriores, se produjo justamente en los lugares donde tenían mayor desarrollo los mentados medios de adaptación. Esta realidad desmonta por completo las tesis del revisionismo.

De cualquier forma, la creencia revisionista de que el capitalismo puede adaptarse al cambio descansa en dos posibilidades, a saber: o bien que el mercado mundial es ilimitado o bien que las fuerzas productivas detienen su crecimiento para no sobrepasar los límites del mercado. Pero, frente a la primera opción, se sabe que el mercado mundial es limitado, por tanto, hablar de eso remite a una imposibilidad física. Y en relación a la segunda opción: “se opone el hecho de que continuamente se verifican revoluciones técnicas en todos los aspectos de la producción, despertándose cada día nuevas fuerzas productoras” (Luxemburgo, 2015, p. 40).

EB argumenta en contra de la teoría de la concentración de la riqueza mostrando un aparente avance de la clase media, de la pequeña y la mediana industria. Sin embargo, en clave marxista, los pequeños capitales asumen:

“(...) precisamente el papel de pioneros de la revolución técnica, y ciertamente en un doble sentido, tanto en relación con los nuevos métodos aplicados a ramas de producción anticuadas, pero fuertemente arraigadas, como también respecto a la creación de nuevas

ramas todavía no explotadas por los grandes capitales. Perfectamente falso es el criterio de que la historia de la industria media ha de llevar una recta siempre descendente, hasta su total decadencia” (Ídem).

Quiere decir que la clase media está atravesada por tensiones, “(...) se mueve entre contradicciones” (Ídem). Para RL, dialécticamente, la clase media está asediada por dos tendencias. Una que la eleva y otra que la oprime. La tendencia que la oprime remite al alza de la escala de producción. Esto: “(...) periódicamente devasta los dominios del capital medio, descartándolo y eliminándolo de la competencia una y otra vez” (Ídem). Por su parte, la tendencia elevadora tiene que ver con la:

“desvalorización periódica del capital ya empleado, que motiva que la escala de producción, según el valor del capital mínimo necesario, descienda continuamente y durante cierto tiempo, ocasionando también la entrada de la producción capitalista en nuevas esferas productivas. La lucha de la industria media con el gran capital no debe considerarse como una batalla formal en que las tropas de la parte más débil quedan cada vez más diezmadas, sino como una siega periódica de los pequeños capitales, que no cesan de brotar para ser de nuevo seccionadas por la guadaña de la gran industria” (Luxemburgo, 2015, p. 41).

De estas dos tendencias, a la final, se impone la que oprime a la clase media. Sin embargo, esto no se muestra necesariamente en la reducción numérica –cuantitativa- de la industria media. Más bien, se muestra en la reducción del capital mínimo que se requiere para mantener a flote las industrias que pertenecen a las ramas antiguas de producción. También se muestra en que el periodo que disponen los pequeños capitales,



para explotar nuevas ramas de producción, es cada vez menos corto. En consecuencia, al pequeño capital individual le queda: “un plazo de vida cada vez más corto y un camino cada vez más rápido de los métodos de producción y de las formas de invertir el capital, y para la clase en general, un metabolismo social más acelerado” (Ídem).

Todo esto que afirma RL lo sabe perfectamente su contrincante. Pero olvida que esa es la ley de la mediana industria. Es decir, si los pequeños capitales son la *vanguardia* del progreso técnico, y en esto consiste la economía capitalista, entonces ellos son inseparables del mismo desarrollo del sistema. Viven en virtud y gracias al capitalismo y solo con el derrumbe del sistema pueden desaparecer. De otro modo, la desaparición de la industria no significa la consolidación y desarrollo del capitalismo, sino su estancamiento.

Con esta argumentación, RL pasa al tercer acápite de la primera parte de su obra: *Implantación del socialismo por medio de las reformas sociales*. Este, vale advertir, es uno de los temas de mayor relevancia en la actualidad. Justamente porque los comunistas bernstenianos creen que el socialismo viene a cuenta gotas. Chorreando de a poco gracias a las reformas.

Como el revisionismo cree que la ruta o vía hacia el socialismo ya no es revolucionaria, no obedece al derrumbe producto de la crisis del sistema, sino al progreso histórico y las bondades del mismo capitalismo, la ruta es legal e institucional. Paulatinamente, a través de las luchas políticas, sindicales y democráticas, van generando el paso hacia el nuevo modo de producción. Ellos creen que por medio de las leyes se puede limitar los derechos de propiedad y redistribuir las riquezas.

Contra esto, RL empieza a refutar punto por punto estos supuestos. Resalta que el papel del sindicato es

solamente para mantener las conquistas alcanzadas y garantizar la ley capitalista del salario. No voy a explayarme en la explicación sobre el papel del sindicalismo puesto que ya lo hice líneas arriba. Más bien quisiera ahondar un poco en el papel de las reformas sociales.

Tanto EB como Konrad Schmidt entienden a la reforma como un *control social* sobre el Estado por parte de los excluidos. Y así convierten al Estado en sociedad civil. O en una institución social al servicio de todos. Siendo esto así, el revisionismo: “(...) convierte a los inofensivos acuerdos sobre protección obrera dictados por el Senado alemán en medidas de tránsito al socialismo conseguidas por el proletariado germano” (Luxemburgo, 2015, p. 45).

Para RL con esta creencia se presenta un proceso de *mistificación*. Porque el Estado no puede ser concebido como representante de la sociedad, sino como representante de la sociedad capitalista. Es un Estado capitalista y todas sus instituciones sirven a los fines del capital y el mercado. Por esta razón, la reforma social “(...) no es un producto del control social, es decir, del control de la libre sociedad obrera sobre el proceso de trabajo, sino el control de la organización de clase del capital sobre el proceso de producción capitalista” (Ibídem). Quiere decir que las reformas sociales son cuando no realizadas por lo menos sí permitidas por las clases dominantes. Como formas de recomposición del capital y como medidas para sofocar procesos de lucha y movilización social. Por lo mismo y tanto, las reformas sociales encontrarán sus límites naturales.

El *quid* de la teoría de la implantación gradual del socialismo, a través de las reformas, descansa en un *desenvolvimiento objetivo* de la propiedad capitalista y del Estado. Frente a la propiedad, el revisionismo cree que en el futuro –gracias al desarrollo del capitalismo bueno- los propietarios se verán reducidos al papel

de meros administradores. Las leyes los limitarán y pondrán en cintura. Así se va dando una *expropiación progresiva*. Ellos suponen:

“Un fraccionamiento del derecho de propiedad en favor de una superpropiedad, de mayor importancia cada vez, y que adjudica a la sociedad, creando asimismo un derecho de usufructo que irá reduciéndose en manos de los capitalistas hasta quedar en la simple administración de sus empresas” (Luxemburgo, 2015, p. 46).

Es decir, se cree que las propiedades individuales van siendo confiscadas paulatinamente y pasan a ser parte de la propiedad social. Se va dividiendo el producto o la riqueza colectiva de acuerdo a una economía natural. Muy parecido a lo que sucedía en el feudalismo. Sin embargo, de acuerdo al materialismo histórico:

“La descomposición de la propiedad en diversos derechos parciales fue consecuencia de hallarse organizada de antemano la división de la riqueza social. Con el tránsito a la producción de las mercancías y la disolución de los lazos personales existentes entre todos los que aisladamente participaban en el proceso de producción, se afirmó, por el contrario, la relación entre hombre y cosa: advino la propiedad privada. Al no realizarse la partición por medio de relaciones personales, sino valiéndose del cambio, las diversas pretensiones de participar en la riqueza social ya no se miden descomponiendo en partes el derecho de propiedad que existe sobre un objeto determinado, sino el que se tiene sobre el valor llevado al mercado por alguien” (Luxemburgo, 2015, p. 47).

En consecuencia, las relaciones jurídicas cambiaron después de la aparición de la producción de mercancías. Sobrevino un derecho cerrado y absoluto en las relaciones jurídicas “basadas en la partición de la propiedad” (Ídem). Esta situación, desde luego, se profundizó con el capitalismo. En tanto más se socializa la producción, más va cambiando el proceso de distribución y reparto de la propiedad. De esa manera, la propiedad deja de ser un derecho al producto del propio trabajo para convertirse en un derecho de apropiación respecto al trabajo ajeno.

“Mientras el capitalista dirige la fábrica, la división está todavía en cierto grado ligada a la participación personal en el proceso de producción. Pero a medida que la dirección personal del empresario se hace superflua – cosa que ocurre completamente en la sociedad anónima-, la propiedad del capital, como título de pretensión al reparto, se separa absolutamente de toda relación personal con la producción, y aparece en su forma más cruda y rigurosa. En el capital por acciones y en el que sirve de crédito o préstamo industrial, el derecho capitalista alcanza su completa formación y desarrollo” (Ídem).

Si esto es así, el esquema histórico del desarrollo económico que imagina el revisionismo, desde Konrad Schmidt hasta EB, es el adecuado, pero lo formula a la inversa. Es decir, no es que los propietarios pasen a administradores, sino todo lo contrario: los administradores capitalistas pasaron a ser propietarios sin que en esto mediara ningún tipo de relación personal. En ese sentido, el esquema revisionista supone artificialmente un retroceso histórico. Quiere devolver la rueda del progreso de las sociedades modernas hasta la manufactura y el taller. Todo para ajustar el mundo capitalista en “el cascarón feudal de la economía natural” (Ídem).

De todas maneras, en síntesis, lo que demuestra RL es que este supuesto del control social sobre el Estado y las leyes tiene un desenvolvimiento distinto al que aspira el revisionismo. Y es que lo que funciona como control social del Estado, como la protección al obrero, no refiere a la participación de la sociedad en el derecho de propiedad. Ese control social –alrededor del reconocimiento de derechos- no significa la limitación a la propiedad capitalista, sino todo lo contrario: su protección. El hecho de que haya más leyes, más normas, mayores reformas sociales, solo demuestran y comprueban la ordenación de la explotación capitalista.

Luego entonces, resulta una ingenuidad querer implantar el socialismo por vía de reformas graduales, controlando socialmente el aparato del Estado. No solo porque ese aparato, en el modo de producción capitalista, responde a los intereses del sistema; sino porque las leyes no van a poder expropiar, de buena gana, los caudales privados. Y menos invocando un anacrónico derecho natural a la propiedad.

Esa concepción un tanto ingenua sobre el Estado, como ente neutral al servicio de la sociedad, se expresa muy bien en la cuestión militar y arancelaria. Por eso, en el acápite titulado *Militarismo y política aduanera*, nos reafirma el carácter de clase que tiene el aparato estatal. Quiere decir que “(...) el Estado actual es una organización de la clase capitalista dominante” (Luxemburgo, 2015, p. 49). Por eso, en caso de que el Estado se armonice con el interés del progreso social, lo hace siempre y cuando esos intereses concuerden con los de las clases dominantes. En realidad: “La protección del trabajador, por ejemplo, es de un interés tan inmediato para los capitalistas como clase, como para la sociedad en general. Pero esta armonía de interés dura solo hasta un momento dado del desenvolvimiento capitalista” (Ídem).

Lo que nos quiere decir es que cuando empiecen a divergir los intereses de las clases dominantes con los de la sociedad, se empiezan a manifestar los fenómenos del militarismo (la represión) y la política aduanera. RL reconoce que estos factores jugaron, en cierto momento, un papel revolucionario. Por ejemplo, sin la protección aduanera no se habrían podido desarrollar las economías nacionales. Pero en la actualidad de su tiempo, la política aduanera solo servía para conservar formas anticuadas de producción. De otro modo:

“Desde el punto de vista del desarrollo capitalista, es decir, desde el punto de vista de la economía mundial, hoy carece de importancia el hecho de que Inglaterra exporte más mercancías a Alemania, que Alemania a Inglaterra. Teniendo en cuenta el desarrollo industrial <<el moro ha cumplido su deber, y debería irse>>. Debería irse, sí” (Luxemburgo, 2015, p. 49).

Lo que con esto se deduce es que, bajo la actual interdependencia de las distintas ramas de la industria, la protección aduanera de mercancías termina encareciendo, en los mercados locales, la producción de otras. Lo que redundaría en el estancamiento de la industria y la economía. No obstante, esto no menoscaba los intereses de la clase capitalista en su conjunto. Solo la necesita el capitalista individual “para asegurar su venta” (Ídem). Con otras palabras:

“Las aduanas ya no sirven para proteger una producción capitalista incipiente contra otra de una mayor madurez, sino como medio de lucha de un grupo nacional de capitalistas contra otro. Las aduanas, además, no son ya necesarias, como medios de protección industrial, para crear y conservar un mercado interior, sino como recurso indispensable para cartelizar la industria, es decir, para la lucha

de los capitalistas productores contra la sociedad consumidora” (Ídem).

Visto así, la política aduanera no genera gran impacto en el desarrollo industrial del capitalismo. A lo sumo, puede tener un alcance significativo a nivel de agricultura. Lo que conlleva a decir que puede ser un medio para fundir o mezclar intereses feudales en medio de la égida del capital.

Cambiando de tercio, RL considera que algo similar ha ocurrido con el militarismo. Puede que la guerra haya jugado un papel importante en el desenvolvimiento de la industria capitalista. O en la consolidación del sistema. Pero en el contexto en el que ella escribe, el militarismo no sirve para abrir o llevar el capitalismo hacia nuevos mercados, nuevos países. “(...) no son, de un lado, países capitalistas, y, de otro, países de economía natural, sino Estados que, justamente por la amenaza de su alto desenvolvimiento capitalista, se ven arrastrados a un conflicto” (Luxemburgo, 2015, p. 50).

Para la clase capitalista como tal, el militarismo es imprescindible y sirve en tres aspectos, a saber: **i)** como medio de lucha de los intereses nacionales (luchas entre competidores). **ii)** como medio de inversión del capital financiero y el capital industrial. Piénsese en la industria armamentista. Y **iii)** como instrumento de dominación y represión de clases.

Por eso, en el desarrollo del capitalismo, el Estado y sus distintos aparatos se ponen al servicio del sistema y de las clases dominantes. Y estas usan como instrumento al militarismo y la represión para contener los procesos revolucionarios. El militarismo, entonces, deviene como forma de ejercer el poder de clase. Bajo esa lógica, por más que se tome el gobierno, las fuerzas militares estarán prestas a devolver el control del aparato a las burguesías. Los golpes de Estado, y las dictaduras militares, dan cuenta de ello.



Guardando relación con todo lo anterior, RL analiza los alcances del parlamentarismo en el marco de la política bernsteniana. Los revisionistas y reformistas parten por decir que el mejor camino hacia el socialismo se da cuando, además de ser gobierno, logren tomarse el parlamento. Sin embargo, el parlamento “sirve para dar expresión a la organización estatal (...) pero, por otra parte, será únicamente la sociedad capitalista, es decir, una sociedad en que los intereses capitalistas dan la norma, la que encuentre esa expresión” (Luxemburgo, 2015, p. 51). Dicho con otra entonación, las instituciones del Estado –democráticas en su forma- son instrumentos, en el fondo y en su esencia, de los intereses de las clases dominantes.

Esto queda en evidencia cada vez que la democracia tiende a olvidar su carácter de clase. En ese momento entran a operar las modalidades antidemocráticas y represivas. No debemos olvidar el papel del militarismo. La violencia legal o ilegal. Por esta razón, el parlamento no es para los marxistas un elemento socialista que puede ir desmontando la sociedad capitalista, sino como un “medio específico del estado burgués que madura y da cima a las contradicciones capitalistas” (Luxemburgo, 2015, p. 52). En relación a esto último, la enseñanza que queda es tomar al parlamento como medio de trinchera para estimular las acciones de masas y las situaciones revolucionarias.

Para ir resumiendo lo dicho hasta aquí:

“Las relaciones de producción de la sociedad capitalista se aproximan más y más a la socialista, en tanto que, por el contrario, las relaciones jurídicas y políticas elevan, entre la sociedad capitalista y socialista, un muro cada vez más alto. No será por el desarrollo de la democracia y la reforma social como este muro caerá al suelo, puesto que, al contrario, ambas lo hacen más espeso y fuerte. Para



derribarlo solo tendrá fuerza el *mazazo* de la revolución, es decir, la conquista del poder político por el proletariado” (Luxemburgo, 2015, p. 53).

Dejando claro esta exposición, RL desarrolla la última parte de este escrito aludiendo al *Carácter general y consecuencias prácticas del revisionismo*. Para no ser reiterativo voy a soslayar algunas tesis. Primero, a nivel teórico, el carácter del revisionismo radica en su estructura idealista. Descansa no en el estudio científico de la sociedad, sino en el voluntarismo político de los explotadores y explotados. En las bondades de los capitalistas altruistas que, por medio de la democracia, van a socializar sus riquezas. Segundo, a nivel práctico, sus consecuencias radican en enseñarle al partido y al movimiento obrero la imposibilidad de la revolución. Y que opten por las reformas y el activismo como la realización de toda acción política. Estas ideas hacen “(...) que la lucha práctica, diaria, de la socialdemocracia pierda, en última instancia, toda relación con el socialismo” (Luxemburgo, 2015. 54).

EB cree que existe una influencia socialista en la economía capitalista y que las reformas, la democracia, el sindicalismo y el parlamento van pariendo la nueva sociedad. Casi como un regalo humanista. En cambio, RL demuestra que los hechos van en dirección contraria. Que el sistema se consolida en linderos opuestos a los del socialismo. Y que el papel de las reformas, de la democracia, el sindicalismo y el parlamento justamente enseñan al proletariado que estos medios son incapaces de transformar la sociedad. La conciencia de la insuficiencia de las reformas muestra que solo la vía revolucionaria, de la toma del poder, puede abonar el terreno hacia el nuevo modo de producción.

Los revisionistas caen en una técnica del movimiento. Suponen que cada reforma es el motor de las otras.

Y que de tanto reformar la sociedad se llega al socialismo. La metáfora que usa RL para fustigar esta *cadena de reformas* remite aquella idea que supone que de tanto comer se abre el apetito. Una tesis casi que contra intuitiva puesto que en algún momento llega el hartazgo. Hoy sabemos que quizá el logro de una reforma conduce a desmovilizar el movimiento. Una sola reforma puede mostrar síntomas de satisfacción y hartazgo. Si esto es así, es una fantasía creer que la cadena de reformas siempre tendrá una teleología socialista, esto es, que va ir siempre en la misma dirección esperada. Según su opinión: “Por la naturaleza misma de las cosas la cadena se partirá más bien, siendo entonces múltiples los caminos que, desde este momento, el movimiento puede llevar” (Luxemburgo, 2015, p. 55). Por tanto, el cúmulo de reformas no garantizan el paso hacia el socialismo. Incluso pueden tener una dirección reaccionaria. Y lo que es peor: pueden alejar cada vez más la revolución.

Lo que lee RL es que adoptar estas ideas implica un cambio de perspectiva. Pasar de la lucha de clases y de las posturas revolucionarias hacia la conciliación y lo políticamente correcto. El revisionismo, a fin de cuentas, implica adoptar:

“Una política de compensación –o hablando claramente: una política de toma y daca- y una hábil actitud conciliadora, propia de políticos profesionales. Pero el movimiento no puede quedar mucho tiempo detenido por esta causa. Pues como las mejoras sociales jamás, en el mundo capitalista, llegan a tener actualidad ni eficacia- cualquiera sea la táctica que se emplee-, la consecuencia inmediata será la falta de fe en una reforma social, es decir, en esa bahía tranquila donde actualmente los profesores Schmoller y compañía se dedican al pacífico estudio de soluciones a gusto de ambas partes, para, al final, encomendar todo a la voluntad de Dios” (Ibídem).

RL cierra la primera parte de *Reforma o Revolución* mostrando que EB, en materia económica, piensa como un capitalista particular y no ve los hechos desde la conciencia de clase proletaria. Concibe las crisis como simples trastornos “(...) cuya desaparición le permite un mayor plazo de vida” (Luxemburgo, 2015, p. 59). O una mejora progresiva de la realidad material de las sociedades. Asimismo, el revisionismo del burgués particular considera a los medios de adaptación, por ejemplo, como el crédito: “(...) como un medio de adaptar sus insuficientes fuerzas de producción a las exigencias del mercado, y no dudará de que el cartel del cual entra a formar parte ha de suprimir de un modo efectivo la anarquía de la producción” (Ibídem).

### **Reforma o revolución: segunda parte.**

Esta sección de la obra se constituye como el segundo misil lanzado contra el revisionismo y el reformismo. Apareció luego que EB publicara en 1890 su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Esta versión tiene cinco acápites, enumerados de la siguiente manera: **i) El desarrollo económico y el socialismo. ii) Sindicatos, cooperativas y democracia política. iii) La conquista del poder político. iv) El derrumbe. Y v) El oportunismo en la teoría y en la práctica.** Resaltar que aquí ya considero suficiente la ilustración sobre la teoría revisionista y la crítica revolucionaria, las espinas de la Rosa roja. Por tanto, para no tornarme latoso, solo reforzaré algunas lecciones. Quizá como para que el lector se haga una imagen del contenido de esta segunda parte de *Reforma o Revolución*.

En el primer acápite, RL vuelve a decir que EB combate la necesidad histórica del socialismo. Y lo hace construyendo una teoría sobre el desarrollo del capitalismo. Por ejemplo, refutando la concentración en la industria. Según él, la permanencia de la pequeña

y la mediana industria contraviene la teoría marxista, omitiendo que:

“Marx no señala un *compás* o ritmo determinado para la concentración de la industria, es decir, un plazo calculado para la realización de los fines socialistas y menos aún considera –como ya hemos demostrado– la *desaparición absoluta* del pequeño capital, y, por lo tanto, la de la pequeña burguesía como condición precisa para la realización del socialismo” (Luxemburgo, 2015, p. 60).

En todo caso, EB ofrece el fenómeno de las *sociedades anónimas* como punto de apoyo para validar su teoría. Para nuestro autor, la unificación de varios capitales en una misma sociedad económica –una nomenclatura– significa la socialización de la riqueza. Como fraccionamiento de la riqueza y no como reunión de capital. Ve una difusión de la propiedad capitalista y no una limitación de esa propiedad. Para RL, el error del revisionismo sobre este tópico consiste en que asume al capitalista:

“(…) no como una categoría de la producción, sino un derecho de propiedad; no una unidad económica, sino una unidad político-contributiva, y al capital no lo ve como un todo dentro de la producción, sino únicamente como capitales pecuniarios, fortunas en dinero” (Luxemburgo, 2015, p. 62).

Por tanto, por ejemplo, ve en una sociedad por acciones compuesta por 100 personas, no una empresa sino 100, una centena de capitalistas asociados en ella. De esa manera cree que hay mayor socialización en la riqueza y que cualquiera es capitalista o puede llegar a serlo. En decir de RL, esto no solamente es caer en una soberana ingenuidad, sino además en una vulgarización de la teoría económica. Realmente:

“Cuando Bernstein traslada el concepto capitalista, desde las relaciones de producción, a las de propiedad, y cuando habla de <<hombres en vez de empresarios>>, lleva también la cuestión del socialismo, desde el terreno de la producción al de las relaciones pecuniarias; de la relación de *capital y trabajo* a la de rico y pobre” (ídem).

Y esto significa retroceder a las épocas del socialismo utópico, poniendo como referencia la obra de Wilhelm Weitling<sup>82</sup>. Aunque este último por lo menos reconocía la lucha de clases. EB: “(...) por el contrario, ve al socialismo en la transformación de los pobres en ricos, es decir, en la lenta desaparición de los antagonismos de clase, y adivina el futuro socialista al final de un proceso pequeñoburgués” (Luxemburgo, 2015, p. 63).

Quiere decir que, a fin de cuentas, EB percibe que las sociedades anónimas, con los pequeños accionistas, constituyen un ejemplo de cómo la riqueza social empieza a extenderse a toda la sociedad. Pero el autor no comprende que la riqueza no funciona de manera nominal (como cuando alguien tiene una acción en una gran compañía) sino por su materialidad. Por la cantidad de acciones o el valor o el número de acciones que cada capitalista tiene. Es decir, participar de una gran compañía comprando una acción no hace “rico” al “pobre”. Le puede significar algún tipo de ingreso, pero no para amasar grandes fortunas. Solo, en este caso, se enriquecen aquellos capitalistas que tienen los recursos para hacerse de grandes cantidades de acciones. En otras palabras: De las sociedades por acciones solo se benefician los socios mayoritarios. Luego, es una fantasía creer en que, con estos métodos,

---

82 **Wilhelm Weitling** (1808-1871) fue un socialista alemán. Compañero de luchas de Marx y Engels. Se le recuerda como uno de los exponentes del socialismo utópico.

y no a través de la lucha de clases, se va a democratizar la riqueza social.

Para los revolucionarios, dicha democratización solo se va a dar a través de la lucha y el socialismo. Y llegar al socialismo no se va a dar a través ni de la violencia de unas minorías heroicas ni por la “hazaña” de unas mayorías electorales. Aquí hay una especie de objetivismo para RL (2015) y es que a la meta se llega “(...) por la necesidad económica (...) la cual exige la anulación del capitalismo por la masa del pueblo, luego de hacerla necesaria, ante todo, la *anarquía capitalista*” (p. 64).

Pero como hemos dicho, EB descrea del fenómeno de la *anarquía capitalista*. Por tanto, afirma la imposibilidad de la crisis económica. Aunque, como hemos visto, tal vez llegue a conceder la existencia de ellas, siempre y cuando sean crisis parciales. Quiere decir que, al aceptar una suerte de *anarquía controlada*, cae en un típico error de la economía vulgar al separar –concibiendo como elementos inconexos– la forma de producir y la forma de cambiar.

Para dilucidar o corregir la confusión, RL analiza la teoría del valor de Marx. Parte por recordar que para EB esta teoría se basa en abstracciones. Sin embargo, olvida u oculta, que dicha teoría no es una abstracción sino un *descubrimiento*.

“(...) este no estaba en la cabeza de Marx, sino en la economía mercantil; que, socialmente, implica algo real, tan real que puede contarse, unirse, pegarse o marcarse. El trabajo humano abstracto, descubierto por Marx, no es precisamente en su forma desdoblada, otra cosa que...*dinero*. Y este es uno de los más grandes descubrimientos de Marx, en tanto que, para la economía burguesa en general, desde el primer mercantilista hasta el último,

la esencia mística del dinero sigue siendo el libro cerrado con siete sellos” (Luxemburgo, 2015, p. 65).

En sentido estricto, RL anota que, omitiendo la teoría del valor, como lo pretende el revisionismo, se hace incomprensible el sistema económico. Es decir: “(...) si no se comprende la esencia de la mercancía y de su cambio, la economía capitalista en general y todo su mecanismo quedarán en las tinieblas” (Ídem). Ahora bien, la pregunta pertinente refiere a ¿cuáles fueron esos aportes de Marx para iluminar dichas tinieblas?

A ciencia cierta, entender a la economía capitalista como un fenómeno histórico. Un fenómeno que marcha en dirección del socialismo. Recordar que las contradicciones inmanentes del sistema –dualismo entre la sociedad burguesa existente y la sociedad proletaria del futuro- son las que permiten dichas resoluciones. Al final:

“Aquello que la teoría marxista del valor, el análisis del dinero, las teorías del capital y las cuotas de beneficio encierran en sí, es...el carácter efímero y temporal de la economía capitalista, su derrumbe, es decir –y aquí su reverso-, *el objetivo final socialista*. Justamente solo debido a que Marx examinó, de ante mano y como socialista, la economía actual *bajo un punto de visto histórico*, pudo descifrar sus jeroglíficos, y si pudo dar una base científica al socialismo fue porque hizo, del punto de vista socialista, *el de la partida* para el análisis científico de la sociedad burguesa” (Luxemburgo, 2015, p. 66).

Dicho esto, pasamos a estudiar el segundo acápite de esta parte del libro titulada *Sindicatos, cooperativas y democracia política*. RL parte de la premisa según la cual el socialismo bernsteniano se realiza



convirtiendo a los pobres en ricos. Los medios para esto son los sindicatos y las cooperativas. En relación a las cooperativas, recordar que el autor trabaja las de producción y las de consumo. Y aquí nuestra autora retoma estas modalidades, en procura de mostrar las equivocaciones reformistas.

Se sabe que las cooperativas de producción son formas socializadas de producir en el marco del régimen capitalista de cambio. Empresas administradas por los trabajadores para mejorar las condiciones de la fuerza de trabajo. Pero EB omite una verdad medular, a saber: en el capitalismo el cambio determina la producción. Ocurre que la producción, en el sistema actual, por más socializada que sea, siempre va a regirse por los intereses del capital. Eso significa que el trabajo está sometido a los ritmos del mercado. En aras de poder competir, las empresas emplean fuerza de trabajo o la despiden de acuerdo al volumen de lo que *venden*. Al final, el ideal de “empresa de nuevo tipo” queda condicionado a manejarse como cualquier empresa capitalista. Por tanto, los trabajadores, ahora dueños de las empresas, dirigen sus emprendimientos en contra de los intereses de su propia clase y de sus propios compañeros. En sentido profundo, o la cooperativa se vuelve capitalista –negando su razón de ser– o se va a pique. Parece o se *aburguesa*. Por eso ese tipo de cooperativa no cumple con los propósitos reformistas del socialismo. RL aclara que EB es consciente de esta contradicción, pero prefiere ubicar como razones del fracaso a la falta de superación personal y disciplina. Tal como lo haría hoy un buen neoliberal.

La única fórmula para que las cooperativas tengan futuro, pasa por anular esta contradicción “(...) escapando artificialmente a las leyes de la libre competencia” (Luxemburgo, 2015, p. 68). Sin embargo, esto sería posible si se asegura un “mercado de venta” (Ídem). O sea, si se crea un círculo cerrado de consumidores. Y bajo esta hipótesis, EB propone las



cooperativas de consumo como subsidiarias a las cooperativas de producción. En unas se produce de manera socializada y en otras se consume de manera solidaria. Pero esta fórmula mágica no percibe que la producción va a quedar limitada a ámbitos muy pequeños. Focalizados y localizados. Las grandes industrias, los medios esenciales, prioritarios y estratégicos de la producción quedan excluidos del dominio de las cooperativas. De manera que sus alcances y potencia transformadora se reducen a los pequeños planos de la sociedad. Quizá en la lógica de las *microresistencias*.

Luego se analiza nuevamente el papel de los sindicatos. Brinco esta reflexión por considerar que hay suficiente ilustración sobre los *trabajos de Sísifo*. Pero va quedando claro que:

“Ambos remedios de la reforma bernsteniana, las cooperativas y los sindicatos, manifiéstanse, por tanto, como incapaces completamente de transformar el *modo de producir* capitalista. A decir verdad, Bernstein llega a darse cuenta de ello hasta cierto punto, y los concibe simplemente como medios de *regatear* a los capitalistas la parte del león en el beneficio, enriqueciendo así al obrero. Por lo tanto, renuncia incluso a luchas contra el modo capitalista de producción y reduce el movimiento socialdemócrata a la protesta contra la partición justa” (Luxemburgo, 2015, p. 70).

Como queda claro, el problema no es la explotación del trabajo ajeno sino hacer cada vez más justa la partición capitalista. Una política caritativa, de equidades, como la pregonan los actuales representantes de la izquierda institucional y revisionista. En cambio, los revolucionarios no están por la partición justa en el sistema capitalista, ni por su humanización caritati-

va, sino por la “anulación de la producción mercantil misma” (Ibídem).

Como los planteamientos de EB hacia el socialismo son objetivamente imposibles, especialmente desde el punto de vista de la economía política, entonces recurre al campo del voluntarismo. A la acción de los seres humanos y su actividad política. Un activismo movido por ideales como el de *justicia*<sup>83</sup> y no por cuestiones materiales o por necesidades económicas.

Obviamente el activismo que piensa EB es el de la política institucional. La cuestión de la democracia. Especialmente porque asume que la realización de la democracia significa el paso a la modernidad. La democracia permite instalar la razón, el desarrollo, la civilización y las buenas maneras en la sociedad. Ayuda a transitar hacia la *decencia* y lo políticamente correcto. Por tanto, la democracia es: “(...) la gran ley fundamental del desarrollo histórico en su conjunto, y todas las fuerzas políticas activas han de contribuir a su desenvolvimiento” (Ibídem, p. 72).

Para RL esta idea planteada así, como en abstracto, es falsa. La historia demuestra todo lo contrario. Primero, hay formas de democracia en distintas formas históricas. Luego entonces, democracia no corresponde a socialismo. De hecho:

“La forma política es, en todo momento, el resultado de la suma total de los factores políticos internos y externos, y admite, dentro de sus límites, la escala completa de

---

83 *Rosa reseña magistralmente, casi que poéticamente, cómo es que el ideal de justicia ha sido el inspirador de grandes soñadores e idealistas. Quijotes que, desconociendo el desenvolvimiento histórico de la sociedad, quedaron peleando con molinos de viento. Logrando tan solo golpes y frustraciones. Por esa razón, solamente el camino revolucionario puede materializar estos nobles sueños.*

los regímenes políticos, desde la monarquía absoluta a la república democrática” (Luxemburgo, 2015, p.73).

Quiere decir que el capitalismo puede encontrar útil la democracia o las monarquías o cualquier forma de Estado para garantizar la explotación. Es más, hoy, aquí y ahora, la modalidad de la democracia liberal-parlamentaria es la acompañante perfecta de la explotación capitalista. Lenin (2009) coincidía con esta tesis y lo planteaba así en *El Estado y la revolución*: “Las formas de los Estados burgueses son extraordinariamente diversas, pero su esencia es la misma: todos esos Estados son, bajo una forma o bajo otra, pero, en última instancia, necesariamente, una *dictadura de la burguesía*” (p.57).

Por esta razón y motivo, las instituciones democráticas pueden desempeñar un papel y rol importantes en el desarrollo burgués. Pero se puede prescindir de ellas cuando se conviertan en un obstáculo para la dictadura de la burguesía. En caso de que la democracia ponga en riesgo los intereses de las clases dominantes, pueden advenir los tiempos oscuros de la represión. Dictaduras militares y regímenes totalitarios lo confirman. Así las cosas, no es la democracia lo que caracteriza la sociedad contemporánea o moderna, sino el militarismo. Tanto a nivel interno como a nivel exterior. En el plano mundial, el militarismo y las carreras armamentísticas cumplen un papel medular en las guerras de rapiña, sobre todo cuando se trata de controlar los recursos naturales y el mercado global.

Aquí considero que hay una lección luxemburguiana bastante importante. Y es que la reacción puede prescindir fácilmente de la democracia. Luego no son ellos los representantes de esta forma de Estado. Serían los excluidos el único apoyo de la democracia, o sus únicos defensores.

No obstante, esta idea se debe precisar, para no caer en tergiversaciones reformistas. Y es que cuando RL habla de que los proletarios son los únicos que pueden reivindicar la democracia, no quiere decir que la lucha sea única y exclusivamente por ella. No se puede renunciar al objetivo final del socialismo, ni reemplazarlo por la obsesión fetichizada de las instituciones. Al contrario, construir el socialismo significa fortalecer la democracia. Es decir: “Todo el que desee mayor fuerza en la democracia, ha de querer, justamente, un fortalecimiento, no un debilitamiento del movimiento socialista” (Luxemburgo, 2015, p. 75). Sin embargo, y esto me parece sumamente importante, no se trata de fortalecer cualquier tipo de democracia. No es la democracia en abstracto por lo que hay que batallar. Porque no quiere decir que la tarea del movimiento obrero y revolucionario sea el de perfeccionar y mejorar las instituciones burguesas. Para el marxismo, se trata de destruirlas y crear nuevas formas Estatales. Más bien se trata de construir una democracia proletaria que rompa con el actual consenso liberal-parlamentario. Y esto ya son aguas distintas.

Pero como los reformistas y revisionistas están tan obsesionados con la democracia, tomarse el gobierno y el parlamento, RL trabaja en el tercer acápite la idea de *La conquista del poder político*. En esta parte retoma el meollo del problema que refiere a la reforma o la revolución. Vía institucional y legal o vía insurreccional y revolucionaria.

En líneas arriba resalté que los revolucionarios no caen en ese dualismo. Son los revisionistas los que antagonizaron esas vías, priorizando exclusivamente en la línea legalista. Los revolucionarios simplemente combinan las formas de lucha y las vías hacia el socialismo. Y no es una estrategia exclusivamente marxista, a través de la historia distintas clases sociales lo han hecho para dirigir la sociedad en función de sus intereses.

Vale recalcar que EB es el pensador por excelencia del progresismo y de lo políticamente correcto. Si acaso lo leyeran, y fueran ideológicamente honestos, los partidos comunistas y las izquierdas actuales le rendirían homenaje, porque plantea que la vía legal es el cauce de la razón, la inteligencia, la decencia y la política humana. En cambio, la vía revolucionaria es irracional, más cercana a las orillas de los sentimientos. La indecencia, el aventurerismo y el terrorismo.

Más allá de esto, RL nos aclara que no hay una continuidad entre la reforma y la revolución, como suponen los revisionistas. No son salchichas frías o calientes que se eligen a gusto en el buffet de la historia. Es decir:

“La reforma legislativa y la revolución son diferentes dimensiones en el desarrollo de la sociedad dividida en clases. se condicionan y complementan mutuamente, y al mismo tiempo se excluyen entre sí, como el polo norte y el polo sur, como la burguesía y el proletariado” (Luxemburgo, 2015, p. 76).

Dicho de otro modo, aquí se dice que se trata de momentos distintos de la acción política. La reforma y la revolución a veces se complementan y en otros tiempos se excluyen. No obstante, en la medida que avanza la argumentación, nuestra autora aclara estos momentos políticos cuando dice que toda reforma legal es consecuencia de un proceso revolucionario. Aquí hay una idea importante –que bien podría acercar a RL con el pensamiento de Hannah Arendt<sup>84</sup>– y es que la revolución es siempre un acto de creación política. En cambio, la reforma es el campo de la vegetación. De la

---

<sup>84</sup> **Hannah Arendt** (1906 - 1975) fue una filósofa alemana. Destacada en la reflexión de la teoría política, la condición humana y el totalitarismo. Se puede decir, sin lugar a equivocarnos, que Arendt es una de las pensadoras más influyentes del siglo XX.

pasividad. Es decir: “en cada periodo histórico, la tarea de las reformas se cumple únicamente en el marco de la forma social creado por la última revolución. Este es el núcleo de la cuestión” (Luxemburgo, 2015, p. 77).

RL nos da una lección absolutamente preciosa para estos tiempos de consolidación reformista, a saber: no se va a llegar a una forma social nueva a punta de reformas. Además, la reforma no se *debe* pensar como una revolución extendida. Tampoco la revolución se *debe* asumir como una reforma materializada. Son elementos distintos “no por *duración* sino por su *esencia*” (Ibídem). No es que el camino de la reforma nos lleve al socialismo de manera más lenta y la revolución de forma más rápida. Es que la revolución significa un salto *cualitativo* en la forma social. Significa el tránsito de un periodo histórico a otro. En cambio, la reforma solo puede a lo sumo ordenar o “legalizar” o mejorar *cuantitativamente* la constituida forma social.

“Es por esto que quienes se pronuncian a favor del camino de las reformas legislativas *en lugar de –y en contraposición a–* la conquista del poder político y de la revolución social, no están eligiendo un camino más calmo, seguro y lento hacia la *misma* meta, sino una meta *distinta*. *En lugar de dirigirse al establecimiento de una nueva sociedad, se dirigen simplemente hacia modificaciones inesenciales (cuantitativas) de la existente*” (el subrayado es mío) (Ídem).

En conclusión, la perspectiva política del revisionismo se encamina hacia la reforma del capitalismo. Su humanización. Y no su sustitución o destrucción. Al final, los bernstenianos quieren reformar los excesos y abusos del capital edulcorando la explotación. Y pretenden hacerlo a punta de leyes y la ampliación de derechos. El problema de esta posición es que creen que el dominio de clase capitalista descansa sobre la esfera política y sus relaciones jurídicas, omitiendo que

son las relaciones económicas las que dictan el estado actual de cosas. Lo político y lo jurídico se acoplan a las relaciones del orden económico, del modo de producción del capital. Quiere decir que: “el sistema de salario no es una relación jurídica, sino simplemente económica. No se encontrará en todo nuestro sistema jurídico una fórmula legal que corresponda a la actual dominación de clase” (Luxemburgo, 2015, p. 78).

Si esto es así, si no hay ley que garantice la explotación del trabajo asalariado, puesto que la carencia de medios de producción es lo que obliga a que unos vendan su fuerza de trabajo, ¿cómo se puede, por medio de la reforma, derogar una ley inexistente? Quizá imponiendo una norma que prohíba la realidad. O sea, una expresión jurídica que marque los ritmos de los ámbitos extrajurídicos. Puede ser, aceptando esa ingenuidad. Pero el asunto es que, por un lado, ninguna ley puede dar a los desposeídos los medios de los que carecen por razón del mismo desarrollo económico. O por lo menos no lo hará pacíficamente y sin encontrar resistencia por parte de los detentadores de la propiedad. Además, por otro lado, a nivel histórico, ninguna reforma ha permitido crear nuevos modos de producción. De hecho, con el tránsito del feudalismo hacia el capitalismo se demostró que las reformas eran cada vez más insuficientes para alumbrar una nueva época. Por tanto, ellas mismas revelaron la necesidad de una revolución. La de necesidad de conquistar el poder político.

Esta cuestión sobre la revolución y la conquista del poder político remite, necesariamente, al debate sobre el derrocamiento de la actual sociedad. Por eso, en el acápite cuarto de esta parte de la obra se trabaja sobre *El derrumbe*.

Cabe recordar que lo que identifica al revisionismo es el abandono de la teoría del derrumbe capitalista. Mientras que el marxismo se caracteriza, justamente,



por lo contrario. De hecho: “el derrumbe de la sociedad burguesa es la piedra angular del socialismo científico” (Luxemburgo, 2015, p. 84). Por tanto, renegar de esta idea es renegar del socialismo.

RL enumera las ideas socialistas a las que renuncia el revisionismo. Por ser claves, vale la pena resaltarlas. Primero, renuncia a la expropiación de los medios estratégicos de producción. En lugar de eso aspira al tránsito pacífico y racional –moral- de las riquezas por medio del cooperativismo. Pero como las cooperativas de producción fracasan en el capitalismo, se renuncia a la socialización de la producción. Se aspira a la reforma del comercio –ojalá cerrado- a través de las cooperativas de consumo. Segundo, como estas ideas son irrealizables y no concuerdan con la realidad material de la sociedad, EB renuncia al materialismo histórico. Tercero, desconociendo la teoría de la plusvalía de Marx, el revisionismo renuncia a la teoría del valor y a toda la concepción económica del socialismo científico. El resultado es que: “Como sin objetivo final y sin base económica la lucha de clases del proletariado no puede existir en la sociedad actual, Bernstein renuncia igualmente a esta lucha clasista y pide la reconciliación con el liberalismo burgués” (Ídem).

Ahora bien, como renuncia a la lucha de clases pidiendo la conciliando entre distintos intereses, queda claro que, en cuarto lugar, EB renuncia a la idea de clases. No hay clases, hay individuos aislados que se pueden congregan y unir en torno a causas comunes. Para él, todos estamos *en el mismo barco*. Por eso la lucha entre burgueses y proletarios es absurda. A lo sumo habría que batallar contra gobiernos despóticos. Muy parecido a lo que proponen los progresistas en la actualidad.

Quinto, el revisionismo cree que estamos en los tiempos del capitalismo racional y moderado. No cree



en el uso de la violencia de la clase dominante ni en la reacción. Es más, EB creería que la violencia es una anomalía, quizá producto de la ausencia del Estado y las instituciones burguesas en algunos territorios.

Sexto, cree que progresivamente los desposeídos se vuelven cada vez más solventes. Se va acabando paulatinamente la pobreza. Y la riqueza colectiva chorrea a todas las esferas de la sociedad. Para EB: “(...) la burguesía, políticamente, es progresista, y hasta moralmente sana; ya no se ve reacción ni opresión, y todo va mejor en el mejor de los mundos” (Luxemburgo, 2015, p. 85).

Séptimo, en favor del movimiento y el activismo, el revisionismo renuncia al objetivo final. A la construcción de una nueva sociedad. De paso renuncia al movimiento transformador. Así las cosas, la razón de ser del movimiento revisionista, que ya no es socialista, es meramente electoral y democrático. Abrigando las causas abstractas de la humanidad, persigue el bienestar abstracto de todos. Casi que llegando a postular un liberalismo abstracto.

En síntesis, en eso queda reducido todo el esquema teórico del revisionismo: en una simple renuncia total al socialismo. Y esto también a nivel filosófico, recordar que EB renuncia a la dialéctica. Pero no voy a retenerme en esto, puesto que ya lo considero suficientemente ilustrado páginas atrás.

Paso a reseñar el último acápite de la segunda parte de *Reforma y revolución*. Esta sección, titulada *El oportunismo en la teoría y en la práctica*, trata sobre la reconstrucción de las ideas reformistas en el seno del movimiento obrero y aquellas que las une. Lo primero que se debe decir es que RL es enfática cuando aclara que EB no es el primer revisionista, aunque su obra cumpla un papel fundamental en la sistematización de estas posiciones. Pero antes de él, otros abrieron

paso a la defección del socialismo.

Segundo, lo que caracteriza al revisionismo y a los reformistas es la aversión contra la teoría. Especialmente porque ella, en particular la teoría marxista, establece: “(...) líneas marcadísimas para la actividad práctica, tanto con respecto a los *fin*es, como a los *medios* de lucha a emplear y a la forma de combatir” (Luxemburgo, 2015. P. 88). En esa dirección, los revisionistas impugnan la teoría cuando ella contraviene sus modalidades pragmáticas. Para ellos no hay que ser doctrinarios ni librescos, sino simplemente prácticos. Como ocurre en los tiempos electorales, donde lo que importa es la mecánica de las listas y los tarjetones y no los programas, ni los principios revolucionarios, ni las enseñanzas del marxismo. De hecho, para los bernstenianos hablar de principios es hablar de ortodoxia, sectarismo y dogmatismo. Piedras en los zapatos de aquellos que solo aspiran a vegetar en el parlamento o en las instituciones burguesas.

Por eso el revisionismo y el reformismo son absolutamente oportunistas, porque trabajan en función de garantizar sus intereses particulares y mezquinos. En sentido radical: “El oportunismo es del todo incompatible con el socialismo, por cuanto su tendencia interna se encamina a encauzar al movimiento obrero por caminos burgueses, esto es, a paralizar completamente la lucha proletaria de clases” (Ídem).

Estos enfoques se ven claramente en la izquierda institucionalizada. Especialmente cuando sofocan las luchas y resistencias de las masas contra el estado actual de cosas. Funcionan como coequiperos y gregarios del establecimiento. Cuidando las instituciones que van a copar, reniegan de la revolución. Prefieren la decencia y protestar civilizadamente –ojalá en las urnas- contra los desmanes de malos gobiernos que

han perdido el norte de representar a la gente. Por eso la lucha es por la democracia, para reemplazar legalmente a los sectores retardatarios. Para los bernsteinianos contemporáneos el ideal siempre será devenir gobierno y tomarse el parlamento. Eso sería la prenda de garantía para traer la modernidad, la paz, la armonía social y las buenas mieles del desarrollo capitalista. Así la humanidad será redimida.



### III. Breves conclusiones.

*“O prosigue el capitalismo, lo que significa nuevas guerras, así como el hundimiento en el caos y la anarquía, o se elimina la explotación capitalista (...) En este momento, el socialismo es la única salvación de la humanidad. Por encima de una sociedad capitalista que se hunde brillan, como un recordatorio ardiente, las palabras del Manifiesto Comunista: ¡Socialismo o hundimiento en la barbarie!”*

**Rosa Luxemburgo.**

A lo largo de este texto he intentado exponer las ideas fundamentales del revisionismo, del reformismo y la crítica del marxismo. Mostré esto reconstruyendo dos obras fundamentales de Eduard Bernstein y las espinas de la Rosa roja. Sobre todo, aquellas que brotan de *Reforma o Revolución*. Aunque reivindicó los punzones críticos, debo aceptar que reconozco estas joyas socialdemócratas porque no ocultan sus aspiraciones políticas. El *camarada* Bernstein revisa, sin eufemismos y sin máscaras, los postulados del socialismo científico. Al menos por esa posición honesta merece un poco de consideración.

No merecen lo mismo los bernstenianos contemporáneos, particularmente las facciones más oportunistas. La hipocresía de ellos se torna despreciable cada que se arropan del marxismo y los

rótulos comunistas para potenciar sus mezquinos intereses. En aras de su acomodo, son lobos que se exhiben con pieles de ovejas. Pero lo hacen renegando del socialismo y de la revolución, quizá porque un cambio radical cortaría sus privilegios. Mejor que las cosas siguen estando como están. Para ellos, es rentable el estado actual de cosas.

Traté de demostrar que el reformismo y el revisionismo son las ideas dominantes de la izquierda institucional; de las expresiones progresistas y de centro; de los llamados verdes: eurocomunistas y socialdemócratas multicolor. Dentro del campo de los de abajo, devienen hegemonía política. Tanto así que, los *otrora* marxistas y revolucionarios, reivindican estas tesis. Máxime, en virtud de ser incluidos en los *pactos históricos*. Por afinidad en las ideas y para ganar aceptación en la izquierda, los “radicales” renuncian vergonzosamente al socialismo. Es más, ebrios del pragmatismo y las aspiraciones electorales, se despojan de “fantasías doctrinarias” o de dogmas ideológicos “extremistas”. Condenan, insistentemente, el “aventurerismo violento” del pasado. Y actualizan o adaptan sus políticas en función de los tiempos actuales. Se modernizan. Bailan al ritmo de moda que los explotadores entonan.

Los revisionistas y reformistas creen que navegamos viento en popa, solo hay que hacer algunos retoques y adecuaciones políticas. En cambio, el marxismo demuestra que el capitalismo está en crisis producto de sus contradicciones inmanentes. Contradicciones que no se pueden atenuar y que exigen, objetiva y no idealmente, la construcción de una sociedad distinta.

Para los marxistas, la contradicción *capital-trabajo* no se puede solventar en una sociedad marcada por la explotación de los asalariados. Siempre que haya propiedad privada sobre los medios de producción, que se explote la fuerza de trabajo, y que se obligue

a las mayorías a vender sus *cuellos en las calles* para poder sobrevivir, la contradicción se mantendrá. Mientras amplios contingentes de trabajadores desposeídos crean las riquezas de la sociedad, unos pocos poseedores ociosos acumulan esas riquezas. Significa que, en tanto la producción es cada vez más social, la apropiación de sus frutos descansa cada vez más en pocas manos. Y conforme va desarrollándose el capitalismo, esta contradicción se va profundizando, volviéndose siempre más violenta.

Lejos de lo que suponen las tesis reformistas y revisionistas, es cierto que se pueden dar “garantías” para la explotación del trabajo, por lo menos formalizándola a través de contratos laborales, en virtud y gracias a las luchas sindicales. No obstante, en todo caso, por esta vía legal de los derechos no se resolvería la contradicción *capital-trabajo*. Los sindicatos, como en los trabajos de *Sísifo*, pueden pelear para evitar el desmonte de las conquistas obreras, pero jamás podrán desmontar, en sus mesas de concertación y pliegos, la tiranía del capital. Ni siquiera administrando las empresas por medio de cooperativas obreras. Ante la estructura del sistema, estas medidas son meros paliativos.

Otra contradicción capitalista irresoluble remite a la de la producción organizada y la anarquía de la producción. A la luz del socialismo científico, como la producción es cada vez más social, y como cada vez la industria se va especializando en sectores de producción que son interdependientes entre sí, se va haciendo más necesaria la planificación económica. Sin embargo, como en el capitalismo rige una guerra de todos contra todos por las ganancias, se genera una gran anarquía en la producción. Anarquía que contradice la producción organizada en cada sector industrial.

La contradicción se expresa cuando a mayor organización en la producción se da mayor anarquía o *desorden* en el mercado. Así, unos capitalistas, en procura de aumentar su tasa de ganancia y monopolizar la economía, se valen de los avances tecnológicos y otra serie de maniobras –como disminuir salarios- para aumentar la producción. Estos efectos de la competencia desmedida conllevan a la sobreproducción que, a la postre, generan las crisis. Crisis originadas por la abundancia de mercancías y por la poca capacidad de consumo de la sociedad, por la contradicción entre *producción- consumo*.

Ahora bien, como el interés egoísta rige la formación socioeconómica actual: “Los capitalistas prefieren almacenar, destruir o perder esos excedentes de mercancías, antes que entregarlos al usufructo de la riqueza colectiva de la humanidad” (De Zubiría, 2020, p. 29). Siendo esto así, recordando el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels (1975), sabemos que: “Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente, no sólo una parte considerable de productos elaborados sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas” (p.25). Como consecuencia, se paraliza y estanca el circuito productivo. Se despiden trabajadores, el hambre se intensifica y aparecen las turbulencias sociales. Las crisis y las posibilidades del derrumbe del sistema.

Sabemos que los capitalistas buscan resolver estas crisis a través de la conquista de los mercados externos, exportando sus excedentes de la producción. Pero estas apropiaciones y monopolizaciones del mercado internacional conducen a los métodos violentos, a las guerras de rapiña. Como nos lo recuerda Néstor Kohan (2012) los capitalistas resuelven las crisis: “(...) de la única manera posible, la única que conoce: con genocidio, barbarie, guerras, matanzas, torturas, explotación y saqueos” (p.15).



Pero las lecturas bernstenianas del siglo XXI dudan de esto. Creen que si existen conflictos internacionales es producto de desquiciadas posturas individuales de aquellos que dirigen los países. Es decir, por culpa de gobiernos enfermos y fanáticos. Pero juran que una vez estos regentes sean reemplazados por administradores civilizados y racionales, ojalá progresistas, las cosas cambian<sup>85</sup>. Y así vienen los tiempos de paz, de la cooperación internacional y los negocios rentables. Es decir, despolitizando el mundo, reducen el problema a liderazgos *buenos* y liderazgos *malos*. Desligan los efectos de la economía política sobre las otras esferas de la sociedad. Al final, creen que la violencia es gratuita y que no se origina por intereses capitalistas.

Para ellos las formas de violencia son anomalías que se pueden regular, o pacificar. A nivel internacional existen entes supranacionales, como el de *Naciones Unidas*, que fungen como árbitros ante los diversos conflictos. Y a nivel interno existen los Estados. Entes que son asumidos como garantes de la paz y la convivencia entre los ciudadanos. De hecho, consideran que la violencia territorial, como la que vivimos en la *Colombia profunda*, se da por la ausencia del mismo Estado. Los reformistas y revisionistas jamás reparan en que este estamento es, justamente, el hacedor de la violencia interna en tanto máquina represiva activada contra los de abajo.

Al igual que Bernstein, imaginan al Estado como un organismo neutral, al servicio de todos. Por eso, como buenos liberales, repiten irreflexivamente las etiquetas del *estado social de derecho*. De allí también

---

85 Para constatar esto que aquí se dice, pueden revisar las loas progresistas por la elección de Joe Biden a la presidencia de Estados Unidos. Por ejemplo, ver: <https://www.eltiempo.com/politica/partido-s-politicos/petro-dice-que-programa-de-biden-coincide-con-sus-propuestas-561828>

la cándida creencia de que las Fuerzas militares pueden estar del lado de la justicia y de las mayorías. Para ellos el militarismo es ficción o consecuencias de las malas apropiaciones de las doctrinas violentas y extremas. Imperfecciones producidas por manzanas podridas en los altos mandos que envilecen a estas instituciones. Pero cambiando la doctrina, rotando la cadena de mandos, designando militares patriotas, o sea profesionalizando el ejército, vendrán fuerzas del Estado más humanas. Unos aparatos represivos garantes de la soberanía, de la paz, de los derechos humanos y de la justicia social.

Como cambian las premisas sobre el nivel económico, creyendo que la rueda de la historia va desarrollando las fuerzas productivas en bien de toda la humanidad, asumen que estamos en el mejor de los mundos posibles. Un mundo que progresa consolidando permanente el capital. Casi como un *Ave Fénix*, el capitalismo va ascendiendo y se sobrepone de algunas turbulencias. Sale adelante, incluso renace de sus propias cenizas.

Sin crisis generales o sistémicas, *histórico-mundial*, no hay posibilidad de revolución. Simplemente se trata de suavizar el régimen del capital y las dictaduras de las burguesías. Por eso se dice que los bernstenianos creen que el capitalismo puede llegar a ser humano, que: “(...) se puede ir mejorando poco a poco. Reforma tras reforma, los trabajadores podrían ir avanzando lentamente hacia una mejor sociedad” (Kohan, 2012, p. 22).

Esta sociedad perfeccionada debe ser instaurada progresivamente. A través de medidas políticas y de manera gradual. Un mundo humano construido sobre las posibilidades reales y no sobre supuestos metafísicos o fantasiosos. En esa dirección debe dirigirse el activismo político. Por eso la línea correcta, armonizada con los propósitos actuales, es

el pragmatismo puro y duro que ayude de a poco a mejorar lo existente.

Los bernstenianos gestionan medidas para dulcificar la explotación del hombre por el hombre. Verbigracia, redistribuyendo las riquezas, aplicando retoques aquí y allá para mejorar los ingresos, cobrando impuestos a los ricos, etc. En lugar de agudizar las crisis –de las que se tornan escépticos-, las sofocan. Con grandes extintores intentan apagar las condiciones que provocan estallidos sociales. Así las cosas, se vuelven escuderos y defensores del establecimiento. Su objetivo estratégico es el de mantener el orden institucional.

Cambiando de táctica política, con el termómetro en la mano, asumieron y creen que ya pasaron los tiempos de la lucha de clases o de las acciones de masas. Es decir, ya no son los momentos de las confrontaciones salvajes de los necesitados. Atrás van dejando los métodos violentos e “infantiles”. En realidad, creen que las movilizaciones y las faenas populares terminan en vandalismo o en justificación para la reacción. Por eso proponen marchar simbólicamente, ojalá a través de trinos en Twitter y por estados de Facebook. Si se sale a la calle, hacerlo en silencio. Por el andén para no causar perjuicios a la movilidad. Pacífica y civilizadamente. Sin rayar paredes ni lanzar improperios contra la fuerza pública. Nunca profanando la propiedad, sino apelando a maneras coloridas que sirvan para acumular electores. Tarjetones para los tiempos democráticos.

Como consideran que las épocas cambiaron, juran que cambió también el sujeto de la acción política y las formas mismas de ejercerla. Creen que ya no hay sujeto histórico. No hay obreros ni proletarios luchando contra un explotador concreto, sino emprendedores por cuenta propia que batallan por alcanzar el éxito. Ya no hay sujeto para la revolución, sino activistas para la democracia. Hay *ciudadanías*

*libres*<sup>86</sup>. Sujetos dispersos, sin importar su condición de clase, que luchan por sus derechos o reivindicaciones identitarias. Empoderados que se vuelven electores o candidatos –*influencers*– de las reformas que se deben implementar. Enmiendas entre *políticas de la vida* y *políticas de la muerte* que se realizan legalmente, constitucionalmente.

La lucha, según los reformistas y revisionistas, es por la democracia. Por medio de ella los desencuentros sociales se van neutralizando o regulando. Se pueden conciliar a través de Acuerdos, Pactos y nuevos contratos sociales. Bondades de la civilización y de las instituciones modernas que hacen posible trabajar por y para todos los ciudadanos. Son los tiempos de la paz estable y duradera. Una paz construida por todos, pero en especial gracias a la voluntad política de los gobernantes. Por eso la única prenda de garantía para acabar con la violencia pasa por llegar al Gobierno y a las instituciones. Hacerse al poder por la vía pacífica y legal significa la reconciliación entre hermanos.

Desde el poder –la presidencia, las administraciones locales, el parlamento y diversas instituciones gubernamentales– se van derrotando políticamente las fuerzas oscuras y retardatarias que impiden el progreso social. Venciendo en las urnas a los grupos descompuestos, se puede desarrollar el capitalismo en países del tercer mundo, como en Colombia. Sistema que, bien administrado por gobiernos decentes, puede devenir humano. Puede brindar oportunidades para todos<sup>87</sup>.

---

86 Para comprender mejor estas ideas, ver las alocuciones o disertaciones de Gustavo Petro. Uno de los máximos representantes del progresismo en Colombia que ha obnubilado a los dirigentes comunistas bernstenianos.

87 Para mayor ilustración sobre los ejes programáticos de los bernstenianos contemporáneos, ver el manifiesto por el Pacto Histórico

Un gobierno y un parlamento de este calibre revisionista y reformista, de tinte bernsteniano, pueden solucionar todos los problemas sociales, así lo creen. Incluso pueden ser amables con el planeta, trabajando con energías alternativas y regulando las políticas extractivistas. También este esquema de administración permitiría reactivar el aparato productivo, en el campo y en la ciudad. Su fórmula mágica para esto sería sencilla: otorgando créditos para que las empresas fortalezcan sus medios de trabajo y regulando la competencia internacional.

A nivel laboral, aspiran a garantizar mejores ingresos para los trabajadores. Devolviendo la seguridad social conculcada por los neoliberales. Otorgando derechos perdidos. Aplicando reformas garantistas para los trabajadores.

Están convencidos que hay los recursos suficientes para las políticas sociales, solo que se han desviado en manos particulares. O que los han saqueado. Por eso asumen a la corrupción, y no al régimen del capital, como el peor virus que ataca a las instituciones modernas. El problema es que gentes malas y deshonestas cooptaron el Estado y se reparten descaradamente el erario.

Pero esta realidad *inmoral* tiene que cambiar, dicen. Las redes sociales han hecho conscientes a los electores de las tropelías de estos malos gobiernos. Los ciudadanos son cada vez menos inocentes y saben que los grupos mafiosos, aliados con estructuras siniestras, están corroyendo el Estado. Por eso el cambio en Colombia, aunque lejano, ya no hay quien la pare.

Sin embargo, ¿cuál es el cambio que pregonan los bernstenianos del siglo XXI? Una simple reforma

al capitalismo. Aspiran a construir una sociedad alternativa, pero esta no es más que una modalidad de capitalismo humano. Estos bienintencionados políticos, redentores y salvadores de la patria “(...) se conforman tan solo con lograr reformas –más o menos avanzadas- dentro mismo del orden capitalista (...) siempre cuidándose de eludir o esquivar la cuestión del socialismo y la confrontación con el poder del capital” (Kohan, 2012, p. 23).

En suma, en todo este texto intenté demostrar que los reformistas y revisionistas solo quieren retocar la sociedad actual. En cambio, los marxistas, como Rosa Luxemburgo, insisten en la necesidad del derrumbe y la transformación radical del sistema. Se “(...) aspira a cambiar de raíz la sociedad para acabar no solo con los excesos sino con la explotación y la dominación mismas. No hay otra vía que el socialismo” (Ídem).

Las causas objetivas del socialismo están servidas. Y lo están desde las formulaciones del mismo Marx hasta hoy. Máxime porque: “Nuestra época se caracteriza, entre otras cosas, por el paro masivo y la precarización generalizada, por la guerra global, por el acrecentamiento de las desigualdades norte/sur y por una crisis ecológica inminente” (Keucheyan, 2013, p. 12). De hecho, se puede decir que: “Por su fragor, el mundo actual se parece al de la época en que apareció el marxismo clásico” (Ibídem). De manera que la postergación del socialismo y los reveses populares no significan el fin de la historia. Ni mucho menos la patente de corso para renegar de la revolución. Ella perderá sentido solo cuando se elimine la explotación del hombre por el hombre y todas las formas de opresión humana. Ahora bien, pueda ser que, ayer al igual que hoy, falten las fuerzas subjetivas -el sujeto revolucionario- que den la estocada final. Por lo tanto, nuestra tarea consiste en organizar a los nuevos sepultureros que caven la tumba de este monstruo que se niega a morir.

Esa nueva sociedad difícilmente se pueda instaurar por la vía pacífica, legalista y democrática, como lo planteaba Eduard Bernstein. “Rosa Luxemburgo, en cambio, ubicaba en la toma del poder el problema central de la revolución y el núcleo estratégico de la transformación social” (Kohan, 2012, p. 29). Es decir, si queremos construir el socialismo “no hay otro camino que la toma revolucionaria del poder y la transformación *permanente* a escala global de la sociedad” (Ibídem, p. 31). Plantear esto conlleva, necesariamente, retomar sin vacilaciones el debate sobre los procesos insurreccionales y el papel de la fuerza y la violencia como partera de la historia. Significa no ocultar que la violencia, la represión y distintos dispositivos de poder, son todavía los garantes del *statu quo*. Son el pan de cada día, incluso en épocas de paz.

Recordar a Rosa (2015) cuando advertía que la violencia: “(...) constituye un método constante de acumulación de capital en el proceso histórico, no sólo en su génesis, sino en todo tiempo, hasta el día de hoy” (p.180). Quiere decir que no hay acumulación capitalista sin violencia. Luego entonces, del mismo modo, no puede haber revolución y derrumbe del capital sin que los explotados también hagan uso de la fuerza y la violencia. Violencia legítima que, parafraseando a Brecht, *responde al lecho que oprime*. Práctica que no se proscribe ante los cantos del pacifismo despolitizado, porque como decía el poeta Jorge Debravo<sup>88</sup>:

No te ofrezco la paz, hermano  
hombre,  
Porque la paz no es una medalla:

---

88 Jorge Debravo (1938-1967) fue un poeta costarricense de origen humilde que falleció tempranamente en un accidente de tránsito. En su obra se relata las dificultades de su pueblo oprimido.

*La paz es una tierra esclavizada  
Y tenemos que ir a liberarla.*

*Yo te pido el amor y la ternura,  
El musculo, los gritos y las garras,  
La agilidad del pie, el fuego del  
canto,  
La hoguera del deseo y la mirada.*

*Pertrechado con la luz, con alegría,  
con sueños, cuerpos y almas,  
saldremos a tomar la paz a golpes  
aunque que tengamos que  
despedazarla.*

En lugar de la paz, y añadamos de la democracia, se ofrece la revolución y la construcción de un mundo nuevo. Esas son las espinas de la Rosa roja que reivindico, aunque con ellas se desangren los bernstenianos del siglo XXI.



## Bibliografía

- Agamben, G. (2020). La invención de una pandemia. *Sopa de Wuhan*, 17-21.
- Berardi, F. (2020). Crónica de la psicodeflación . En *Sopa de Wuhan* (págs. 35-55). ASPO.
- Bernstein, E. (1982). *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* . México: Siglo XXI Editores.
- Brega, J. (2012). *Poesía social y revolucionaria del Siglo XX*. Buenos Aires: Ágora.
- Butler, J. (2020). El capitalismo tiene sus límites. En *Sopa de Wuhan* (págs. 59-67). ASPO.
- Cliff, T. (1959). *Rosa Luxemburgo*. Londres.
- Cole, G. (1974). *Historia del pensamiento socialista III*. México: Fondo de cultura económica.
- Colletti, L. (1975). *Ideología y sociedad*. Barcelona: Fontanella.
- Echeverría, B. (1982). Rosa Luxemburgo: espontaneidad revolucionaria e internacionalismo. En R. Luxemburgo, *Obras escogidas* (págs. 1-37). México: ERA.
- Frölich, P. (2015). *Rosa Luxemburgo, vida y obra*. La Habana: Ocean Sur.

- Gustafsoon, B. (1975). *Marxismo y revisionismo*. México: Grijalbo.
- Katz, C. (2008). *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Keucheyan, R. (2013). *Hemisferio izquierda*. Madrid: Siglo XXI.
- Kohan, N. (2012). *Rosa Luxemburgo, la flor más roja del socialismo*. México: Ocean Sur.
- Kohan, N. (2013). *Nuestro Marx*. Madrid: Oveja Roja.
- Lenin, V. (1982). Marxismo y Revisionismo. En V. Lenin, *Obras escogidas. Tomo I* (págs. 66-74). Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, V. (2009). *El Estado y la revolución*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- Luxemburgo, R. (2015). Discurso sobre la lucha política de la socialdemocracia alemana. En R. Luxemburgo, *Textos escogidos* (págs. 25-27). Bogotá: Ocean Sur.
- Luxemburgo, R. (2015). ¿Qué propone la Liga Espartaco? En R. Luxemburgo, *Textos escogidos* (págs. 215-226). Bogotá: Ocean Sur.
- Luxemburgo, R. (2015). Reforma o revolución. En R. Luxemburgo, *Textos escogidos* (págs. 28-93). Bogotá: Ocean Sur.
- Luxemburgo, R. (2015). *Textos escogidos*. Bogotá: Ocean sur.
- Magri, L. (2005). Palabras de despedida. *New left review*, número 31., 139-150.
- Marx, F. E. (1975). *Manifiesto Comunista*. Madrid: Ayuso.
- Marx, K. (1970). *Los anales franco-alemanes*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca S.A.
- Marx, K. (1983). El 18 brumario de Luis Bonaparte. En K. Marx, *El Manifiesto comunista y otros ensayos* (págs. 103-211). Madrid: Sarpe.
- Nettl, P. (1974). *Rosa Luxemburgo*. México: Ediciones Era.
- Regalado, R. (2009). *América latina hoy ¿Reforma o Revolu-*

*ción?* México: Ocean Sur.

Regalado, R. (2009). De Marx, Engels y Lenin a Chávez, Evo y Correa. Reforma y revolución entre imaginario y realidad. En R. regalado, *América Latina hoy ¿reforma o revolución?* (págs. 1-43). México: Ocean Sur.

Reveco, J. M. (1991. N. 28. ). El revisionismo de Eduard Bernstein. *Política*, 99-116.

Sloterdijk, P. (2003). *Temblores de aire: en las fuentes del terror*. Valencia: Pretextos.

*Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporaneo en tiempos de pandemia*. (2020). ASPO.

Sousa, B. D. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: Clacso.

Triste, F. S. (2005). *Breve historia de la socialdemocracia*. México: Porrúa.

Žižek, S. (2011). *¡Bienvenidos a tiempos interesantes!* La Paz: Vicepresidencia del Estado plurinacional de Bolivia.

Žižek, S. (2014). *Acontecimiento*. México: Sexto Piso.

Zubiría, S. d. (2020). Desestructuración de las izquierdas institucionales (I). *Izquierda, número 88*, 53-59.

Zubiría, S. d. (2020). Desestructuración de las izquierdas institucionales (II). *Izquierda, número 89*, 49-57.

Zubiría, S. d. (2020). Pensar nuestra actualidad desde las teorías marxistas de la crisis (I parte). *Líneas de Fuga*, 23-33.

## **El pendiente gran regreso a Marx**

Por Nicolás González Varela

La Dialéctica nos demuestra que el principio solo está claro al final. Se podría decir que cada época tiene el renacimiento del Marxismo que se merece. Un ex ministro federal alemán, Carlo Schmid, declaró allá por 1964, en el 100 aniversario de la Internacional Socialista que “Bernstein ha ganado en todos los ámbitos de la política”. Un excanciller socialista de Austria de la talla de Bruno Kreisky reconoce que “Bernstein fue en realidad el gran reformador político, no Marx”. Bernstein no solo sería el padre del Revisionismus, sino de la Socialdemocracia europea moderna tal como la conocemos hoy. Desde la perspectiva actual, se puede afirmar que Bernstein habría creado una nueva escuela teórica de pensamiento más allá de Marx. Incluso si ya había corrientes orientadas a la reforma y al cretinismo parlamentario en el SPD mucho antes de la adopción completa de la doctrina marxista en la Socialdemocracia (pensemos en el Congreso del Partido de Gotha en 1875), el trabajo de Bernstein fue el primer esbozo completo y teóricamente fundado de una teoría política socialdemócrata-reformista madura. De hecho el programa Godesberg de 1959, en el cual se abandonaba oficialmente a Engels y Marx, hizo del concepto revisionista-reformista del Socialismo fundado por Bernstein la base metapolítica de su autoconsensión teórico-programática. Bernstein se convirtió en el símbolo y ejemplo más importante de la corriente revisionista internacional.

**FUNDACIÓN**



**WALTER BENJAMIN**